

---

# Romancero Selecto del Cid

Anónimo

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 7432**

---

**Título:** Romancero Selecto del Cid

**Autor:** Anónimo

**Etiquetas:** Poesía, Romance

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 12 de marzo de 2022

**Fecha de modificación:** 12 de marzo de 2022

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Prólogo

# I

La historia literaria nos señala, como objeto de incomparable nombradía, á los héroes que ocupan el primer lugar en las grandes y poco numerosas epopeyas, hijas legítimas del genio de un pueblo. Al retratar el poeta venusino, y por cierto con colores nada halagüenos, el carácter de Aquiles, no encuentra epíteto que mejor le cuadre que el de *celebrado* (*honoratum*). Igual calificativo pudiera aplicarse á los dos héroes predilectos de las tradiciones heróicas de Francia y España. «El Cid, dice el docto Puymaigre, es tan popular allende los Pirineos, como aquende lo fué Roldán.» Y, en verdad, si el nombre del paladín francés traspasó inmediatamente los linderos de su tierra natal, y se extendió por dilatadísimas comarcas, los españoles han recordado el del héroe de Vivar con sin igual perseverancia, y ni un solo día ha dejado de ser proverbial y propuesto como dechado de guerreros y patricios.

Rodrigo ó Rúy Díaz el de Vivar, llamado también el Castellano y el Campeador y más comunmente el Cid (nombre de origen arábigo que significa Señor), hijo de Diego Laynez, descendiente del juez de Castilla Laín Calvo, nació en Burgos ó en la próxima aldea de Vivar á mediados del siglo XI. Hubo de figurar ya en los últimos tiempos del primer Fernando. Le armó caballero y le nombró su alférez Sancho II, á quien, después de la batalla de Golpejares, aconsejó el Cid que atacase al victorioso y ya descuidado ejército de su hermano Alfonso VI de León. Consta que venció en singular batalla á un sarraceno y á un pamplonés. Acaso ya por entonces casó con doña Jimena, hija del conde de Oviedo.

Muerto Sancho por Bellido Dolfos en el cerco de Zamora, doce caballeros, entre los cuales se contaba Rodrigo,

exigieron del nuevo rey de Castilla Alfonso VI que jurase no haber tenido parte en la muerte de su hermano. Asistió el Cid algún tiempo en la corte, pero por el recuerdo de la jura ó por otro motivo de desazón ó por hablillas de los envidiosos, fué desterrado al finalizar el año 1081 ó poco más tarde.

Fuése Rodrigo á Barcelona y luégo á Zaragoza, donde entró á reinar Al-Mutamin. Sirvió á éste victoriosamente contra su hermano el rey de Denia, favorecido por los soberanos de Aragón y Barcelona. Siguió el Cid unido al hijo y sucesor de Al-Mutamin, con cuyo auxilio rechazó á los Almoravides, llamados por Al-Kaadir, rey de Valencia, sitiando después esta ciudad. Tres veces se allegó á Alfonso, pero no tardaban en separarse, saliendo la tercera nuevamente desterrado.

Muerto Al-Kaadir y entronizado el traidor Ben-D'yajaf, después de varios incidentes y de haber rechazado la invasión del Almoravide Abou-Becr, se apoderó el Cid de Valencia (1094). Mostróse al principio clemente, pero luégo condenó al fuego á Ben-D'yajaf y otros musulmanes. Alcanzó nuevas victorias, mas derrotado por los almoravides su pariente y amigo Álvar Fáñez y parte de su propio ejército, murió de pesadumbre (1099). Su viuda tuvo que dejar á Valencia después de haberse mantenido en ella dos años. Salieron los cristianos en procesión con el cadáver de Rodrigo, el cual, como también después el de Jimena, fué sepultado en San Pedro de Cardena. Le sobrevivieron sus dos hijas, Cristina, casada con Ramiro infante de Navarra, y María que lo fué con Berenguer Ramón III de Barcelona.

La historia no nos presenta al Cid como héroe sin mancha: no siempre se mostró vasallo reverente, y su energía se convirtió á veces en crueldad, su prudencia en astucia; pero atesoró grandes cualidades que le valieron la admiración de amigos y enemigos musulmanes, uno de los cuales le proclamó prodigio del Señor. Sus victorias, de que se aprovechó toda la cristiandad, su vida aventurera y hazañosa y sus prendas personales y domésticas le convirtieron, á no

tardar, en héroe de épicas tradiciones.

Pocos años después de su muerte, si no ya en vida, según opina Baist, fué el Cid celebrado en un poema latino, y consta que á mediados del siglo XII era ya cantado con el nombre de *Mio Cid*.

Dos son los poemas ó cantares de gesta relativos á este célebre personaje histórico que se han conservado. El que versa sobre hechos más antiguos, publicado en nuestro siglo por Mr. Francisque Michel, ha sido llamado la *Crónica Rimada* ó el *Poema de las mocedades del Cid* y pudiera llamarse simplemente *El Rodrigo*, pues tal es el nombre que da constantemente al héroe. Este poema cuenta la historia fabulosa de la juventud de Rodrigo, la cual comprende la muerte dada á un supuesto conde de Gormaz, injuriador de su padre, su casamiento con Jimena, hija del mismo conde, sus primeras victorias ganadas á caudillos árabes y la imaginaria expedición á Francia, á donde, según se supone, acompañó al rey D. Fernando, para oponerse al tributo que á Castilla exigían los monarcas extranjeros.

El otro cantar, llamado comunmente el *Poema del Cid*, fué publicado en el pasado siglo por el Pbro. Don Tomás Sánchez, y pudiera distinguirse de *El Rodrigo*, apellidándole *El mio Cid*, pues así denomina al de Vivar. Menos apartado que aquél de la realidad histórica, es, á nuestro ver más antiguo, y nos presenta un héroe, nada muelle ni apocado, pero grave y comedido, sin los impetuosos arranques atribuidos á sus mocedades. Refiere las hazañas del Cid después de su último destierro, la toma de Valencia, el casamiento, sin duda alguna fabuloso, de sus hijas con los infantes de Carrión, la cobardía de éstos y el mal tratamiento que dan á sus esposas, las cortes convocadas por Alfonso, la sentencia pronunciada contra los infantes y los nuevos casamientos de las hijas del Cid con el infante de Aragón (así dice) y el de Navarra.

Fueron narrados también en cantares perdidos, el testamento y la muerte de don Fernando, el cerco de Zamora, la muerte

de don Sancho y la jura de Alfonso.

La *Estoria de Espanna* ó *Crónica general* compuesta ó más bien dirigida por Alfonso X, que contiene un gran depósito de relatos históricos y poéticos de la vida del Cid, ha conservado otras tradiciones, que sin duda no fueron cantadas, tales como la de haber el Cid libertado á don Sancho en Santarem, y amonestado y corregido al cobarde Martín Peláez en el cerco de Valencia y las del converso Gil Díaz y demás que dan cima á la biografía del héroe.

Leves rastros de alguna otra tradición se perciben en la *Crónica particular del Cid*, que por el intermedio de la de Castilla redactada en tiempo de Alfonso XI, proviene, según observó un ilustre crítico, de la obra histórica del Rey Sabio.

## II

En la época de la formación de los romances, llegó el Cid á ser el héroe predilecto de estas composiciones populares que tanto valimiento alcanzaron. Fué además el único de cuyos romances se publicó una colección especial, empresa llevada á cabo por Escobar en su *Romancero é Historia del muy valeroso caballero el Cid, Rúy Díaz de Vivar*, impreso por primera vez en 1612 en Alcalá. Esta colección comprende 102 romances, algunos de los cuales tomó Escobar del *Cancionero* publicado en Amberes, primero sin fecha y por segunda vez en 1550, otros de los compuestos ó publicados por Sepúlveda y Timoneda, y, finalmente, y en mayor número, del *Romancero general*, añadiendo algunos que, como los últimos, pertenecen al género de romances nuevos ó artísticos. La colección de Escobar ha sido impresa en España á lo menos diez y ocho veces, y no pudo eclipsarla, antes bien quedó poco menos que desconocida la publicada en 1626 en Barcelona por Francisco Metje con el título de *Tesoro escondido de todos los más famosos romances así antiguos como modernos del Cid... con romances de los siete infantes de Lara*.

Los romances del Cid (y en esto no fueron únicos) inspiraron composiciones dramáticas, siendo sin duda las primeras las dos tan famosas de Guillén de Castro. Á éste siguió Pedro Corneille en varias escenas de su celebérrima tragedia del Cid, si bien al defender el carácter que había atribuído á Jimena, adujo la autoridad, no del dramático español, sino la de dos romances. La obra de Corneille fué el principal origen de la fama del Cid fuera de España. En la llamada *Bibliothèque universelle des Romans* (2.<sup>o</sup> volumen del mes de Julio de 1783) se publicó una versión bastante libre (por Couchut?) de varios romances del héroe de Vivar. Esta



traducción fué puesta también libremente en lengua alemana por el famoso Herder cuyo libro se divulgó en gran manera entre sus compatriotas. Han dado éstos, sin embargo, más fieles traducciones y publicado de nuevo los originales J. (Julius) con un prólogo castellano y una biografía del héroe por Müller, Keller que aumentó á Escobar y Carolina Michaelis que ha reunido 205 romances.

Todos los comprendidos en la colección selecta que damos á luz se leen en el incomparable *Romancero general* de Durán á excepción del *Yo me estando en Valencia* y del *Junto al muro de Zamora* que descubrieron Wolf y Hofmann en el segundo tomo de la *Silva de romances* de Zaragoza, publicándolo en su *Primavera y Flor de romances*, y del *Banderas antiguas tristes* que proviene del *Tesoro* de Metje y ha publicado Köhler en su *Herder's Cid* con variantes del *Jardín de amadores*. Nuestra elección no ha seguido exclusivamente un criterio estético. Hemos procurado en especial dar al lector una narración seguida, evitando, con alguna excepción casi necesaria, la repetición de un mismo hecho. Entre dos romances de igual asunto, no siempre hemos preferido el más antiguo, como hubiéramos hecho en una colección de índole científica, sino el más satisfactorio en su género. Al que nos tildase de haber omitido alguno de los viejos y admitido un gran número de los artísticos, contestaríamos además que varios de los últimos han adquirido gran celebridad y se echarían de menos en un *Romancero del Cid*, y que algo se ha de atender, en una publicación como la presente, al gusto del mayor número de lectores.

Pertenecen á la clase de los llamados primitivos y que con más ó menos rigor son acreedores á este título los: 6, *Cavalga Diego Laínez*; 7, *Día era de los Reyes*; 17, *Por el val de las Estacas*; 19, *Á concilio dentro en Roma*; 25, *Doliente se siente el rey*; 26, *Morir vos queredes, Padre*; 27, *Rey don Sancho, rey don Sancho*; 31, *Apenas era el rey muerto*; 32, *Afuera, afuera, Rodrigo*; 33, *Riberas del Duero arriba*; 34, *Junto al muro de Zamora*

; 35, *Guarte, guarte, rey don Sancho*; 36, *De Zamora sale D'Olfos*; 39, *Ya cabalga Diego Ordóñez*; 43, *Tristes van los zamoranos*; 45, *Por aquel postigo viejo*; 46, *En Santa Águeda de Burgos*; 76, *Helo, helo por do viene*; 83, *Por Guadalquivir arriba*; 84, *Tres cortes armara el rey*; 85, *Yo me estando en Valencia*. En estos romances, por lo común bellísimos, hállanse el corte popular y la expresión ingenua que no pudo después imitar el arte, y no tan sólo en los asuntos, pero aun en los pormenores guardan preciosas reliquias de los antiguos cantares, transformados á menudo por la fantasía popular y algunas veces por la inventiva del poeta no menos que por el influjo de las crónicas. En el 46 se nota la mención de trajes relativamente modernos.

Los romances, 8, *Reyes moros en Castilla*; 9, *De Rodrigo de Vivar*; 14, *Sobre Calahorra esta villa*; 15, *Muy grandes huestes de moros*; 28, *Llegado es el rey don Sancho*; 29, *Entrado ha el Cid en Zamora*; 30, *El Cid fué para su tierra*; 56, *Ese buen Cid Campeador*; 57, *Adofir de Mudafar*; 68, *Aquese famoso Cid, Con gran razón etc.*; 74, *En batalla temerosa*; 94, *Estando en Valencia el Cid*; 96, *Aquese famoso Cid De Vivar etc.*; 101, *Vencido queda el rey Búcar*; 102, *En Sant Pedro de Cardaña son de la colección de Sepúlveda*; el 13, *Celebradas ya las bodas, está fundado en otro del mismo origen*. Estos romances, que han debido incluirse para completar la narración, no son sino transcripción versificada de la crónica: mas aunque ayunos de inspiración poética, agradan por lo que conservan de las antiguas narraciones. El 60, *Apretada está Valencia*, aunque anterior á los de Sepúlveda y más arcaico en la forma, pertenece también á la clase de los tomados directa y literalmente de la historia escrita.

Los demás romances de esta colección son de los que se llamaron nuevos y que la crítica ha denominado artísticos.

No diremos de ellos lo que dijo Marcial de sus epigramas, pero no cabe duda en que los hay medianos y algunos maleados en sumo grado por los vicios á que propende este

género, es decir, la afectación de antigüedad en el lenguaje y el abuso de una fecundidad razonadora y palabrera. No obstante, en general puede afirmarse que son bien hechos y de agradable lectura y se ve que los poetas no sólo atendían al lucimiento de su ingenio, sino que miraban con cierto respeto y seriedad el asunto. Algunos particularmente son verdaderas joyas del arte; tales como el 2, *Cuidando Diego Laínez*, donde con tanta viveza y maestría se expone la prueba que hace de sus hijos el sucesor de Laín Calvo; el 5, *Llorando Diego Laínez* de tan dramático efecto; los 10, *Á Jimena y á Rodrigo* y 11, *Á su palacio de Burgos*, recomendables por su gracia y por la viveza (ya que no por la exactitud arqueológica) de sus descripciones; el 12, *Domingo por la mañana* que parece hecho para competir con el 11; el 20, *En los solares de Burgos* y 21, *Pidiendo á las diez del día*, notables, según observación de Federico Schlegel, por su delicada ironía; el 22, *Salió á misa de parida*, modelo acaso del 12 y que emula si no vence á los 10 y 11; los 23, *Acababa el rey Fernando*, y 24, *Atento escucha las voces*, tan preciosos en su género que no hemos podido desecharlos, á pesar de ofrecer el mismo argumento que dos bellísimos primitivos; el 41, *El hijo de Arias Gonzalo*, modelo de sentimientos caballerescos y de elegante sencillez; el 49, *Fablando estaba en el claustro* que forma un cuadro completo en que parece adivinarse la decoración románica; el 67, *Victorioso vuelve el Cid* que tan bizarra apostura y tan discretas razones atribuye al héroe; el 70, *Acabado de yantar* que con bien escogidos toques cómicos pinta la cobardía de los infantes; el tan sentido 78, *Al cielo piden justicia*; el 82, *Recibiendo el alborada* que participa de la gala de los moriscos, etc.—Dígase lo que quiera, pero algo han de tener estas composiciones, cuando muchos de sus versos quedan perennemente grabados en la memoria de quien los leyó y saboreó en edad temprana.

De las diversas épocas á que pertenecen los romances (aunque menos apartadas entre sí de lo que muchos han opinado) se deriva para las obras componentes del *Romancero del Cid*

una divergencia de estilos en gran manera opuestos á la idea de los que lo propusieron como prueba y ejemplo de epopeyas formadas por una serie de breves cantares. Esta misma divergencia desagradará sin duda á quien busque, con ánimo severo, una construcción regular y homogénea; mas puede contribuir al deleite del que prefiera una perspectiva curiosa y variada.

Motivo más formal de aprecio se halla en el valor relativamente moral é histórico del mismo Romancero. Se extrañará la primera calificación, que damos únicamente como relativa, si se atiende al primer hecho ruidoso que se atribuye al Cid (fundado en preocupaciones que la recta razón desaprueba) y á los ímpetus de su bravío carácter, con respecto al monarca y aun al sumo Pontífice: todo lo cual proviene de las fabulosas narraciones transmitidas por el poema de *El Rodrigo*; mas fuera de esto y si se atiende al efecto general, se ve retratado el Cid como varón de nobilísimo carácter, defensor de la fe, de la patria y de la familia, amador del derecho, bueno para los suyos y rendido en el fondo á un monarca que no siempre le trataba con justicia. Por otra parte, levísimas supresiones han bastado para que resultase una expresión constantemente limpia y decorosa.

Por lo que hace á la parte histórica ¿quién negará que se han entrometido muchas ficciones en la vida poética de nuestro héroe? Es fabulosa la reyerta de Diego y su hijo con un Gormaz (ó Lozano ó mejor lozano) que nunca ha existido, y toda la expedición de Fernando y de Rodrigo á lejanas tierras; eslo también, aunque con más visos de verosimilitud, el casamiento de los infantes de Carrión, y distan mucho de ser auténticas la mayor parte de anécdotas que de los posteriores años se refieren. Mas casi todos los personajes, un gran número de hazañas, el hecho importantísimo de la toma de Valencia, la resistencia á los almoravides, las desavenencias y reconciliaciones con Alfonso y un cierto ambiente general que en los romances se respira, son

verdaderamente históricos.

Por tales dotes, menos comunes de lo que se creyera en narraciones de esta clase, por el sinnúmero de bellezas poéticas que sólo muy someramente hemos indicado, por el interés é incomparable variedad de las situaciones queda justificada la predilección de propios y extraños por el *Romancero del Cid*, que el célebre estético Hegel (en demasía célebre como filósofo) puso por encima de los demás ciclos poéticos populares y equiparó á un collar de perlas.

Manuel Milá y Fontanals.

# **Parte I. Mocedades del Cid**

**Época de Fernando I**

# I

Non me culpedes si he fecho  
mi justicia y mi deber,  
magüer que siendo pequeño  
me nombraste por jüez.  
Entre todos me escogistes  
por de más madura sién,  
porque ficiese derecho  
de lo fecho mal y bien.  
Non fagáis desaguizado  
si al robador enforqué,  
que en homes este delito  
no causa ninguna prez.  
Como de veras me pago,  
de las burlas non curé,  
que el que pugna por la honra  
enemigo d'ella fué.  
Atended que la justicia,  
en burlas y en veras, fué  
vara tan firme y derecha  
que non se pudo torcer.  
Verdad, entre burla y juego,  
como es fija de la fe,  
es peña que al agua y viento  
para siempre está de un sér.  
Miémbraeme que mi abuelo,  
en buen siglo su alma esté,  
muchas veces me decía  
aquesto que agora oiréis:  
«El home en sus mancebías

siempre debiera aprender  
á facer siempre derecho  
cuando en más burlas esté.»  
Así fice esta vegada;  
yo cuido que fice bien,  
que sigo un abuelo honrado  
que nadie se quejó dél.—  
Esto decía Rodrigo  
afinojado ante el Rey,  
delante los que juzgaba  
antes de los años diez.



## II

Cuidando Diego Laínez  
en la mengua de su casa,  
fidalga, rica y antigua  
antes que Íñigo Abarca;  
y viendo que le fallescen  
fuerzas para la venganza,  
porque por sus luengos días  
por sí no puede tomalla,  
no puede dormir de noche,  
nin gustar de las viandas,  
ni alzar del suelo los ojos,  
ni osar salir de su casa,  
nin hablar con sus amigos,  
antes les niega la fabla,  
temiendo que les ofenda  
el aliento de su infamia.  
Estando, pues, combatiendo  
con estas honrosas bascas,  
para usar d'esta experiencia,  
que no le salió contraria,  
mandó llamar á sus hijos,  
y sin decilles palabra,  
les fué apretando uno á uno  
las fidalgas tiernas palmas;  
no para mirar en ellas  
las quirománticas rayas,  
que este fechicero abuso  
no era nacido en España.  
Mas prestando el honor fuerzas,

á pesar del tiempo y canas,  
á la fría sangre y venas,  
nervios y arterias heladas,  
les apretó de manera  
que dijeron:—Señor, basta  
¿Qué intentas ó qué pretendes?  
Suéltanos ya, que nos matas.—  
Mas cuando llegó á Rodrigo,  
casi muerta la esperanza  
del fruto que pretendía,  
que á do no piensan se halla,  
encarnizados los ojos,  
cual furiosa tigre hircana,  
con mucha furia y denuedo  
le dice aquestas palabras:  
—Soltedes, padre, en mal hora,  
soltedes en hora mala,  
que á no ser padre, no hiciera  
satisfacción de palabras;  
antes con la mano mesma  
vos sacara las entrañas,  
faciendo lugar el dedo  
en vez de puñal ó daga.—  
Llorando de gozo el viejo  
dijo:—Fijo de mi alma,  
tu enojo me desenoja,  
y tu indignación me agrada.  
Esos bríos, mi Rodrigo,  
muéstralos en la demanda  
de mi honor, que está perdido,  
si en ti no se cobra y gana.—  
Contóle su agravio, y dióle  
su bendición y la espada  
con que dió al Conde la muerte  
y principio á sus fazañas.



### III

Pensativo estaba el Cid  
viéndose de pocos años,  
para vengar á su padre  
matando al conde Lozano.  
Miraba el bando temido  
del poderoso contrario,  
que tenía en las montañas  
mil amigos asturianos;  
miraba cómo en las Cortes  
del rey de León Fernando  
era su voto el primero,  
y en guerras mejor su brazo.  
Todo le parece poco  
respecto de aquel agravio,  
el primero que se ha fecho  
á la sangre de Laín Calvo.  
Al cielo pide justicia,  
á la tierra pide campo,  
al viejo padre licencia,  
y á la honra esfuerzo y brazo.  
Non cuida de su niñez;  
que en naciendo, es costumbrado  
á morir por casos de honra  
el valiente fijodalgo.  
Descolgó una espada vieja  
de Mudarra el castellano,  
que estaba vieja y mohosa  
por la muerte de su amo;  
y pensando que ella sola

bastaba para el descargo,  
antes que se la ciñese,  
así le dice turbado:  
—Faz cuenta, valiente espada,  
que es de Mudarra mi brazo,  
y que con su brazo riñes,  
porque suyo es el agravio.  
Bien sé que te correrás  
de verte así en la mi mano;  
mas no te podrás correr  
de volver atrás un paso.  
Tan fuerte como tu acero  
me verás en campo armado;  
tan bueno como el primero  
segundo dueño has cobrado;  
y cuando alguno te venza,  
del torpe fecho enojado,  
fasta la cruz en mi pecho,  
te esconderé muy airado.  
Vamos al campo, que es hora  
de dar al conde Lozano  
el castigo que merece  
tan infame lengua y mano.—  
Determinado va el Cid,  
y va tan determinado,  
que en espacio de una hora  
quedó del Conde vengado.

## IV

Non es de sesudos homes,  
ni de infanzones de pro,  
facer denuesto á un fidalgo  
que es tenuto más que vos;  
non los fuertes barraganes  
del vuestro ardid tan feroz  
prueban en homes ancianos  
el su juvenil furor;  
no son buenas fechorías  
que los homes de León  
fieran en el rostro á un viejo,  
y no el pecho á un infanzón.  
Cuidarais que era mi padre  
de Laín Calvo sucesor,  
y que no sufren los tuertos  
los que han de buenos blasón.  
Mas ¿cómo vos atrevisteis  
á un home, que sólo Dios,  
siendo yo su fijo, puede  
facer aquesto, otro non?  
La su noble faz ñublasteis  
con nube de deshonor,  
mas yo desfaré la niebla,  
que es mi fuerza la del sol;  
que la sangre dispercude  
mancha que finca en la honor,  
y ha de ser, si bien me lembro,  
con sangre del malhechor.  
La vuesa, Conde tirano,

lo será, pues su fervor  
os movió á desaguizado  
privándovos de razón.  
Mano en mi padre pusisteis  
delante el Rey con furor;  
cuidá que lo denostasteis,  
y que soy su fijo yo.  
Mal fecho fecisteis, Conde,  
yo vos reto de traidor;  
y catad si vos atiendo  
si me causaréis pavor.  
Diego Laínez me fizo  
bien cendrado en su crisol;  
probaré en vos mi fiereza  
y en vuesa falsa intención.  
Nos vos valdrá el ardimiento  
de mañero lidiador,  
pues para vos combatir  
traigo mi espada y trotón.—  
Aquesto al conde Lozano  
dijo el buen Cid Campeador,  
que después por sus fazañas  
este nombre mereció.  
Dióle la muerte y vengóse,  
la cabeza le cortó,  
y con ella ante su padre  
contento se afinó.

## V

Llorando Diego Laínez  
yace sentado á la mesa,  
vertiendo lágrimas tristes  
y tratando de su afrenta;  
y trasportándose el viejo,  
la mente siempre inquieta  
de temores muy honrados,  
va levantando quimeras,  
cuando Rodrigo venía  
con la cortada cabeza  
del Conde, vertiendo sangre,  
y asida por la melena.  
Tiró á su padre del brazo,  
y del sueño lo recuerda,  
y con el gozo que trae  
le dice de esta manera:  
—Veis aquí la yerba mala  
para que vos comáis buena;  
abrid, mi padre, los ojos  
y alzad la faz, que ya es cierta  
vuesa honra, y ya con vida  
os resucita de muerta.  
De su mancha está lavada  
á pesar de su soberbia;  
que hay manos que no son manos,  
y esta lengua ya no es lengua.  
Yo os he vengado, señor,  
que está la venganza cierta  
cuando la razón ayuda



á aquel que se arma con ella.—  
Piensa que lo sueña el viejo,  
mas no es así, que no sueña,  
sino que el llorar prolijo  
mil caracteres le muestra;  
mas al fin alzó los ojos,  
que fidalgas sombras ciegan,  
y conoció á su enemigo  
aunque en la mortal librea.  
—Rodrigo, fijo del alma,  
encubre aquesa cabeza,  
no sea otra Medusa  
que me trueque en dura piedra,  
y sea tal mi desventura  
que antes que te lo agradezca  
se me abra el corazón  
con alegría tan cierta.  
¡Oh conde Lozano infame!  
El cielo de ti me venga,  
y mi razón, contra ti,  
ha dado á Rodrigo fuerzas.  
Siéntate á yantar, mi fijo,  
do estoy, á mi cabecera,  
que quien tal cabeza trae  
será en mi casa cabeza.

## VI

Cabalga Diego Laínez  
al buen Rey besar la mano;  
consigo se los llevaba  
los trescientos hijosdalgo.  
Entre ellos iba Rodrigo,  
el soberbio castellano;  
todos caminan á mula,  
sólo Rodrigo á caballo;  
todos visten oro y seda,  
Rodrigo va bien armado;  
todos espadas ceñidas,  
Rodrigo estoque dorado;  
todos con sendas varicas,  
Rodrigo lanza en la mano;  
todos guantes olorosos,  
Rodrigo guante mallado;  
todos sombreros muy ricos,  
Rodrigo casco afinado,  
y encima del casco lleva  
un bonete colorado.  
Andando por su camino,  
unos con otros hablando,  
allegados son á Burgos;  
con el Rey se han encontrado.  
Los que vienen con el Rey  
entre sí van razonando;  
unos lo dicen de quedo,  
otros lo van publicando:  
—Aquí viene entre esa gente

quien mató al conde Lozano.—  
Como lo oyera Rodrigo,  
en hito los ha mirado;  
con alta y soberbia voz  
d'esta manera ha hablado:  
—Si hay alguno entre vosotros  
su pariente ó adeudado  
á quien pese de su muerte,  
salga luégo á demandallo;  
yo se lo defenderé,  
quiera á pié, quiera á caballo.  
Todos responden á una:  
—Demándelo su pecado.—  
Todos se apearon juntos  
para al Rey besar la mano;  
Rodrigo sólo quedó  
encima de su caballo.  
Entonces habló su padre,  
bien oiréis lo que ha hablado.  
—Apeaos, hijo mío,  
besaréis al Rey la mano,  
porqu'él es vuestro señor,  
vos, hijo, sois su vasallo.—  
Desque Rodrigo esto oyó  
sintióse muy agraviado;  
las palabras que responde  
son de hombre muy enojado.  
—Si otro me lo dijera,  
ya me lo hubiera pagado;  
mas por mandarlo vos, padre,  
yo lo haré de buen grado.—  
Ya se apeaba Rodrigo  
para al Rey besar la mano;  
al hincar de la rodilla  
el estoque se ha arrancado.

Espantóse d'esto el Rey  
y dijo como turbado:  
—Quítate, Rodrigo, allá,  
quítateme allá, diablo;  
que tienes el gesto de hombre  
y los hechos de León bravo.—  
Como Rodrigo esto oyó  
apriesa pide el caballo;  
con una voz alterada  
contra el Rey así ha hablado:  
—Por besar mano de rey  
no me tengo por honrado;  
porque la besó mi padre  
me tengo por afrentado.—  
En diciendo estas palabras  
salido se ha del palacio;  
consigo se los tornaba  
los trescientos hijosdalgo.  
Si bien vinieron vestidos,  
volvieron mejor armados;  
y si vinieron en mulas,  
todos vuelven en caballos.

## VII

Día era de los Reyes,  
día era señalado  
cuando dueñas y doncellas  
al Rey piden aguinaldo,  
si no es Jimena Gómez,  
hija del conde Lozano,  
que puesta delante el Rey  
d' esta manera ha hablado  
—Con mancilla vivo, Rey,  
con ella vive mi madre;  
cada día que amanece  
veo quien mató á mi padre  
caballero en un caballo  
y en su mano un gavilane;  
otras veces un halcón  
que trae para cazare,  
y por me hacer más enojo  
cébalo en mi palomare;  
con sangre de mis palomas  
ensangrentó mi brial.  
Enviéselo á decir;  
envióme á amenazare.  
Rey que no hace justicia  
no debía de reinare,  
ni cabalgar en caballo,  
ni espuela de oro calzare,  
ni comer pan en manteles,  
ni con la Reina holgare,  
ni oír misa en sagrado

porque no merece mase.—  
El Rey de que aquesto oyera  
comenzara de hablare:  
—¡Oh válame Dios del cielo!  
quírame Dios consejare:  
si yo prendo ó mato al Cid,  
mis Cortes se volverane;  
y si no hago justicia  
mi alma lo pagarae.  
—Tén tú las tus Cortes, Rey,  
no te las revuelva nadie,  
y al que á mi padre mató  
dámelo tú por iguale,  
que quien tanto mal me hizo  
sé que algún bien me haráe.—  
Entonces dijera el Rey,  
bien oiréis lo que dirae:  
—Siempre lo oí decir  
y agora veo que es verdade,  
que el seso de las mujeres  
que non era naturale:  
hasta aquí pidió justicia  
ya quiere con él casare;  
yo lo haré de muy buen grado,  
de muy buena voluntade.  
Mandarle quiero una carta,  
mandarle quiero llamare.—  
Las palabras no son dichas,  
la carta camino vae,  
mensajero que la lleva  
dado la había á su padre.  
—Malas mañas habéis, Conde,  
no os las puedo yo quitare,  
que cartas que el Rey os manda  
no me las queráis mostrare.—

—No era nada, mi hijo,  
sino que vades alláe,  
quedaos vos aquí, mío hijo,  
yo iré en vuestro lugare.—  
—Nunca Dios tal cosa quiera  
ni Santa María lo mande,  
sino que adonde vos fuéredes  
que allá vaya yo delante.

## VIII

Reyes moros en Castilla  
entran con gran alarido;  
de moros son cinco reyes,  
lo demás mucho gentío.  
Pagaron por junto á Burgos,  
á Montes-d'Oca han corrido,  
y corriendo á Belforado,  
también á Santo Domingo,  
á Najera y á Logroño,  
todo lo habían destruído.  
Llevan presa de ganados,  
muchos cristianos cautivos,  
hombres muchos y mujeres  
y también niñas y niños.  
Ya se vuelven á sus tierras  
bien andantes y muy ricos,  
porque el Rey ni otro ninguno  
á quitárselo han salido.  
Rodrigo, cuando lo supo  
en Vivar, el su castillo,  
mozo es de pocos días,  
los veinte años no ha cumplido.  
Cabalga sobre Babiaca  
y con él los sus amigos;  
apellidara á la tierra:  
mucha gente le ha venido.  
Gran salto diera en los moros;  
en Montes-d'Oca, el castillo,  
venciera todos los moros



y prendió los reyes cinco.  
Quitárales la gran presa  
y gentes que iban cautivos;  
repartiera las ganancias  
con los que le habían seguido;  
los reyes trajera presos  
á Vivar, el su castillo;  
entrególos á su madre,  
ella los ha recibido,  
soltólos de la prisión,  
vasallaje han conocido,  
y á Rodrigo de Vivar  
todos lo han bendecido.  
Loaban su valentía;  
sus parias le han prometido;  
fuéronse para sus tierras  
cumpliendo lo que habían dicho.

## IX

De Rodrigo de Vivar  
muy grande fama corría  
cinco reyes ha vencido,  
moros de la morería.  
Soltólos de la prisión  
do metidos los tenía;  
quedaron por sus vasallos,  
sus parias le prometían.  
En Burgos estaba el rey  
que Fernando se decía.  
Aquesa Jimena Gómez  
ante el buen Rey parecía;  
humilládose había ant'él  
y su razón proponía:  
—Fija soy yo de don Gómez,  
que en Gormaz condado había;  
don Rodrigo de Vivar  
le mató con valentía.  
La menor soy yo de tres  
hijas que el Conde tenía,  
y vengo á os pedir merced  
que me hagáis en este día,  
y es que aqueso don Rodrigo  
por marido yo os pedía.  
Ternéme por bien casada,  
honrada me contaría,  
que soy cierta que su hacienda  
ha de ir en mejoría,  
y él mayor en el estado

que en la vuestra tierra había.  
Haréisme así gran merced,  
hacer á vos bien vernía,  
porqu'es servicio de Dios  
y yo le perdonaría  
la muerte que dió á mi padre,  
si él aquesto concedía.—  
El Rey hobo por muy bien  
lo que Jimena pedía:  
escrebiérale sus cartas,  
que viniese, le decía,  
á Plasencia, donde estaba,  
qu'es cosa que le cumplía.  
Rodrigo, que vió las cartas  
que el rey Fernando le envía,  
cabalgó sobre Babiaca,  
muchos en su compañía:  
todos eran hijosdalgo  
los que Rodrigo traía;  
armas nuevas traían todos,  
de una color se vestían;  
amigos son y parientes,  
todos á él le seguían.  
Trescientos eran aquellos  
que con Rodrigo venían.  
El Rey salió á recibirlo,  
que muy mucho lo quería.  
Díjole el Rey:—Don Rodrigo,  
agradézcoos la venida,  
que aquesa Jimena Gómez  
por marido á vos pedía,  
y la muerte del su padre  
perdonada os la tenía.  
Yo vos ruego que lo hagáis,  
d'ello gran placer habría;

hacervos he gran merced,  
muchas tierras os daría.  
—Pláceme, Rey mi señor,  
don Rodrigo respondía,  
en esto y en todo aquello  
que tu voluntad sería.—  
El rey se lo agradeció;  
desposados los había  
el Obispo de Palencia,  
y el Rey dádole había  
á Rodrigo de Vivar  
mucho más que antes tenía,  
y amóle en su corazón,  
que todo lo merecía.  
Despidiérase del Rey,  
para Vivar se volvía;  
consigo lleva su esposa,  
su madre la recibía.  
Rodrigo se la encomienda  
como á su persona misma;  
prometió como quien era  
que á ella no llegaría  
hasta que las cinco huestes  
de los moros no vencía.

## X

Á Jimena y á Rodrigo  
prendió el Rey palabra y mano  
de juntarlos para en uno  
en presencia de Laín Calvo.  
Las enemistades viejas  
con amor las olvidaron,  
que donde preside amor  
se olvidan muchos agravios.  
El Rey dió al Cid á Valduerna,  
á Saldaña y Belforado  
y á San Pedro de Cardaña,  
que en su hacienda vincularon.  
Entróse á vestir de boda  
Rodrigo con sus hermanos;  
quitóse gala y arnés  
resplandeciente y grabado.  
Púsose un medio botarga  
con unos vivos morados,  
calzas, valona tudasca  
de aquellos siglos dorados:  
eran de grana de polvo  
y de vaca los zapatos,  
con dos hebillas por cintas  
que le apretaban los lados;  
camisón redondo y justo  
sin filetes ni recamos,  
que entonces el almidón  
era pan para muchachos;  
con jubón de raso negro,

ancho de manga, estofado,  
que en tres ó cuatro batallas  
su padre lo había sudado.  
Una acuchillada cuera  
se puso encima del raso,  
en remembranza y memoria  
de las muchas que había dado;  
una gorra de Contray  
con una pluma de gallo;  
llevaba puesto un tudesco  
en felpa todo forrado;  
la tizona rabitiesa,  
del mundo terror y espanto,  
en tiros nuevos traía,  
que costaron cuatro cuartos.  
Más galán que Gerineldos  
baja el Cid famoso al patio,  
donde Rey, Obispo y Grandes  
en pie estaban aguardando.  
Tras esto bajó Jimena,  
tocada en toca de papos,  
y no con estas quimeras  
que agora llaman hurracos.  
De paño de Londres fino  
era el vestido bordado;  
unas garnachas muy justas  
con un chapín colorado;  
un collar de ocho patenas  
con un San Miguel colgado,  
que apreciaron una villa,  
solamente de las manos.  
Llegaron juntos los novios,  
y al dar la mano y abrazo,  
el Cid, mirando la novia,  
le dijo todo turbado:

—Maté á tu padre, Jimena,  
pero no á desaguisado;  
matéle de hombre á hombre  
para vengar cierto agravio.  
Maté hombre, y hombre doy;  
aquí estoy á tu mandado,  
y en lugar del muerto padre  
cobraste marido honrado.—  
Á todos pareció bien,  
su discreción alabaron,  
y así se hicieron las bodas  
de Rodrigo el castellano.

## XI

Á su palacio de Burgos,  
como buen padrino honrado,  
llevaba el Rey á yantar  
á sus nobles afijados.  
Salen juntos de la iglesia  
el Cid, el Obispo y Laín Calvo,  
con el gentío del pueblo  
que les iba acompañando.  
Por la calle adonde van  
á costa del Rey gastaron  
en un arco muy polido  
más de treinta y cuatro cuartos.  
En las ventanas alfombras,  
en el suelo juncia y ramos,  
y de trecho á trecho había  
mil trovas al desposado.  
Salió Pelayo hecho toro  
con un paño colorado,  
y otros que le van siguiendo,  
y una danza de lacayos.  
También Antolín salió  
á la jineta en un asno,  
y Peláez con vejigas  
fuyendo de los mochachos.  
Diez y seis maravedís  
mandó el Rey dar á un lacayo,  
porque espantaba á las fembras  
con un vestido de diablo.  
Más atrás viene Jimena,



trabándola el Rey la mano,  
con la Reina, su madrina,  
y con la gente de manto.  
Por las rejas y ventanas  
arrojaban trigo tanto,  
que el Rey llevaba en la gorra,  
como era ancha un gran puñado;  
y á la humildosa Jimena  
se le metían mil granos  
por la marquesota al cuello,  
y el rey se los va sacando.  
Envidioso dijo Suero,  
que lo oyera el Rey, en alto:  
—Aunque es de estimar ser Rey,  
estimara más ser mano.—  
Mandóle por el requiebro  
el Rey un rico penacho,  
y á Jimena le rogó  
que en casa le dé un abrazo.  
Fablándola iba el Rey,  
mas siempre la fabla en vano,  
que non dirá discreción  
como la que faz callando.  
Llegó á la puerta el gentío,  
y partiéndose á dos lados,  
quedóse el Rey á comer  
y los que eran convidados.

## XII

Domingo por la mañana  
cuando el claro sol salió  
más alegre que otras veces  
por gozar de la ocasión,  
don Rodrigo de Vivar  
el que la palabra dió  
de casarse con Jimena,  
ese día la cumplió.  
Y para ir á la iglesia  
á tomar la bendición,  
por mostrar lo que valía  
¡oh qué galán que salió!  
Que de raso columbino  
llevaba un rico jubón,  
calza colorada y justa,  
porque su gusto ajustó,  
bohemio de paño negro,  
de raso la guarnición,  
la manga larga y angosta  
con capilla de buitrón;  
jaqueta lleva de raja  
y en ella mucho brahón,  
y las faldetas tan cortas  
que se parece el jubón;  
lleva un cinto tachonado,  
de plata los cabos son,  
pendiente lleva del cinto  
un doblado mocador.  
Zapatos lleva de seda

de un amarillo color,  
abiertos y acuchillados  
porque era acuchillador.  
Un collar de piedras y oro  
que al muerto suegro sirvió;  
la gorra lleva con plumas,  
y un labrado camisón,  
y la tizonada espada  
á quien él mucho estimó;  
de terciopelo morado  
los tiros y vaina son.  
Todos los grandes le aguardan,  
cuántos en la corte son;  
sale el Cid y hácenle campo  
porque era Cid Campeador.  
El Rey le lleva á su lado,  
que en hacerlo adivinó  
que de otros muy mucho reyes  
Rodrigo le hará señor.  
Todos le llevan en medio  
en orden y procesión,  
y para ir á la iglesia  
todos se mueven á un són.

### XIII

Celebradas ya las bodas  
á do la corte yacía  
de Rodrigo con Jimena,  
á quien tanto el Rey quería,  
el Cid pide al Rey licencia  
para ir en romería  
al Apóstol Santiago,  
porque así lo prometía.  
El Rey túvolo por bien,  
muchos dones le daría;  
rogóle volviese presto,  
que es cosa que le cumplía.  
Despidióse de Jimena,  
á su madre la daría,  
diciendo que la regale,  
que en ello merced le haría.  
Llevaba veinte fidalgos  
que van en su compañía;  
dando va muchas limosnas  
por Dios y Santa María;  
y allá en medio del camino  
un gafo le aparecía  
metido en un tremedal,  
que salir dél no podía.  
Grandes voces está dando;  
por amor de Dios pedía  
que le sacasen de allí,  
pues d'ello se serviría.  
Cuando lo oyera Rodrigo

del caballo descendía;  
ayudólo á levantar  
y consigo lo subía,  
lleváralo á su posada,  
consigo cenado había;  
ficiéranles una cama,  
en la cual ambos dormían.  
Hacia allá la media noche,  
ya que Rodrigo dormía,  
un soplo por las espaldas  
el Gafo dado le había  
tan recio, que por los pechos  
á don Rodrigo salía.  
Despertó muy espantado;  
al Gafo buscado había;  
no le hallaba en la cama;  
á voces lumbre pedía.  
Traídole habían lumbre  
y el Gafo no parecía.  
Tornándose había á la cama,  
gran cuidado en sí tenía  
de lo que le aconteciera;  
mas un hombre á él venía  
vestido de blancos paños;  
desta manera decía:  
—¿Duermes ó velas, Rodrigo?  
—No duermo, le respondía;  
pero, dime tú, ¿quién eres,  
que tanto resplandecías?  
—San Lázaro soy, Rodrigo,  
que yo á fablarte venía.  
Yo soy el Gafo á que tú  
por Dios tanto bien facías.  
Rodrigo, Dios bien te quiere,  
y otorgado te tenía

que lo que tú comenzares  
en lides ó en otra vía,  
lo cumplirás á tu honra  
y crecerás cada día.  
De todos serás temido,  
de cristianos y morisma,  
y que los tus enemigos  
empecer no te podrían.  
Morirás tú muerte honrada,  
tu persona no vencida;  
tú serás el vencedor,  
Dios su bendición te envía.—  
En diciendo estas palabras,  
luégo desaparecía.  
Levantóse don Rodrigo,  
y de hinojos se ponía:  
dió gracias á Dios del cielo,  
también á Santa María,  
y así estuvo en oración  
hasta que fuera de día.  
Partióse para Santiago,  
su romería cumplía;  
de allí se fué á Calahorra,  
adonde el buen Rey yacía.  
Recibiéralo muy bien,  
holgóse de su venida;  
lidió con Martín González,  
en el campo le vencía.

## XIV

Sobre Calahorra, esa villa,  
contienda se ha levantado,  
entre el buen rey de León,  
llamado el primer Fernando,  
y Ramiro de Aragón,  
cuyo reino es el nombrado,  
que ambos los reyes dicen  
que es villa de su reinado.  
Por quitar muertes y guerras,  
los reyes han acordado  
que lidien dos caballeros,  
cada uno de su bando;  
y el que de aquestos venciese,  
que su rey la haya á su mando.  
Fernando nombró á Rodrigo  
de Vivar, el muy nombrado;  
Ramiro á Martín González,  
muy valiente y esforzado.  
Armados ambos que son,  
en el campo son entrados;  
en haciendo la señal,  
muy recio se han encontrado;  
quebraron ambos las lanzas,  
quedaron muy lastimados,  
mal feridos de los fierros,  
de los encuentros pasados.  
Martín le dijo á Rodrigo,  
de esta suerte le había hablado:  
—Mucho, Rodrigo, vos pese

de haber sido tan osado  
de entrar conmigo en batalla  
de do saldréis mal pagado;  
que aquesa vuesa cabeza  
aquí quedará en el campo:  
non volveréis á Castilla,  
ni á Vivar, el vuestro Estado,  
ni Jimena vuestra esposa  
jamás vos verá á su lado,  
aunque dicen que la amáis,  
y que d'ella sois amado.  
De las palabras que ha dicho,  
mucho á Rodrigo ha pesado,  
y con saña muy crecida  
ansí le había hablado:  
—Sois, Martín, buen caballero,  
notad lo por vos hablado:  
aquesas vuestras palabras  
no son de hombre esforzado,  
que aquesta lid comenzada,  
por manos se habrá librado,  
non por razones livianas,  
de que sois tan abastado.  
En la mano de Dios es  
lo que habéis vos razonado,  
y él dará la honra á quien  
viere qu'es bien empleado.—  
Dijo, y con crecido enojo  
para él se fué denodado;  
muchas heridas le dió,  
en tierra lo ha derribado.  
Don Rodrigo se apeó,  
la cabeza le ha cortado,  
y la sangre de su espada  
luégo la había limpiado.



Las rodillas por el suelo,  
las manos puestas en alto,  
muchas gracias daba á Dios,  
que tal victoria le ha dado;  
y díjoles á los jueces,  
esto les ha preguntado:  
—¿Queda aquí más por hacer  
para que sea del reinado  
de mi señor, Calahorra,  
sobre que se ha batallado?—  
Respondieron todos juntos:  
—No, caballero esforzado,  
que en la batalla pasada  
el derecho le es quitado  
á Ramiro, aquese rey,  
que decía ser de su Estado.—  
Fernando abrazó á Rodrigo,  
tiénenlo por estimado:  
del Rey era muy querido,  
de todo el mundo loado.

## XV

Muy grandes huestes de moros  
á Extremadura corrían:  
captivan muchos cristianos;  
acorro ninguno habían.  
Á Rodrigo de Vivar  
los acorra le pedían;  
don Rodrigo, como bueno,  
sus gentes luégo apellida.  
Amigos son y parientes  
todos los que le venían:  
en busca va de los moros,  
la su seña va tendida.  
Él iba por capitán,  
sobre sí buena loriga;  
cabalga sobre Babieca;  
placer es de ver cuál iba.  
Animando va los suyos:  
—Nadie muestre cobardía;  
pues que todos sois hidalgos  
de los buenos de Castilla,  
muramos como valientes;  
aquí es bien perder la vida.—  
Entre Atienza y Sant Esteban  
que de Gormaz se decía,  
alcanzado habían los moros;  
lid campal habían ferida.  
Don Rodrigo los venció;  
libra la gente captiva:  
quitábales los ganados,

siete leguas les seguía.  
Tantos mató de los moros,  
que contarse no podían:  
gran haber ganara d'ellos,  
captivos en demasía;  
doscientos son los caballos  
que á don Rodrigo cabían;  
cien mil marcos el despojo;  
él todo lo repartía  
entre toda la su gente  
comunmente, sin cobdicia.  
Á Vivar se había tornado  
con gran honra que adquiría;  
de todos es muy loado,  
y del Rey á maravilla.

## XVI

Cercada tiene á Coímbra  
aquese buen rey Fernando;  
siete años duró el cerco,  
que jamás lo hubo quitado,  
porque el lugar es muy fuerte,  
de muros bien torreado.  
No hay vianda en el real,  
que todo lo habían gastado.  
Ya quieren alzar el cerco,  
al Rey monjes han llegado  
de aquese gran monasterio  
que nombrado era Lormano,  
que con trabajo crecido  
habían mucho trigo alzado,  
mucho mijo y aun legumbres,  
y al Rey todo se lo han dado,  
rogándole no alce el cerco,  
que darían vianda abasto.  
El Rey se lo agradeció,  
tomó lo que le fué dado,  
partiólo por sus campañas,  
viandas les han abondado;  
quebrantaron muchos muros,  
los moros se han amistado.  
Dádose habían al Rey  
la villa y todo su algo;  
sólo fincan con las vidas,  
que el Rey se las ha otorgado.  
En tanto que dura el cerco

un romero había llegado,  
que viene de allá de Grecia  
al apóstol Santiago.  
Astiano había por nombre,  
obispo es intitulado:  
faciendo estaba oración  
ante el Apóstol muy santo.  
Astianos oyó decir  
que el apóstol Santiago  
entraba en las grandes lides  
armado y en un caballo  
á pelear con los moros  
en favor de los cristianos.  
El Obispo que lo oyó  
muy mucho le había pesado:  
—Non le digáis, caballero,  
pescador era llamado.—  
Y con esta gran porfía  
dormido se había quedado.  
Santiago se le aparece  
con llaves en la su mano,  
y con muy alegre rostro  
dijo:—Tú faces escarnio  
por llamarme caballero,  
y en ello tanto has cuidado.  
Vengo yo ahora á mostrarte  
porque no dudes en vano.  
Caballero soy de Cristo,  
ayudador de cristianos  
contra el poder de los moros,  
y d'ellos soy abogado.—  
Estando en estas razones  
traído le fué un caballo;  
blanco era y muy hermoso.  
Santiago le ha cabalgado

guarnido de todas armas,  
limpias, blancas, relumbrando;  
y á guisa de caballero  
á ayudar va al rey Fernando,  
que yace sobre Coímbra  
había ya siete años.

—Y con estas llaves mismas,  
dijo, que llevo en mis manos,  
abriría yo el lugar;  
mañana el día llegado  
daréselo yo al Rey,  
que lo ha tenido cercado.—

Y en aquesta propia hora  
al Rey lo había entregado.  
Nombróse Santa María  
la mezquita que han hallado,  
consagrándola en su nombre;  
y en ella se había armado  
caballero don Rodrigo  
de Vivar, el afamado.

El Rey le ciñó la espada;  
paz en la boca le ha dado,  
no le diera pescozada  
como á otros había dado,  
y por hacerle más honra  
la Reina le dió el caballo,  
y doña Urraca la infanta  
las espuelas le ha calzado.

Novecientos caballeros  
don Rodrigo había armado;  
mucha honra le hace el Rey,  
y mucho fuera loado,  
porque fuera muy valiente  
en ganar lo que es contado,  
y en otros muchos lugares

que á su Rey ha conquistado.

## XVII

Por el val de las Estacas  
el buen Cid pasado había;  
á la mano izquierda deja  
la villa de Constantina.  
En su caballo Babieca  
muy gruesa lanza traía;  
va buscando al moro Abdalla,  
que enojado le tenía.  
Travesando un antepecho,  
y por una cuesta arriba,  
dábale el sol en las armas  
¡oh qué bien que parecía!  
Vido ir al moro Abdalla  
por un llano que allí había,  
armado de fuertes armas,  
muy ricas tropas traía  
dábale voces el Cid,  
d'esta manera decía:  
—Espérame, moro Abdalla,  
no demuestres cobardía.—  
Á las voces que el Cid daba  
el moro le respondía:  
—Muchos tiempos há, buen Cid,  
que esperaba yo este día,  
porque no hay hombre nacido  
de quien yo me escondería;  
porque desde mi niñez  
siempre huí cobardía.—  
—Alabarte, moro Abdalla,



poco te aprovecharía;  
mas si tú eres lo que dices  
en esfuerzo y valentía,  
sé que á tiempo eres venido  
que menester te sería.—  
Estas palabras diciendo  
contra el moro arremetía;  
encontróle con la lanza,  
en el suelo le derriba;  
cortárale la cabeza,  
sin le hacer descortesía.

## XVIII

En Zamora está Rodrigo,  
en corte del rey Fernando,  
padre del rey sin ventura  
á quien llamaron don Sancho,  
cuando llegan mensajeros  
de los Reyes tributarios  
á Rodrigo de Vivar,  
al cual dicen humillados:  
—Buen Cid, á ti nos envían  
cinco reyes tus vasallos  
á te pagar el tributo  
que quedaron obligados;  
y por señal de amistad  
te envían más cien caballos,  
veinte blancos como armiños  
y veinte rucios rodados;  
treinta te envían morcillos  
y otros tantos alazanos,  
con todos sus guarnimientos  
de diferentes brocados,  
y á más á doña Jimena  
muchas joyas y tocados,  
y á vuestras dos hijas bellas  
dos jacintos muy preciados;  
dos cofres de muchas sedas  
para vestir tus fidalgos.—  
El Cid les dijera:—Amigos,  
el mensaje habéis errado,  
porque yo no soy señor

adonde está el rey Fernando:  
todo es suyo, nada es mío,  
yo soy su menor vasallo.—  
El Rey agradeció mucho  
la humildad del Cid honrado,  
y dijo á los mensajeros:  
—Decidles á vuestros amos  
que aunque no es rey su señor,  
con un rey está sentado,  
y que cuanto yo poseo  
el Cid me lo ha conquistado;  
y que yo estoy muy contento  
en tener tan buen vasallo.  
El Cid despidió á los moros  
con dones que les ha dado,  
siendo dende allí adelante  
el Cid, Ruíz Díaz llamado,  
apellido, entre los moros,  
de hombre de valor y estado.

## XIX

Á concilio dentro en Roma  
el Padre Santo ha llamado.  
Por obedecer al Papa  
este noble rey Fernando  
para Roma fué derecho,  
con el Cid acompañado.  
Por sus jornadas contadas  
en Roma se han apeado:  
el Rey con gran cortesía  
al Papa besó la mano,  
y el Cid y sus caballeros,  
cada cual de grado en grado.  
En la iglesia de San Pedro  
don Rodrigo había entrado,  
do vido las siete sillas  
de siete reyes cristianos,  
y vió la del Rey de Francia  
junto á la del Padre santo,  
y á la del Rey su señor  
un estado mas abajo.  
Fuése á la del Rey de Francia,  
con el pié la ha derribado;  
la silla era de marfil,  
hecho la ha cuatro pedazos,  
y tomó la de su Rey  
y subióla en lo más alto.  
Habló allí un honrado duque,  
que dicen el Saboyano:  
—Maldito seas, Rodrigo,

del Papa descomulgado,  
porque deshonraste un Rey,  
el mejor y máspreciado.  
Oyendo el Cid sus razones  
d'esta manera ha fablado:  
—Dejemos los reyes, Duque;  
y si os sentís agraviado  
hayámoslo entre los dos;  
de mí á vos sea demandado.—  
Allegóse cabe el Duque,  
un gran rempujón le ha dado;  
el Duque sin responder  
se quedó muy mesurado.  
El Papa cuando lo supo  
al Cid ha descomulgado;  
sabiéndolo el de Vivar  
ante el Papa se ha postrado.  
—Absolvedme, dijo, Papa;  
sino, seráos mal contado.—

## XX

En los solares de Burgos,  
á su Rodrigo aguardando,  
tan en cinta está Jimena  
que muy cedo aguarda el parto,  
cuando además dolorida  
una mañana en di-santo  
bañada en lágrimas tiernas  
tomó la pluma en la mano,  
y después de haberle escrito  
mil quejas á su velado,  
bastantes á domeñar  
unas entrañas de mármol,  
de nuevo tomó la pluma  
y de nuevo tornó al llanto,  
y d'esta guisa le escribe  
al noble rey don Fernando:

«Á vos, mi señor el Rey,  
»el bueno, el aventurado,  
»el magno, el conqueridor,  
»el agradecido, el sabio,  
»la vuesa sierva Jimena,  
»fija del conde Lozano,  
»á quien vos marido disteis,  
»bien así como burlando,  
»desde Burgos os saluda,  
»donde vive lacerando.  
»Las vuestas andanzas buenas  
»llévevoslas Dios al cabo.

»Perdonadme, mi señor,  
»si no os fablo muy en salvo;  
»que si mal talante os tengo  
»non puedo disimulallo.  
»¿Qué ley de Dios vos enseña  
»que podáis por tiempo tanto,  
»cuando afincáis en las lides,  
»descasar á los casados?  
»¿Qué buena razón consiente  
»que á un garzón bien domeñado,  
»falagüeño y homildoso  
»le mostréis á ser león bravo?  
»¿Y que de noche y de día  
»le traigáis atraillado  
»sin soltalle para mí  
»sino una vez en el año?  
»Y esa que me le soltáis,  
»fasta los piés del caballo  
»tan teñido en sangre viene  
»que pone pavor mirallo;  
»y cuando mis brazos toca  
»luégo se duerme en mis brazos.  
»En sueños gime y forceja,  
»que cuida que está lidiando.  
»Apenas el alba rompe  
»cuando lo están acuciando  
»los esculcas y adalides  
»para que se vuelva al campo.  
»Llorando vos lo pedí,  
»y en mi soledad cuidando  
»de cobrar padre y marido,  
»ni uno tengo ni otro alcanzo;  
»que como otro bien no tengo  
»y me lo habedes quitado,  
»en guisa le lloro vivo,

»cual si estuviera finado.  
»Si lo facéis por honralle,  
»mi Rodrigo es tan honrado  
»que no tiene barba, y tiene  
»cinco reyes por vasallos.  
»Yo finco, señor, en cinta,  
»que en nueve meses he entrado,  
»y me podrán empecer  
»las lágrimas que derramo.  
»Non permitáis se malogren  
»prendas del mejor vasallo  
»que tiene cruces bermejas,  
»ni á rey ha besado mano.  
»Respondedme en puridad  
»con letras de vuesa mano,  
»aunque al vueso mandadero  
»le pague yo su aguinaldo.  
»Dad este escrito á las llamas,  
»non se faga de palacio,  
»que á malos barruntadores  
»non me será bien contado.»



## XXI

Pidiendo á las diez del día  
papel á su secretario,  
á la carta de Jimena  
responde el Rey por su mano.  
Después de facer la cruz,  
con cuatro puntos y un rasgo,  
aquestas palabras finca  
á guisa de cortesano:  
«A vos, Jimena la noble,  
»la del marido envidiado,  
»la homildosa, la discreta,  
»la que cedo espera el parto,  
»el Rey, que nunca vos tuvo  
»talante desmesurado,  
»vos envía sus saludes  
»en fe de quereros tanto.  
»Decisme que soy mal rey  
»y que descaso casados,  
»y que por los mis provechos  
»non curo de vuestos daños;  
»que estáis de mí querellosa  
»decís en vuestos despachos,  
»que non vos suelto el marido  
»sino una vez en el año,  
»y que quando vos lo suelto,  
»en lugar de falagaros  
»en vuestos brazos se duerme,  
»como viene tan cansado.  
»Si supiérades, señora,

»que vos quitaba el velado  
»por mis enamoramientos,  
»fuera con razón quejaros;  
»mas si sólo vos lo quito  
»para lidiar en el campo  
»con los moros convecinos,  
»non vos fago mucho agravio.  
»Á non vos tener en cinta,  
»señora, el vueso velado,  
»creyera de su dormir  
»lo que me habedes contado;  
»pero si os tiene, señora,  
»con el brial levantado...  
»no se ha dormido en el lecho  
»si espera en vos mayorazgo.  
»Y si en el parto primero  
»un marido os ha faltado,  
»no importa, que sobra un rey  
»que os hará cien mil regalos.  
»Non le escribedes que venga,  
»porque aunque esté á vueso lado  
»en oyendo el atambor  
»será forzoso dejaros.  
»Si non hubiera yo puesto  
»las mis huestes á su cargo,  
»ni vos fuérais más que dueña,  
»ni él fuera más que un fidalgo.  
»Decís que vueso Rodrigo  
»tiene reyes por vasallos;  
»¡Ojalá como son cinco  
»fueran cinco veces cuatro!  
»Porque teniéndolos él  
»sujetos á su mandado,  
»mis castillos y los vuesos  
»no hubieran tantos contrarios.

»Decís que entregue á las llamas  
»la carta que me habéis dado;  
»á contener herejías  
»fuera digna de tal pago;  
»mas si contiene razones  
»dignas de los siete sabios,  
»mejor es para mi archivo  
»que non para el fuego ingrato;  
»y porque guardéis la mía  
»y non la fagáis pedazos,  
»por ella á lo que pariédes  
»prometo buen aguinaldo.  
»Si fijo, prometo dalle  
»una espada y un caballo,  
»y dos mil maravedís  
»para ayuda de su gasto.  
»Si fija, para su dote  
»prometo poner en cambio  
»desde el día que naciere  
»de plata cuarenta marcos.  
»Con esto ceso, señora,  
»y no de estar suplicando  
»á la Virgen, vos alumbre  
»en los peligros del parto.»

## XXII

Salió á misa de parida  
á San Isidro en León  
la noble Jimena Gómez,  
mujer del Cid Campeador.  
Para salir, de contray  
sus escuderos vistió;  
que el vestido del criado  
dice quién es el señor.  
Un jubón de grana fina  
la bella dama sacó,  
con fajas de terciopelo  
picadas de dos en dos;  
de lo mismo una basquiña  
con la mesma guarnición,  
donas que le diera el Rey  
el día que se casó,  
y con los cabos de plata  
un muy rico ceñidor,  
que á la Condesa su madre  
el Conde en donas le dió.  
Lleva una cofia de papos  
de riquísimo valor,  
que le dió la infanta Urraca  
el día que se veló;  
dos patenas lleva al cuello,  
puestas con mucho primor,  
con San Lázaro y San Pedro,  
santos de su devoción,  
y los cabellos que al oro

disminuyen su color,  
á las espaldas echados,  
de todos hecho un cordón.  
Lleva un manto de Contray,  
porque las dueñas de honor,  
mientras más cubren su rostro,  
más descubren su opinión.  
Tan hermosa iba Jimena,  
que suspenso quedó el sol  
en medio de su carrera  
por podella ver mejor,  
y á la entrada de la iglesia  
al rey Fernando encontró,  
que para metella dentro  
de la mano la tomó.  
Dijo el Rey:—Noble Jimena,  
pues el buen Cid Campeador,  
vueso dichoso marido  
y mi vasallo mejor,  
que por estar en las lides  
hoy de la iglesia faltó,  
á falta del brazo suyo  
yo vuestro bracero soy,  
y á aquea hermosa infanta,  
que el cielo divino os dió,  
mando mil maravedís  
y mi plumaje el mejor.—  
Non le agradece Jimena  
al Rey tanto su favor;  
que le ocupa la vergüenza,  
y á sus palabras la voz.  
Las manos quiso Jimena  
besarle y él las huyó:  
acompañóla en la iglesia,  
y á su casa la volvió.



## XXIII

Acababa el rey Fernando  
de distribuir sus tierras  
cercano para la muerte  
que le amenaza de cerca,  
cuando por la triste sala,  
de negro luto cubierta,  
la olvidada infanta Urraca  
vertiendo lágrimas entra;  
y viendo á su padre el Rey  
con debida reverencia,  
de hinojos ante la cama  
la mano le pide y besa;  
y después de haber mostrado  
con tierno llanto sus quejas,  
mostrando la voz humilde  
así la Infanta se queja:  
—Entre divinas y humanas  
¿qué ley, padre, vos enseña  
para mejorar los homes  
desheredar á las fembras?  
Á Alfonso, Sancho y García,  
que están en vuestra presencia,  
dejáis todos los haberes  
y de mí non se vos lembra;  
non debo ser vuestra fija,  
que os forzara si lo fuera  
á tener de mí lembranza  
la vuesa naturaleza.  
Si legítima non soy

magüer que bastarda fuera,  
de alimentar los mestizos  
habedes naturaleza.  
Y si ansí non es, decid:  
¿qué culpa me deshereda?  
¿qué desacato vos fice  
que tal castigo merezca?  
Si tal tuerto me facéis,  
las naciones extranjeras  
y los vuestos homes buenos  
¿qué dirán cuando lo sepan?  
Que non es derecho, non,  
ni tal es razón que sea  
pudiendo ganalla en lides  
dar á los homes hacienda.  
Si tierras no me dejáis  
iréme por las ajenas,  
y por cubrir vuestro tuerto  
negaré ser fija vuesa.  
En traje de peregrina  
pobre iré, mas faced cuenta  
que las romeras á veces  
suelen fincar en ramerías.  
Sangre noble me acompaña,  
mas cuido que mi nobleza  
como extraña olvidaré  
pues que por tal me desechas.—  
Tales palabras hablé  
y esperando la respuesta  
dió principio al tierno llanto  
poniendo fin á sus quejas.



## XXIV

Atento escucha las quejas  
de su fija doña Urraca  
el noble rey Don Fernando  
desafuciado en la cama.  
De su libertad se pena,  
va á responder y no habla  
que enmudece hasta á los reyes  
una mujer libertada;  
mas por poder juntamente  
responder y remediada,  
arrancó palabras, antes  
que se le arrancara el alma.  
—Si cual lloras por hacienda,  
por la mi muerte lloraras  
non dudo, querida fija,  
que mi vivir se alargara.  
¿Qué lloras, sandia mujer,  
por las tenencias humanas  
pues ves que de todas ellas  
sólo llevo hoy la mortaja?  
Á este restante de vida,  
que me queda, rindo gracias,  
pues que sólo en él consiste  
el dejar tú de ser mala.  
Cuando parta, iré derecho  
á la celestial morada,  
pues me ha sido purgatorio  
el fuego de tus palabras.  
Á tus hermanos envidias,

mas non atiendes, cuitada,  
que con la renta les de  
obligación de guardalla.  
Ellos con mucho están pobres,  
y tú estás rica sin nada,  
porque las nobles mujeres  
entre paredes se pasan.  
Que eres mi fija confieso,  
pero saliste liviana:  
en liviandades pensé  
al tiempo que te engendrara.  
Parióte madre honorosa  
mas entregáronte á un ama  
que con tus palabras muestras  
era la leche villana.  
Dices que á tierras ajenas  
te irás; pero no me espanta  
que la que se va de lengua  
á ser infame se vaya.  
Mas por si puedo atajar  
tu denuedo y tus palabras,  
tras de las mandas que he fecho  
quiero facer otra manda.  
No quiero dejarte pobre  
porque lo dicho non fagas,  
que aunque eres noble mujer  
eres muy determinada.  
Por tuya de jo Zamora  
muy guarnecida y torreada,  
que para tus desvaríos  
conviene fuertes murallas.  
Homes buenos hay en ella  
para servirte y guardalla;  
de sus consejos te fía  
y de mis tesoros gasta.

Si guardé tal posesión  
bien hube de ti membranza;  
ténla tú de que semejes  
á tu sangre y á tu casta:  
á quien te quite Zamora  
la mi maldición le caiga.—  
Todos responden amen,  
sino Don Sancho, que calla.

## XXV

Doliente se siente el Rey,  
este buen rey don Fernando;  
los piés tiene hacia el oriente  
y la candela en la mano.  
Á su cabecera tiene  
arzobispos y perlados,  
á su man derecha tiene  
á sus hijos todos cuatro.  
Los tres eran de la Reina  
y el uno era bastardo:  
ese que bastardo era  
quedaba mejor librado.  
Arzobispo es de Toledo,  
maestre de Santiago,  
abad era en Zaragoza,  
de las Españas primado.  
—Hijo, si yo no muriera  
vos fuérades Padre Santo,  
mas con la renta que os queda  
vos bien podéis alcanzarlo.—  
Ellos estando en aquesto  
entrara Urraca Fernando,  
y vuelta hacia su padre  
d'esta manera ha fablado.

## XXVI

Morir vos queredes, padre,  
sant Miguel vos haya el alma;  
mandástedes vuestras tierras  
á quien bien se os antojara.  
Diste á don Sancho á Castilla,  
Castilla la bien nombrada;  
á don Alonso á León  
y á don García á Vizcaya.  
Á mí, porque soy mujer,  
dejáisme desheredada.  
Irme he yo por estas tierras  
como una mujer errada,  
de lo que ganar pudiere  
haré bien por vuestra alma.—  
Allí preguntara el Rey:  
—¿Quién es esa que así habla?  
Respondiera el Arzobispo:  
—Vuestra hija doña Urraca.  
—Callede, hija, callede,  
no digades tal palabra,  
que mujer que tal decía  
meresce de ser quemada.  
Allá en Castilla la Vieja  
un rincón se me olvidaba,  
Zamora había por nombre,  
Zamora la bien cercada;  
de una parte la cerca el Duero,  
de otra, Peña tajada,  
del otro la Morería;

iUna cosa es muy preciada!  
iQuien os lo tomare, hija,  
la mi maldición le caiga!  
Todos dicen amen, amen,  
sino don Sancho, que calla.

## **Parte II. Cerco de Zamora**

**Época de Sancho II**

## XXVII

Rey don Sancho, rey don Sancho,  
cuando en Castilla reinó,  
ilas barbas que le salían  
y cuán poco las logró!

Á pesar de los franceses  
los puertos de Aspa pasó;  
siete días con sus noches  
en campo los aguardó.

Y viendo que no venían  
á Castilla se volvió.

Matara al Conde de Niebla  
y el condado le quitó,  
y á su hermano don Alonso  
en las cárceles echó.

Después que le tuvo preso  
un pregón hacer mandó  
que el que rogase por él  
que le diesen por traidor.

No hay dama ni caballero  
que por él rogase, no,  
si no fuera una su hermana  
que al buen Rey se lo pidió.

—Rey don Sancho, rey don Sancho,  
hermano mío y señor,  
cuando yo era pequeña  
sé que un dón me prometió;  
agora que soy crecida,  
señor, otorgadmeló.

—Pedidlo vos, mi hermana,



mas con una condición;  
que no me pidáis á Burgos,  
á Burgos ni á León,  
ni á Valladolid la rica,  
ni á Valencia de Aragón;  
cualquier otra cosa, hermana,  
no se os ha de negar, no.  
—Señor, yo no pido á Burgos,  
á Burgos ni á León,  
ni á Valladolid la rica,  
ni á Valencia de Aragón;  
lo que pido es á mi hermano,  
que le tenéis en prisión.  
—Pláceme, le dijo, hermana,  
mañana os le daré yo.  
—Vivo le habéis de dar, vivo,  
vivo, que no muerto, no.  
—Mal háyades vos, hermana,  
y quien tal os aconsejó;  
que mañana de mañana  
muerto te lo diera yo.—

## XXVIII

Llegado es el rey don Sancho  
sobre Zamora, esa villa;  
muchas gentes trae consigo,  
que haberla mucho quería.  
Caballero en un caballo,  
y el Cid en su compañía,  
andábala al rededor,  
y el Rey así al Cid decía:  
—Armada está sobre peña  
tajada toda esta villa,  
los muros tiene muy fuertes,  
torres há en gran demasía,  
Duero la cercaba al pié,  
fuerte es á maravilla,  
no bastan á la tomar  
cuántos en el mundo había;  
si me la diese mi hermana,  
más que á España la querría.  
Cid, á vos crió mi padre,  
mucho bien fecho os había;  
fízoos mayor de su casa  
y caballero en Coímbra  
cuando la ganara á moros.  
Cuando en Cabezón moría,  
á mí y á los mis hermanos  
encomendado os había;  
jurámosle allí en sus manos  
facervos merced cumplida.  
Fíceos mayor de mi casa,

gran tierra dado os tenía,  
que vale más que un condado,  
el mayor que hay en Castilla.  
Yo vos ruego, don Rodrigo,  
como amigo de valía,  
que vayades á Zamora  
con la mi mensajería,  
y á doña Urraca mi hermana  
decid que me dé esa villa  
por gran haber ó gran cambio,  
como á ella mejor sería.  
Á Medina de Rioseco  
yo por ella la daría,  
con todo el Infantazgo,  
y también le prometía  
á Villalpando y su tierra,  
ó Valladolid la rica,  
ó á Tiedra, que es buen castillo;  
y juramento la haría  
con doce de mis vasallos  
de cumplir lo que decía;  
y si no lo quiere hacer,  
por fuerza la tomaría.—  
El Cid le besó la mano,  
del buen rey se despedía,  
llegado había á Zamora  
con quince en su compañía.

## XXIX

Entrado ha el Cid en Zamora,  
en Zamora, aquesa villa,  
llegado ha ante doña Urraca,  
que muy bien lo recibía;  
dicho le había el mensaje  
que para ella traía.  
Doña Urraca que lo oyó  
muchas lágrimas vertía,  
diciendo:—¡Triste cuitada!  
don Sancho ¿qué me quería?  
No cumpliera el juramento  
que á mi padre fecho había;  
que aun apenas fuera muerto,  
á mi hermano don García  
le tomó toda su tierra  
y en prisiones lo ponía,  
y cual si fuese ladrón  
agora en ellas yacía.  
También á Alfonso mi hermano  
su reino se lo tenía;  
huyóse para Toledo,  
con los moros está hoy día.  
Á Toro tomó á mi hermana,  
á mi hermana doña Elvira;  
tomarme quiere á Zamora,  
¡gran pesar yo recibía!  
Muy bien sabe el rey don Sancho  
que soy mujer femenina,  
y no lidiaré con él;

mas á furto ó paladina  
yo haré que le dén la muerte,  
que muy bien lo merecía.—  
Levantóse Arias Gonzalo  
y respondido la había:  
—Non lloredes vos, señora;  
yo por merced os pedía  
que á la hora de la cuita  
consejo mejor sería  
que non acuitarvos tanto,  
que gran daño á vos vendría.  
Hablad con vuestos vasallos,  
decid lo que el Rey pedía,  
y si ellos lo han por bien  
dadle al Rey luégo la villa.  
Y si non les pareciere  
facer lo que el Rey pedía,  
muramos todos en ella,  
como manda la hidalguía.  
La Infanta tuvo por bien  
facer lo que le decía;  
sus vasallos la juraron  
que antes todos morirían  
cercados dentro en Zamora  
que no dar al Rey la villa.  
Con esta respuesta el Cid  
al buen Rey vuelto se había;  
el Rey, cuando aquesto oyó,  
al buen Cid le respondía:  
—Vos aconsejasteis, Cid,  
no darme lo que quería,  
porque vos criásteis dentro  
de Zamora aquesa villa.  
Y á no ser por la crianza  
que en vos mi padre facía,

luégo os mandara enforçar;  
mas de hoy en noveno día  
os mando vais de mis tierras  
y del reino de Castilla.

### XXX

El Cid fué para su tierra;  
con sus vasallos partía  
para Toledo, do estaba  
Alfonso cuando fuía.  
Los condes y ricos homes  
al rey don Sancho decían,  
no perdiese tal vasallo  
y de tanta valentía  
como es Ruy Díaz el Cid,  
qu'es muy grande su valía.  
El Rey vido qu'es muy bien  
facer lo que le decían;  
y fablando á Diego Ordóñez,  
mandóle que al Cid le diga  
que se venga luégo á él,  
que como bueno lo haría,  
y que le haría el mayor  
de los que en su casa había.  
Ordoño fué tras del Cid,  
su mensaje le decía.  
El Cid se había aconsejado  
con los suyos que tenía  
si haría lo que el Rey manda:  
su parecer les pedía.  
Que se vuelva al Rey, dijeron,  
pues su disculpa le envía;  
el Cid con ellos se vuelve.  
El Rey cuando lo sabía  
dos leguas salió á él,

quinientos van en su guía.  
El Cid, cuando vido al Rey,  
de Babieca descendía;  
besóle luégo las manos,  
para el real se volvía  
y todos los castellanos  
gran placer con él habían.



## XXXI

Apenas era el Rey muerto  
Zamora ya está cercada;  
de un cabo la cerca el Rey,  
del otro el Cid la cercaba.  
Del cabo que el Rey la cerca  
Zamora no se da nada.  
Del cabo que el Cid la aqueja  
Zamora ya se tomaba.  
Doña Urraca en tanto aprieto  
asomóse á una ventana,  
y allí de una torre mocha  
estas palabras fablaba.

## XXXII

Afuera, afuera, Rodrigo,  
el soberbio castellano,  
acordársete debría  
de aquel buen tiempo pasado  
cuando fuíste caballero  
en el altar de Santiago.  
Cuando el rey fué tu padrino,  
tú, Rodrigo, el afijado;  
mi padre te dió las armas,  
mi madre te dió el caballo,  
yo te calcé las espuelas  
porque fueras más honrado;  
pensé de casar contigo,  
no lo quiso mi pecado.  
Casástete con Jimena,  
fija del conde Lozano:  
con ella hubiste dinero,  
conmigo hubieras Estado,  
porque si la renta es buena,  
muy mejor es el Estado.  
Bien casástete, Rodrigo,  
muy mejor fueras casado;  
dejaste fija de rey  
por tomar la de un vasallo.—  
En oír esto Rodrigo  
quedó dello algo turbado;  
con la turbación que tiene  
esta respuesta le ha dado:  
—Si os parece, mi señora,

bien podemos desviallo.  
Respondióle doña Urraca  
con rostro muy sosegado:  
—No lo mande Dios del cielo,  
que por mí se haga tal caso:  
mi ánima penaría  
si yo fuese en discrepallo.—  
Volvióse presto Rodrigo  
y dijo muy angustiado:  
—Afuera, afuera, los míos,  
los de á pié y los de á caballo,  
pues de aquella torre mocha  
una vira me han tirado.  
No traía el asta el fierro  
el corazón me ha pasado,  
ya ningún remedio siento  
sino vivir más penado.

### XXXIII

Riberas del Duero arriba  
cabalgan dos zamoranos;  
las divisas llevan verdes,  
los caballos alazanos,  
ricas espadas ceñidas,  
sus cuerpos muy bien armados,  
adargas ante sus pechos,  
gruesas lanzas en sus manos,  
espuelas llevan jinetas  
y los frenos plateados.  
Como son tan bien dispuestos,  
parecen muy bien armados,  
y por un repecho arriba  
salen más recios que galgos,  
y súbenlos á mirar  
del real del rey don Sancho.  
Desque á otra parte fueron  
dieron vuelta á los caballos  
y al cabo de una gran pieza  
soberbios ansí han fablado:  
—¿Tendredes dos para dos  
caballeros castellanos  
que puedan armas facer  
con otros dos zamoranos  
para daros á entender  
no face el Rey como hidalgo  
en quitar á doña Urraca  
lo que su padre le ha dado?  
Non queremos ser tenidos,

ni queremos ser honrados,  
ni rey de nos faga cuenta,  
ni conde nos ponga al lado,  
si á los primeros encuentros  
no los hemos derribado,  
y siquiera salgan tres,  
y siquiera salgan cuatro,  
y siquiera salgan cinco,  
salga siquiera el diablo,  
con tal que no salga el Cid  
ni ese noble rey don Sancho,  
que lo tenemos por señor,  
y el Cid nos ha por hermanos:  
de los otros caballeros  
salgan los más esforzados.  
Oídolo habían dos condes,  
los cuales eran cuñados.  
—Atended, los caballeros,  
mientras estamos armados.—  
Piden apriesa las armas,  
suben en buenos caballos,  
caminan para las tiendas  
donde yace el rey don Sancho;  
piden que los dé licencia  
que ellos puedan hacer campo  
contra aquellos caballeros  
que con soberbia han hablado.  
Allí fablara el buen Cid,  
que es de los buenos dechado:  
—Los dos contrarios guerreros  
non los tengo yo por malos,  
porque en muchas lides de armas  
su valor habían mostrado,  
que en el cerco de Zamora  
tuvieran con siete campo:

el mozo mató á los dos,  
el viejo mató á los cuatro;  
por uno que se les fuera  
las barbas se van pelando.—  
Enojados van los condes  
de lo que el Cid ha hablado;  
el Rey cuando ir los viera  
que vuelvan está mandando;  
otorgó cuánto pedían,  
más por fuerza que de grado.  
Mientras los condes se arman  
el padre al fijo está hablando:  
—Volved, fijo, hacia Zamora,  
á Zamora y sus andamios,  
mirad dueñas y doncellas  
cómo nos están mirando.  
Fijo, no miran á mí,  
porque ya soy viejo y cano;  
mas miran á vos, mi fijo,  
que sois mozo y esforzado.  
Si vos facéis como bueno,  
seréis d'ellas muy honrado;  
si lo facéis de cobarde,  
abatido y ultrajado.  
Afirmaos en los estribos,  
terciad la lanza en las manos,  
esa adarga ante los pechos,  
y apercibid el caballo,  
que al que primero acomete  
tienen por más esforzado.—  
Apenas esto hubo dicho,  
ya los condes han llegado;  
el uno viene de negro,  
y el otro de colorado;  
vanse unos para otros,

fuertes encuentros se han dado;  
mas el que al mozo le cupo  
derribólo del caballo,  
y el viejo al otro de encuentro  
pasóle de claro en claro.  
El Conde, de que esto viera,  
huyendo sale del campo,  
y los dos van á Zamora  
con vitoria muy honrados.

## XXXIV

Junto al muro de Zamora  
vide un caballero erguido,  
armado de todas piezas,  
sobre un caballo morcillo,  
á grandes voces diciendo:  
—Vélese bien el castillo,  
que al que hallaré velando  
ayudaré con mi grito,  
y al que hallaré durmiendo  
echarle he de arriba vivo;  
pues por la honra de Zamora  
yo soy llamado y venido.  
Si hubiera algún caballero  
venga á hacer armas conmigo  
con tal que no sea el Cid  
ni Bermudo su sobrino.—  
Las palabras que decía  
el buen Cid las ha oído:  
—¿Quién es aquel caballero  
que hace el tal desafío?  
—Ortuño me llamo, Cid,  
Ortuño es mi apellido.  
—Acordársete debría,  
de la pasada del río,  
cuando yo vencí á los moros  
y Babieca iba conmigo;  
en aquestos tiempos tales  
no eras tan atrevido.—  
Ortuño de que esto oyera



de esta suerte ha respondido:  
—Entonces era novel,  
ahora soy más crecido  
y usando, buen Cid, las armas  
me he hecho tan atrevido.  
Mas no desafío á ti  
ni á Bermudo tu sobrino,  
porque os tengo por señores  
y me tenéis por amigo;  
mas si hay otro caballero  
salga hacer armas conmigo,  
que aquí en el campo le espero  
con mis armas y rocino.

## XXXV

Guarte, guarte, rey don Sancho,  
no digas que no te aviso  
que de dentro de Zamora  
un alevoso ha salido;  
llámase Bellido Dolfos  
hijo de Dolfos Bellido,  
cuatro traiciones ha fecho  
y con esta serán cinco.  
Si gran traidor fué el padre,  
mayor traidor es el fijo;  
gritos dan en el real  
que á don Sancho han mal herido;  
muerto le ha Bellido Dolfos,  
gran traición ha cometido;  
desque le tuviera muerto  
metióse por un postigo,  
por las calles de Zamora  
va dando voces y gritos:  
—Tiempo era, doña Urraca,  
de cumplir lo prometido.

## XXXVI

De Zamora sale Dolfos  
corriendo y apresurado;  
huyendo va de los hijos  
del buen viejo Arias Gonzalo,  
y en la tienda del buen Rey  
en ella se había amparado:  
—Manténgate Dios, el Rey.  
—Bellido, seas bien llegado.  
—Señor, tu vasallo soy,  
tu vasallo y de tu bando,  
y yo por aconsejarle  
á aquel viejo Arias Gonzalo  
que te entregase á Zamora,  
pues se te había quitado,  
hame querido matar  
y dél me soy escapado.  
Así me vengo, señor,  
por ser en el tu mandado,  
con deseo de servirte  
como cualquier fijodalgo.  
Yo te entregaré á Zamora,  
aunque pese á Arias Gonzalo,  
que por un falso postigo  
en ella serás entrado.—  
El buen Arias, el leal,  
al Rey había avisado  
desde el muro del adarve  
estas palabras hablando:  
—Á ti lo digo, buen Rey,

y á todos los castellanos,  
que allá ha salido Bellido,  
Bellido un traidor malvado,  
que si traición te ficiere  
á nos non será imputado.—  
Oídolo había Bellido,  
que al Rey tiene por la mano:  
—Non lo creades, señor,  
lo que contra mí ha fablado,  
que don Arias lo publica  
porque el lugar no sea entrado,  
porque él sabe que yo sé  
por dónde será tomado.—  
Allí le fablara el Rey  
de Bellido confiado:  
—Yo lo creo bien, Bellido,  
el Dolfos, mi buen criado;  
por tanto, vámonos luégo  
á ver el postigo falso.  
—Vámonos luégo, señor,  
id solo, no acompañado.—  
Apartados del real,  
el buen Rey se había apartado  
con voluntad de facer  
lo que á nadie es excusado:  
el venablo que llevaba  
á Bellido se lo ha dado,  
el cual desque así lo vido  
de espaldas y descuidado,  
levantóse en los estribos,  
con fuerza se lo ha tirado;  
diérale por las espaldas  
y á los pechos ha pasado.  
Allí cayó luégo el Rey  
muy mortalmente llagado;

vióle caer don Rodrigo  
que de Vivar es llamado,  
y como le vió ferido,  
cabalgara en su caballo.  
Con la priesa que tenía  
espuelas no se ha calzado.  
Huyendo iba el traidor  
tras él iba el castellano,  
si apriesa había salido,  
á mayor se había entrado;  
Rodrigo ya le alcanzaba,  
mas viendo á Dolfos en salvo,  
mil maldiciones se echaba  
el nieto de Laín Calvo:  
—Maldito sea el caballero  
que como yo ha cabalgado,  
que si yo espuelas trujera,  
no se me fuera el malvado.—  
Todos van á ver al Rey  
que mortal estaba echado.  
Todos le dicen lisonjas,  
nadie verdad ha fablado,  
sino fué el conde de Cabra,  
un buen caballero anciano:  
—Sois mi rey y mi señor,  
y yo soy vuesto vasallo;  
cumple que miréis por vos,  
que es verdad lo que vos fablo,  
[Pg 131]que del ánima curedes,  
del cuerpo non fagáis caso;  
á Dios vos encomendad  
pues fué este día aciago.  
—Buena ventura hayáis, conde,  
que así me heis aconsejado.—  
En diciendo estas palabras

el alma á Dios había dado.  
De esta suerte murió el Rey  
por haberse confiado.

## XXXVII

Muerto yace el rey don Sancho,  
Bellido muerto le había;  
pasado está de un venablo  
y gran lástima ponía.  
Llorando estaba sobre él  
toda la flor de Castilla;  
don Rodrigo de Vivar  
es el que más lo sentía;  
con lágrimas de sus ojos  
d'esta manera decía:  
—¡Rey don Sancho, señor mío,  
muy aciago fué aquel día  
que tú cercaste á Zamora  
contra la voluntad mía!  
Quien te lo aconsejó, Rey,  
á Dios ni al mundo temía,  
pues te hizo quebrantar  
la ley de caballería.—  
Y viendo el hecho en tal punto,  
á grandes voces decía:  
—Que se nombre un caballero,  
antes que se pase el día,  
para retar á Zamora  
por tan grande alevosía.—  
Todos dicen que es muy bien;  
mas nadie al campo salía.  
Témense de Arias Gonzalo  
y cuatro hijos que tenía,  
mancebos de gran valor,

de gran esfuerzo y estima.  
Mirando estaban al Cid,  
por ver si lo aceptaría,  
y el de Vivar, que lo entiende,  
d'esta manera decía:  
—Caballeros fijosdalgo,  
ya sabéis que non podía  
armarme contra Zamora,  
que jurado lo tenía;  
mas yo daré un caballero  
que combata por Castilla,  
tal, que estando él en el campo  
no sintáis la falta mía.—  
Levantóse Diego Ordóñez,  
que á los piés del Rey yacía;  
la flor es de los de Lara  
y lo mejor de Castilla,  
con voz enojosa y ronca  
d'esta manera decía:  
—Pues el Cid había jurado  
lo que jurar no debía,  
no es menester que señale  
quien la batalla prosiga:  
caballeros hay en ella  
de tanto esfuerzo y valía  
como el Cid, aunque es muy bueno,  
y yo por tal lo tenía;  
mas si queréis, caballeros,  
yo lidiaré la conquista,  
aventurando mi cuerpo,  
poniendo á riesgo mi vida,  
pues que la del buen vasallo  
es por su Rey ofrecida.



## XXXVIII

Después que Bellido Dolfos,  
ese traidor afamado,  
derribó con cruda muerte  
al valiente rey don Sancho,  
juntáronse en una tienda  
los mayores de su campo;  
y juntóse todo el real  
como estaba alborotado.  
Don Diego Ordóñez de Lara  
grandes voces está dando,  
y con coraje encendido  
muy presto se había armado.  
Para retar á Zamora,  
junto al muro se ha llegado,  
y lanzando fuego vivo  
d'esta suerte ha razonado:  
—Fementidos y traidores  
sois todos los zamoranos,  
porque dentro d'esa villa  
acogistes al malvado  
de Bellido, ese traidor,  
el que mató al rey don Sancho,  
mi buen señor y buen rey,  
de quien soy muy lastimado:  
que los que acogen traidores  
traidores sean llamados;  
y por tales yo vos reto,  
y á vuestos antepasados,  
y á los que traidores son

los pongo en el mismo grado,  
y á los panes y á las aguas  
de que sois alimentados,  
y esto os faré conocer,  
ansí como estoy armado,  
y lidiaré con aquellos  
que no quieren confesallo,  
ó con cinco uno á uno,  
como en España es usado  
que lidie el que á concejo  
como yo había retado.—  
Arias Gonzalo, ese viejo,  
ansí le había fablado,  
después que hubo entendido  
lo que Ordoño ha razonado:  
—Non debiera yo nacer  
si es como tú has contado;  
mas yo acepto el desafío  
que por ti es demandado,  
y te daré á conocer  
no ser lo que has publicado.—  
Y á todos los de Zamora  
d'esta manera ha fablado:  
—Varones de grande estima,  
los pequeños y de estado,  
si hay alguno entre vosotros  
que en aquesto se haya hallado,  
dígalo muy prontamente;  
de decillo no haya empacho.  
Más quiero irme d'esta tierra  
en África desterrado,  
que no en campo ser vencido  
por alevoso y malvado.—  
Todos dicen á una voz,  
sin alguno estar callado:

—Mal fuego nos mate, Conde,  
si en tal muerte hemos estado;  
no hay en Zamora ninguno,  
que tal hubiese mandado.  
El traidor Bellido Dolfos  
por sí solo lo ha acordado:  
muy bien podéis ir seguro;  
id con Dios, Arias Gonzalo.

## XXXIX

Ya cabalga Diego Ordóñez,  
del real se había salido  
de dobles piezas armado  
en un caballo morcillo:  
va á reptar los zamoranos  
por la muerte de su primo,  
que mató Bellido Dolfos  
hijo de Dolfos Bellido.

—Yo os repto, los zamoranos,  
por traidores fementidos,  
repto á todos los müertos,  
y con ellos á los vivos;  
repto hombres y mujeres,  
los por nascer y nascidos;  
repto á todos los grandes  
á los grandes y á los chicos,  
á las carnes y pescados  
y á las aguas de los ríos.—

Allí habló Arias Gonzalo,  
bien oiréis lo que hubo dicho:

—¿Qué culpa tienen los viejos?  
¿Qué culpa tienen los niños?  
¿Qué merescen las mujeres  
y los que no son nascidos?  
¿Por qué reptas á los muertos,  
los ganados y los ríos?  
Bien sabéis vos, Diego Ordóñez,  
muy bien lo tenéis sabido,  
que aquel que repta concejo

debe de lidiar con cinco  
Ordóñez le respondió:  
—Traidores heis todos sido.

## XL

Después que retó á Zamora  
don Diego Ordóñez de Lara,  
vengador noble y valiente  
del rey Sancho, que Dios haya,  
su consejo tiene junto  
en palacio doña Urraca,  
por su hermano dolorida,  
por su reto lastimada;  
y como la vil envidia  
cuanto no merece tacha,  
de la virtud enemiga,  
peligro de la privanza,  
murmuraba maldiciente  
de Arias Gonzalo que falta,  
sospechando falsamente  
que es por mengua su tardanza.  
A aquellos que lo calumnian,  
empuñando la su espada,  
denodado les responde  
Nuño Cabeza de Vaca:  
—Aquel civil que presuma  
temor, bajeza ó fe mala  
de Arias Gonzalo, mi tío,  
miente, miente por la barba;  
y el que negare el respeto  
á sus venerables canas,  
á mí que las reverencio  
me ponga la tal demanda.—  
Estando en esto, el buen viejo

entró grave por la sala,  
arrastrando grande luto,  
haciendo sus hijos plaza.  
La mano á la Infanta pide,  
mesura fizo á la Infanta,  
saludó á los homes buenos,  
y de esta suerte les fabla:  
—Noble Infanta, leal concejo,  
don Diego Ordóñez de Lara,  
que para buen caballero  
este apellido le basta,  
en vez del Cid don Rodrigo,  
que con vos juró alianza,  
por la pro de su rey muerto  
con infame reto os carga.  
Á vuestro cabildo vengo  
con estos cuatro en compañía,  
ciudadanos, fijos míos,  
de Laín Calvo sangre honrada.  
Tardóme un poco en venir,  
que pláticas no me agradan  
cuando los negocios piden  
obras, valor y venganza.—  
Á una el viejo y sus fijos  
los largos capuces rasgan  
quedando en armas lucidas;  
lloró de nuevo la Infanta,  
los viejos graves se admiran,  
la Infanta su sér alaba,  
porque todos daban voces,  
y nadie quien lidie daba.  
Arias Gonzalo prosigue  
diciendo:—Recibe, Urraca,  
mis canas para consejo,  
mis fijos para batalla;

dales tu mano, señora,  
que su juventud lozana  
será invencible, si fuere  
de tu mano real tocada.  
Honrar á la gente buena,  
y esotra común pagarla,  
le cumple al rey que desea  
domeñar fuerzas contrarias,  
y con sangre de don Diego  
que se quite aquella mancha:  
que á ti y á tu pueblo reta  
con tan insufrible infamia;  
y si esta sangre, que es buena,  
y se ha de vender muy cara,  
faltare, su muerte honrosa  
viva mantendrá su fama.  
Yo seré el quinto y primero  
que volveré por la causa,  
aunque mi vejez parezca  
mocedad noble afrentada.  
Al campo me voy, señora,  
no me déis por esto gracias,  
que el buen vasallo al buen rey  
debe hacienda, vida y fama.



## XLI

El hijo de Arias Gonzalo,  
el mancebito Pedro Arias,  
para responder á un reto  
velando estaba unas armas.  
Era su padre el padrino,  
la madrina doña Urraca,  
y el Obispo de Zamora  
es el que la misa canta.  
El altar tiene compuesto,  
y el sacristán perfumaba  
á San Jorge y San Román,  
y á Santiago el de España.  
Estaban sobre la mesa  
las nuevas y frescas armas;  
dando espejos á los ojos,  
y esfuerzo á quien las miraba.  
Salió el Obispo vestido,  
dijo la misa cantada,  
y el arnés pieza por pieza  
bendice, y arma á Pedro Arias;  
enlázale el rico yelmo,  
que como el sol relumbraba,  
relevado de mil flores,  
cubierto de plumas blancas.  
Al armarle caballero  
sacó el padrino la espada;  
dándole con ella un golpe  
le dice aquestas palabras:  
—Caballero eres, mi hijo,

hidalgo y de noble casta,  
criado en buenos respetos  
desde los pechos del ama;  
hágate Dios tal que seas  
como yo deseo que salgas,  
en los trabajos sufrido,  
esforzado en las batallas,  
espanto de tus contrarios,  
venturoso con la espada,  
de tus amigos y gentes  
muro, esfuerzo y esperanza;  
no te agradez de traidores  
ni les mires á la cara;  
de quien de ti se fiare  
no le engañes, que te engañas;  
perdona al vencido triste  
que no puede tomar lanza,  
no des lugar que tu brazo  
rompa las medrosas armas;  
mas en tanto que durare  
en tu contrario la saña,  
no dudes el golpe fiero,  
ni perdones la estocada.  
Á Zamora te encomiendo  
contra don Diego de Lara,  
que nada siente de honra  
quien no defiende su casa.—  
En el libro de la misa  
le toma jura y palabra.—  
Pedrarias dice:—Sí otorgo  
por aquestas letras santas.—  
El padrino le dió paz,  
y el fuerte escudo le abraza,  
y doña Urraca le ciñe  
al lado izquierdo la espada.



## XLII

Aún no es bien amanescido,  
qu'el cielo estaba estrellado,  
cuando se armaba en Zamora  
el buen viejo Arias Gonzalo:  
ármanle sus cuatro hijos,  
qu'ellos ya estaban armados.  
Mientras las armas le ponen  
les dice el viejo esforzado:  
—De cinco que sois, mis hijos,  
escogí sólo los cuatro,  
por ser yo el quinto y postrero,  
que me hallaré en el campo.  
Bien conozco, hijos míos,  
que este afán me era excusado,  
pues do vosotros estáis  
ya yo soy privilegiado;  
mas el repto de don Diego  
á ninguno había excusado,  
ni viejo, chico ni mozo,  
ni por nacer ni finado.  
Hierbas, aguas, plantas, peces,  
todo lo tienen reptado,  
y pues él nada reserva,  
no quiero ser reservado.  
Mirad, hijos, que lleváis  
delante al que os ha engendrado;  
mirad que dice el refrán  
en Castilla muy usado:  
«Por su ley y por su rey

»y su tierra, está obligado  
»á morir cualquiera bueno.  
»y mejor si es hijodalgo.»  
Mirad, hijos, que lo sois  
de sangre d'este mi lado,  
y que el honor ó la afrenta  
eso queda en vuestra mano.

## XLIII

Tristes van los zamoranos  
metidos en gran quebranto;  
reptados son de traidores,  
de alevosos son llamados;  
más quieren ser todos muertos  
que no traidores nombrados.  
Día era de San Millán,  
ese día señalado;  
todos duermen en Zamora,  
mas no duerme Arias Gonzalo.  
Acerca de las dos horas  
del lecho se ha levantado;  
castigando está sus hijos  
á todos cuatro está armando;  
las palabras que les dice  
son de mancilla y quebranto:  
—Ayúdeos Dios, hijos míos,  
guárdeos Dios, hijos amados,  
pues sabéis cuán falsamente  
habemos sido reptados.  
Tomad esfuerzo, mis hijos,  
si nunca le habéis tomado;  
acordaos que descendéis  
de la sangre de Laín Calvo,  
cuya noble fama y gloria  
hasta hoy no se ha olvidado,  
pues que sabéis que don Diego  
es caballeropreciado,  
pero mantiene mentira

y Dios d'ello no es pagado;  
el que de verdad se ayuda  
de Dios siempre es ayudado.  
Uno falta para cinco,  
porque no sois más de cuatro,  
yo seré el quinto, y primero  
que quiero salir al campo.  
Morir quiero y no ver muerte  
de hijos que tanto amo.  
Mis hijos, Dios os bendiga  
como os bendice mi mano.—  
Sus armas pide el buen viejo,  
sus hijos le están armando,  
las grevas le están poniendo;  
doña Urraca había entrado,  
los brazos le echara encima,  
muy fuertemente llorando.  
—¿Dónde vais, mi padre viejo,  
ó para qué estáis armado?  
Dejad las armas pesadas,  
que ya sois viejo cansado,  
y sabéis que si morís,  
perdido es todo mi Estado.  
Acordaos que prometistes  
á mi padre don Fernando  
de nunca desampararme  
ni dejar de vuestra mano.  
—Pláceme, señora mía,  
respondió Arias Gonzalo.—  
Cabalgara Pedro Arias  
su hijo, que era el mediano,  
que aunque era mozo de días,  
era en obras esforzado.  
Dijo:—Cabalgad, mi hijo,  
que os esperan en el campo:

vais en tal hora y tal punto  
que nos saquéis de cuidado.—  
Sin poner pié en el estribo  
Arias Pedro ha cabalgado;  
por aquel postigo viejo  
galopando ha llegado  
adonde estaban los jueces  
que le estaban esperando.  
Partido les han el sol,  
dejado les han el campo.



## XLIV

Ya se salen por la puerta,  
por la que salía al campo,  
Arias Gonzalo, y sus hijos  
todos juntos á su lado.  
Él quiere ser el primero,  
porque en la muerte no ha estado  
de don Sancho; mas la Infanta  
la batalla le ha quitado,  
llorando de los sus ojos  
y el caballo destrenzado.  
—¡Ay! ruégovos por Dios, dice,  
el buen Conde Arias Gonzalo,  
que dejéis esta batalla,  
porque sois viejo y cansado:  
dejáisme desamparada  
y todo mi haber cercado.  
Ya sabéis cómo mi padre  
á vos dejó encomendado  
que no me desamparéis,  
ende más en tal estado.—  
En oyendo aquesto el Conde  
mostróse muy enojado:  
—Dejédesme ir, mi señora,  
que yo estoy desafiado  
y tengo de hacer batalla  
porque fuí traidor llamado.—  
Con la Infanta, caballeros  
juntos al Conde han rogado  
que les deje la batalla,

que la tomarán de grado.  
Desque el Conde vido aquesto  
recibió pesar doblado;  
llamara á sus cuatro hijos  
y al uno d'ellos ha dado  
las sus armas y su escudo,  
el su estoque y su caballo.  
Al primero le bendice  
porque era dél muy amado;  
Pedrarias había por nombre,  
Pedrarias el castellano.  
Por la puerta de Zamora  
se sale fuera y armado;  
topárase con don Diego,  
su enemigo y su contrario.  
—Sálveos Dios, don Diego Ordóñez,  
y él os haga prosperado,  
en las armas muy dichoso,  
de traiciones libertado.  
Ya sabéis que soy venido  
para lo que está aplazado,  
á libertar á Zamora  
de lo que le han levantado.—  
Don Diego le respondiera  
con soberbia que ha tomado:  
—Todos juntos sois traidores,  
por tales seréis quedados.—  
Vuelven los dos las espaldas  
por tomar lugar del campo,  
hiriéronse juntamente  
en los pechos muy de grado;  
saltan astas de las lanzas  
con el golpe que se han dado;  
no se hacen mal alguno,  
porque van muy bien armados.

Don Diego dió á la cabeza  
á Pedrarias desdichado;  
cortárale todo el yelmo  
con un pedazo del casco;  
desque se vido herido  
Pedrarias y lastimado,  
abrazárase á las clines  
y al pescuezo del caballo;  
sacó esfuerzo de flaqueza,  
aunque estaba mal llagado;  
quiso ferir á don Diego,  
mas acertó en el caballo,  
que la sangre que corría  
la vista le había quitado.  
Cayó muerto prestamente  
Pedrarias el castellano.  
Don Diego que vido aquesto  
toma la vara en la mano,  
dijo á voces:—¡Ah Zamora!  
¿Dónde estás, Arias Gonzalo?  
Envía el hijo segundo,  
que el primero ya es finado.—  
Envió el hijo segundo,  
que Diego Arias es llamado.  
Tornara á salir don Diego  
con armas y otro caballo,  
y diérale fin á aquéste  
como al primero le ha dado.  
El Conde, viendo á sus hijos  
que los dos le han ya faltado,  
quiso enviar al tercero,  
aunque con temor doblado.  
Llorando de los sus ojos  
dijo:—Vé, mi hijo amado,  
haz como buen caballero

lo que tú eres obligado:  
pues sustentas la verdad,  
de Dios serás ayudado;  
venga las muertes sin culpa  
que han pasado tus hermanos.—  
Hernán D'Arias, el tercero,  
al palenque había llegado;  
mucho mal quiere á don Diego,  
mucho mal y mucho daño.  
Alzó la mano con saña,  
un gran golpe le había dado;  
mal herido le ha en el hombro,  
en el hombro y en el brazo.  
Don Diego con el su estoque  
le hiriera muy de su grado,  
hiriéralo en la cabeza,  
en el casco le ha tocado.  
Recudó el hijo tercero  
con un gran golpe al caballo,  
que hizo ir á don Diego  
huyendo por todo el campo.  
Así quedó esta batalla  
sin quedar averiguado  
cuáles son los vencedores,  
los de Zamora ó del campo.  
Quisiera volver don Diego  
á la batalla de grado;  
mas no quisieron los fieles,  
licencia no le han dado.

## XLV

Por aquel postigo viejo,  
que nunca fuera cerrado,  
ví venir pendón bermejo  
con trescientos de á caballo.  
En medio de los trescientos  
viene un monumento armado,  
y dentro del monumento  
viene un ataúd de palo,  
y dentro del ataúd,  
venía un cuerpo finado,  
qu'era el de Fernando d'Arias,  
el hijo de Arias Gonzalo.  
Llorábanle cien doncellas,  
todas ciento hijosdalgo,  
todas eran sus parientas  
en tercero y cuarto grado:  
las unas le dicen primo,  
otras le llaman hermano,  
las otras decían tío,  
otras le llaman cuñado,  
sobre todas lo lloraba  
aquea Urraca Hernando.  
¡Y cuán bien que las consuela  
ese viejo Arias Gonzalo!  
—¿Por qué lloráis, mis doncellas?  
¿Por qué hacéis tan grande llanto?  
No lloréis así, señoras,  
que no es para llorallo;  
que si un hijo me han muerto

aquí me quedaban cuatro;  
no murió por las tabernas,  
ni á las tablas jugando;  
mas murió sobre Zamora  
vuestra honra bien guardando;  
murió como caballero,  
con sus armas peleando.

## **Parte III. Destierro del Cid**

**Época de Alfonso VI**

## XLVI

En Santa Águeda de Burgos,  
do juran los hijosdalgo,  
le tomaban jura á Alfonso,  
por la muerte de su hermano.  
Tomábase la el buen Cid,  
ese buen Cid castellano,  
sobre un cerrojo de fierro  
y una ballesta de palo,  
y con unos Evangelios  
y un crucifijo en la mano.  
Las palabras son tan fuertes  
que al buen rey ponen espanto:  
—Villanos mátenle, Alfonso,  
villanos que no fidalgos,  
de las Asturias de Oviedo,  
que no sean castellanos;  
mátenle con agujadas  
no con lanzas ni con dardos,  
con cuchillos cachicuernos,  
no con puñales dorados;  
abarcas traigan calzadas,  
que no zapatos con lazo;  
capas traigan aguaderas,  
no de contray ni frisado;  
con camisones de estopa,  
no de holanda, ni labrados;  
cabalguen en sendas burras,  
que no en mulas ni en caballos;  
frenos traigan de cordel,



que no cueros fogueados;  
mátente por las aradas,  
que no en villas ni en poblado;  
sáquente el corazón vivo,  
por el siniestro costado,  
si no dices la verdad,  
de lo que eres preguntado,  
sobre si fuíste ó no  
en la muerte de tu hermano.—  
Las juras eran tan fuertes  
que el rey no las ha otorgado.  
Allí habló un caballero,  
que del rey es más privado:  
—Haced la jura, buen rey,  
no tengáis d'eso cuidado,  
que nunca fué rey traidor,  
ni papa descomulgado.—  
Jurado había el buen rey  
que en tal nunca fué hallado;  
pero también dijo presto,  
malamente y enojado:  
—¡Muy mal me conjuras, Cid!  
¡Cid, muy mal me has conjurado!  
Porque hoy le tomas la jura  
á quien has de besar mano.  
Vete de mis tierras, Cid,  
mal caballero probado,  
y no vengas más á ellas  
dente este día en un año.  
—Pláceme, dijo el buen Cid,  
pláceme, dijo, de grado,  
por ser la primera cosa  
que mandas en tu reinado;  
por un año me destierras,  
yo me destierro por cuatro.

Ya se partía el buen Cid  
á su destierro de grado  
con trescientos caballeros;  
todos eran hijosdalgo,  
todos son hombres mancebos,  
ninguno allí no había cano,  
todos llevan lanza en puño,  
con el fierro acicalado  
y llevan sendas adargas  
con borlas de colorado,  
y no le faltó al buen Cid  
adonde asentar su campo.

## XLVII

En las almenas de Toro,  
allí estaba una doncella,  
vestida de negros paños,  
reluciente como estrella;  
pasara el rey don Alonso,  
namorado se había d'ella.

Dice:—Si es hija de rey  
que se casaría con ella,  
y si es hija de duque  
serviría por manceba.—

Allí hablara el buen Cid,  
estas palabras dijera:

—Vuestra hermana es, señor,  
vuestra hermana es aquella.

—Si mi hermana es, dijo el rey,  
fuego malo encienda en ella:

llámenme mis ballesteros,  
tírenle sendas saetas,  
y á aquel que la errare  
que le corten la cabeza.—

Allí hablara el Cid,  
d'esta suerte respondiera:

—Mas aquel que la tirare  
pase por la misma pena.

—los de mis tiendas, Cid,  
no quiero que estéis en ellas.

—Pláceme, respondió el Cid,  
que son viejas y no nuevas;  
irme he yo para las mías,

que son de brocado y seda,  
que no las gané holgando  
ni bebiendo en la taberna;  
ganélas en las batallas  
con mi lanza y mi bandera.

## XLVIII

Ese buen Cid Campeador  
ya se parte de Castilla;  
por mando del rey Alfonso  
lleva su mensajería  
á Almucanis, ese moro  
rey de Córdoba y Sevilla,  
para que le dé las parias  
pasadas que le debía.  
En Sevilla estaba el Cid  
faciendo á lo que venía.  
Mudafar, rey de Granada,  
á Almucanis mal quería;  
caballeros castellanos  
Mudafar consigo había;  
son de los más estimados  
que había dentro en Castilla;  
don García Ordoño el uno,  
que conde todos decían;  
Fernán Sánchez era el otro,  
yerno del rey don García;  
y Lope Sánchez, su hermano,  
estaba en su compañía;  
y otro caballero honrado,  
Diego Pérez se decía.  
Ellos con grandes poderes  
con el Mudafar venían  
contra Almucanis el rey,  
que pechero es de Castilla.  
El Cid, cuando aquesto supo,

mucho pesado le había;  
enviárale sus cartas  
y en ellas así decía:  
«Que non vengán con su gente  
»contra el reino de Sevilla,  
»que es pechero al rey Alfonso,  
»con quien amistad tenía:  
»y si lo quieren facer,  
»que su Rey ayudaría  
»á Almucanis su vasallo,  
»que otra cosa no pedía.»

Recibido han las cartas,  
mas en nada las tenían;  
entran en tierras del rey,  
del rey moro de Sevilla,  
Quemando van y estragando  
fasta Cabra, aquesa villa.

El Cid, cuando a questo supo,  
contra ellos se partía;  
moros llevaba consigo,  
cristianos los que podía.

Las huestes se habían juntado,  
el Cid mataba y hería:  
muy reñida es la batalla,  
durado ha casi un día,  
fasta que venciera el Cid  
y en huída los ponía.

Á caballeros cristianos  
el buen Cid muchos prendía;  
de moros non había cuenta  
los que cautivado había.

Tres días tuviera presos  
los cristianos que vencía;  
volvióse con gran despojo  
á Sevilla, do partía;

Almucanis dió las parias  
y á Castilla se volvía.  
Mucho plugo al rey Alfonso  
de lo que el Cid fecho había,  
y de aquel día adelante  
al Cid Campeador decían.

## XLIX

Fablando estaba en el claustro  
de San Pedro de Cardaña  
el buen rey Alfonso al Cid  
después de misa, una fiesta.  
Trataban de las conquistas  
de las mal perdidas tierras  
por pecados de Rodrigo,  
que amor disculpa y condena.  
Propuso el buen rey al Cid  
el ir á ganar á Cuenca;  
y Rodrigo, mesurado,  
le dice desta manera:  
—Nuevo sois, el rey Alfonso,  
nuevo rey sois en la tierra;  
antes que á guerra vayades  
sosegad las vuestas tierras.  
Muchos daños han venido  
por los reyes que se ausentan,  
que apenas han calentado  
la corona en la cabeza,  
y vos no estáis muy seguro  
de la calunia propuesta  
en la muerte de don Sancho  
sobre Zamora la vieja;  
que aún hay sangre de Bellido,  
magüer que en fidalgas venas,  
y el que fizo aquel venablo  
si le pagan fará treinta.—  
Bermudo en lugar del rey



dice al Cid:—Si vos aquejan  
el cansancio de las lides  
ó el deseo de Jimena,  
idvos á Vivar, Rodrigo,  
y dejadle al rey la empresa;  
que homes tiene tan fidalgos  
que non volverán sin ella.  
—¿Quién vos mete, dijo el Cid,  
en el consejo de guerra,  
fraile honrado, á vos agora,  
la vuesa cogulla puesta?  
Subid vos á la tribuna  
y rogad á Dios que venzan,  
que non venciera Josué  
si Moisés non lo ficiera.  
Llevad vos la capa al coro,  
yo el pendón á las fronteras,  
y el rey sosiegue su casa  
antes que busque la ajena;  
que non me farán cobarde  
el mi amor ni la mi queja,  
que más traigo siempre al lado  
á Tizona que á Jimena.  
—Home soy, dijo Bermudo,  
que antes que entrara en la regla,  
si non vencí reyes moros  
engendré quien los venciera;  
y agora, en vez de cogulla,  
cuando la ocasión se ofrezca  
me calaré la celada  
y porné al caballo espuelas.  
—¡Para fugir, dijo el Cid,  
podrá ser, padre, que sea;  
que más de aceite que sangre  
manchado el hábito muestra!

—Callede, le dijo el rey,  
en mal hora, que no en buena,  
acordásevos debía  
de la jura y la ballesta;  
cosas tenedes, el Cid,  
que farán fablar las piedras,  
pues por cualquier niñería  
facéis campaña la iglesia.—  
Pasaba el Conde de Oñate  
que llevaba la su dueña,  
y el rey, por facer mesura,  
acompañóla á la puerta.

## L

Si atendéis que de los brazos  
vos alce, atended primero  
si no es bien que con los míos  
cuide subirvos al cielo.  
¡Bien estáis afinojado,  
que es pavor veros enhiesto,  
que asiento es, asaz debido,  
el suelo, de los soberbios!  
¡Descubierto estáis mejor,  
después que se han descubierto  
de vuestas altanerías  
los mal guisados excesos!  
¿En qué os habéis empachado,  
que dende el pasado invierno  
non vos han visto en las Cortes,  
puesto que Cortes se han fecho?  
¿Por qué, siendo cortesano,  
traéis la barba y cabello  
descompuesto, y desviada,  
como los padres del yermo?  
¡Pues aunque vos lo pregunto,  
asaz que bien os entiendo!  
¡Bien conozco vuestas mañas  
y el semblante falagüeño!  
Querréis decir que cuidando  
en mis tierras y pertrechos,  
non cuidades de aliñarvos  
la barba y cabello luengo.  
Al de Alcalá contrallasteis

mis treguas, paz y concierto,  
bien como si el querer mío  
tuviérades por muy vueso.  
Á los fronterizos moros  
diz que tenéis por tan vuestos  
que os adoran como á Dios;  
¡grandes algos habréis d'ellos!  
Cuando en mi jura os hallasteis  
después del triste suceso  
del rey don Sancho, mi hermano,  
por Bellido traidor muerto,  
todos besaron mi mano  
y por rey me obedecieron;  
sólo vos me contrallasteis  
tomándome juramento.  
En santa Gadea lo fice  
sobre los cuatro evangelios,  
y en el ballestón dorado,  
teniendo el cuadrillo al pecho.  
Matárades á Bellido  
si ficiérais como bueno,  
que no ha faltado quien dijo  
que tuvisteis asaz tiempo:  
fasta el muro lo seguisteis,  
y al entrar la puerta dentro  
¡bien cerca estaba quien dijo  
que non osasteis de miedo!  
Y nunca fueron los míos  
tan astutos y mañeros  
que cuidasen que don Sancho  
muriese por mis consejos.  
Murió, porque á Dios le plugo  
en su juicio secreto,  
quizá porque de mi padre  
quebrantó sus mandamientos.

Por estos desaguisados,  
desavenencias y tuertos,  
con título de enemigo  
de mis reinos vos destierro.  
Yo tendré vuestros condados  
hasta saber por entero,  
con acuerdo de los míos,  
si confiscárvolos puedo.  
¡No repliques palabra,  
que vos juro por San Pedro  
y por San Millán bendito  
que vos enforcaré luego!—  
Estas palabras le dijo  
el rey don Alfonso el Sexto,  
inducido de traidores,  
al Cid, honor de sus reinos.

## LI

Téngovos de replicar  
y de contrallarvos tengo,  
que no han pavor los valientes  
ni los non culpados miedo.  
Si finca muerta la honra  
á manos de los denuestos;  
menos mal será enforcarme  
que el mal que me habedes fecho.  
Yo seré en tierra homildoso  
á guisade vueso siervo,  
que teniendo los mis brazos  
cuido alzarme sin los vuesos.  
Cúbranse y non vos acaten  
los ociosos falagüeños,  
que magüer yo non lo soy  
me puedo cubrir primero.  
Dos vegadas hubo Cortes  
desde antaño por invierno,  
diz que por la pró común  
ó por los vuesos provechos.  
Vos en León las ficisteis,  
pero yo en los campos yermos,  
faciendo las mías, desfice  
del contrario los pertrechos.  
Lo fecho en Alcalá vedes,  
non lo que fice primero;  
y es mal juzgador quien juzga  
sin notar todo el proceso.  
Folgá que el moro de allende

respete mis fechos buenos,  
que si non me los respeta  
non vos guardará respeto.  
¡Asaz me semejáis blando  
porque de tiempo tan luengo  
de apretarvos en la jura  
vos duele el escocimiento!  
Mentirá el que me achacare  
del traidor Dolfos el tuerto,  
pues sabedes lo que fué  
y lo que fice en el reto;  
además que sin espuelas  
cabalgué entonces por yerro.  
¡Vencen pesadas falsías  
al noble y sencillo pecho!  
Y pues gasté mis haberes  
en prez del servicio vueso,  
y de lo que hube ganado  
vos fice señor y dueño,  
non me lo confiscaredes  
vos ni vuestos consejeros,  
que mal podredes tollerme  
la hacienda que non tengo.  
De hoy más seré facendoso,  
pues hoy de vos me destierro,  
y de hoy para mí me gano,  
pues hoy para vos me pierdo.—  
Estas palabras decía  
el noble Cid respondiendo  
á las querellas injustas  
del rey don Alfonso el Sexto.

## LII

Escuchó el rey don Alfonso  
las palabras halagüeñas  
del Cid en su despedida  
cuando se partió á la guerra,  
y dijo á sus infanzones:  
—Hoy deja nuestras banderas  
el home más animoso  
que sangre de moros riega:  
y aunque parezca osadía  
el hablar con tantas veras,  
non fueron atrevimientos,  
supuesto que lo asemejan.  
Los amoríos del alma  
en el pecho do se encierran  
lealtad y amor, con su rey  
tienen para hablar licencia.  
Alongado va al destierro,  
y veo que en su presencia  
es sólo un home el que parte  
y mil voluntades lleva;  
y cuido que un buen guerrero,  
cuando de su rey se ausenta,  
reprochado de su corte,  
se ha de tener á la ajena;  
que de un edificio grande,  
si se le rompe una piedra,  
por sólo su desencaje  
se suele venir á tierra.  
No hay folgarse entre los reyes,



que nunca los reyes fuelgan,  
cuidando el pro de sus reinos  
y haciendo en los lueñes guerra.  
Si fidalgos con la espada  
por su rey en lides entran,  
el rey con espada y alma  
anda, padece y pelea.  
¡Gran lidiador es el Cid!  
¡fuerte y noble en gran manera!  
Pero si no es homildoso  
de Dios y del rey, ¿qué espera?  
Conviene que el Cid se alongue,  
y dirán en lueñes tierras  
que Alfonso face justicia  
y en castigo á nadie excepta.

### LIII

Don Rodrigo de Vivar  
está con doña Jimena  
de su destierro tratando,  
que sin culpa le destierran.  
El rey Alfonso lo manda,  
sus envidiosos se huelgan,  
llórale toda Castilla,  
porque huérfana la deja.  
Gran parte de sus haberes  
ha gastado el Cid en guerra;  
no halla para el camino  
dinero sobre su hacienda.  
Á dos judíos convida,  
y sentados á la mesa  
con amigables caricias  
mil florines les pidiera.  
Díceles que por seguro  
dos cofres de plata tengan,  
y que si dentro de un año  
no les paga, que la vendan,  
y cobren la logrería  
como concertado queda.  
Dióles dos cofres cerrados,  
entrambos llenos de arena,  
y confiados del Cid  
dos mil florines le prestan.  
—¡Oh necesidad infame,  
á cuántos honrados fuerzas  
á que por salir de ti

hagan mil cosas mal hechas!  
¡Rey Alfonso, señor mío,  
á traidores das orejas,  
y á los fidalgos leales  
palacios y orejas cierras!  
Mañana saldré de Burgos  
á ganar en las fronteras  
algún pequeño castillo  
adonde mis gentes quepan;  
mas según son de orgullosos  
los que llevo en mi defensa,  
las cuatro partes del mundo  
tendrán por morada estrecha.  
Estarán mis estandartes  
tremolando en las almenas;  
caballeros agraviados  
hallarán guarida en ellas;  
y por conservar el nombre  
de tus reinos, que es mi tierra,  
los lugares que ganare  
serán Castilla la Nueva.

## LIV

Ese buen Cid Campeador,  
que Dios en salud mantenga,  
faciendo está una vigilia  
en San Pedro de Cardaña;  
que el caballero cristiano  
con las armas de la Iglesia  
debe de guarnir su pecho  
si quiere ganar las guerras.  
Doña Elvira y doña Sol,  
las dos sus hijas tan bellas,  
acompañan á su madre  
ofreciendo rica ofrenda.  
Cantada que fué la misa,  
el abad y monjes llegan  
á bendecir el pendón,  
aquel de la Cruz bermeja.  
Soltó el manto de los hombros,  
y en cuerpo, con armas nuevas,  
del pendón prendió los cabos  
y d'esta suerte dijera:  
—Pendón bendecido y santo,  
un castellano te lleva,  
por su rey mal desterrado,  
bien plañido por su tierra.  
Á mentiras de traidores  
inclinando sus orejas,  
dió su prez y mis fazañas:  
idesdichado dél y d'ellas!  
¡Cuando los reyes se pagan

de falsías halagüeñas,  
mal parados van los suyos,  
luengo mal les viene cerca!  
Rey Alfonso, rey Alfonso,  
esos cantos de sirena  
te adormecen por matarte:  
¡ay de ti si no recuerdas!  
Tú Castilla me vedaste  
por haber folgado en ella,  
que soy espanto de ingratos,  
y conmigo non cupieran.  
¡Plegue á Dios que no se caigan,  
sin mi brazo, tus almenas!  
Tú que sientes, me baldonas;  
sin sentir, me lloran ellas.  
Con todo, por mi lealtad  
te prometo las tenencias  
que en las fronteras ganaren  
mis lanzas y mis ballestas;  
que venganza de vasallo  
contra el rey, traición semeja,  
y el sufrir los tuertos suyos  
es señal de sangre buena.—  
Esta jura dijo el Cid,  
y luégo á doña Jimena  
y á sus dos fijas abraza;  
mudas y en llanto las deja.

## LV

Ya que acabó la vigilia  
aquel noble Cid honrado,  
y dejó á doña Jimena  
y á sus dos hijas llorando;  
á la vista de San Pedro  
en un espacioso llano  
dijo, con grande denuedo,  
á los que le están mirando:  
—Quinientos fidalgos sois  
los que me heis acompañado,  
á quien no diré lo mucho  
que os obliga el ser fidalgos;  
pero, pues que me destierra  
el Rey por injustos casos,  
faced cuenta, mis amigos,  
que todos vais desterrados,  
y que han de guardar mi honra  
vueso valor y mi brazo,  
que aunque él ha sido injusto,  
no lo han de ser sus vasallos,  
antes derramar la sangre  
por vencer á los contrarios.—  
Todos responden:—Buen Cid,  
vueso hablar es excusado,  
pues basta que nos mandéis  
para quedar obligados.—  
Por tierras de moros entran,  
muchas batallas ganando,  
rindiendo muchos castillos,

y reyes atributando.  
Tanto pudo el gran valor  
de aquel noble Cid honrado,  
que en poco tiempo conquista  
hasta Valencia llegando  
donde alcanzó gran tesoro;  
y un gran presente ha enviado  
al ingrato rey Alfonso  
de cien hermosos caballos,  
todos con ricos jaeces  
de diferentes bordados,  
y cien moros, que los llevan  
de las riendas, sus esclavos,  
y cien llaves de las villas  
y castillos que ha ganado,  
y también al rey envía  
cuatro reyes sus vasallos:  
aqueste presente lleva  
Ordoño, su gran privado.

## LVI

Ese buen Cid Campeador  
de Zaragoza partía,  
sus gentes lleva consigo,  
y la su seña tendida  
para correr á Monzón,  
á Huesca también corría;  
á Onda con Almenar  
estragado los había.  
El rey Pedro de Aragón  
muy gran pesar recibía  
cuando supo que el buen Cid  
tan cerca de sí yacía.  
Apellidara sus gentes,  
muchas son en demasía;  
llegado han á Piedra Alta,  
sus tiendas fincar facía:  
á ojos está del Cid,  
mas para él no venía.  
El Cid salió de Monzón  
con doce en su compañía,  
á holgarse por el campo,  
armados de buena guisa.  
Los de ese rey de Aragón  
le tuvieron puesta espía;  
caballeros eran ciento  
y cincuenta, que á él salían.  
El Cid lidiara con todos,  
como bueno los vencía:  
siete son los caballeros



y caballos que prendía,  
los otros huyen del campo,  
que aguardarle no querían,  
los presos piden merced,  
que los suelte le pedían:  
el Cid, como es muy honrado,  
lo que piden concedía.

## LVII

Adofir de Mudafar  
á Rueda en guarda tenía  
por el buen rey don Alfonso,  
que conquerido la había.  
Almofalas, ese moro,  
con sobrada maestría  
metióse dentro el castillo,  
con él alzado se había:  
Adofir, cuando lo supo,  
al rey su mensaje envía,  
pidiéndole su socorro  
para recobrar la villa.  
El rey envió á Ramiro  
y á ese conde don García,  
con muchas gentes armadas,  
que van en su compañía.  
El moro, cuando lo supo,  
dijo el castillo daría  
á ese buen rey don Alfonso,  
y que á otro no quería.  
Convidóle á comer  
por hacelle alevosía  
allá dentro del castillo;  
el rey temido se había.  
El infante don Ramiro  
con el Conde en compañía  
entraron para comer,  
que ir el rey no quería;  
mas luégo que entraron dentro

á entrambos quitan la vida,  
con otros que van con ellos,  
y al rey mucho le dolía.  
Túvose por deshonrado,  
y al Cid sus cartas envía,  
que estaba cerca de allí  
desterrado de Castilla.  
Rodrigo, que vió el mensaje,  
para el rey luégo venía:  
caballeros fijosdalgo  
acompañado lo habían.  
Cuando lo vido el buen rey,  
su perdón le concedía.  
Contóle lo acontecido,  
que le vengue le pedía,  
y que con él se viniese  
á su reino y señoría.  
El Cid le besó las manos  
por el perdón que le hacía;  
mas no lo quiso aceptar  
si el Rey no le prometía  
de dar á los fijosdalgo  
un plazo de treinta días  
para salir de la tierra,  
si algún crimen cometían,  
y que fasta ser oídos  
jamás los desterraría,  
nin quebrantaría los fueros  
que sus vasallos tenían,  
nin menos que los pechase  
más de lo que convenía,  
y que si lo tal ficiese,  
contra él alzarse podían.  
Todo lo promete el rey,  
que en nada contradecía,

y á Castilla caminando,  
Rodrigo el cerco ponía.  
Al moro que tal mal fizo  
por gran fambre lo prendía,  
y á todos los más traidores  
al rey luégo los envía.  
El rey los ha recibido,  
d'ellos fizo gran justicia,  
y mucho agradece al Cid  
el presente que le hacía.

## LVIII

Ceñid los membrudos brazos  
al cuello que bien os quiere,  
por ser asaz de tal dueño,  
que el mundo otro par no tiene.  
Non rehuyáis de abrazarme,  
que brazos de home tan fuerte  
desentollescen mis tierras,  
y las de moros tollescen.  
Facedlo, que bien podéis,  
é cuidá non me manchedes,  
que aún finca en las vuestas armas  
la sangre mora reciente.  
No atendáis tuertos que os fice,  
pues tan buen precio merecen,  
que non quise en mi servicio  
homes á quien sirven reyes.  
Si vos desterré, Rodrigo,  
fué porque á moros que crecen  
desterréis sus fechorías,  
y las vuestas alto vuelen.  
Non vos eché de mi reino  
por falsos que vos mal quieren,  
sí porque en tierras ajenas  
por vos mi poder se muestre.  
De Álvar Fáñez, vuesto primo,  
reché vuesto presente,  
no en feudo vuesto, Rodrigo,  
sinon como de parientes.  
Las banderas que ganasteis

á sarracenos de allende,  
por vuesa mandadería  
en San Pedro las veredes.  
La vuesa Jimena Gómez,  
que tanto vos quiso siempre,  
porque la desmaridé  
mil pleitos contra mí tiene.  
Non escuchéis sus querellas  
cuando á mí las enderece,  
que á las fembras más astutas  
cualquier enojo las vence.  
Acudid en su presencia,  
que cuido que vos atiende  
más ganosa de vos ver  
que vos venides de verme;  
que si malos consejeros  
facen oficios que suelen,  
en cambio de saludarme  
atenderédes mi muerte.  
Non la atendáis, home bueno,  
ansí os valga San Llorente,  
y riñas de por San Juan  
sean paz que dure siempre.  
Prended al cuello los brazos,  
que vuestos brazos bien pueden  
prender en paz vuesto rey,  
pues en guerra cinco prenden.—  
El rey don Alfonso el Sexto  
le dice esto al Cid valiente,  
que de lidiar con los moros  
victorioso á su rey vuelve.

## LIX

Fablando estaba en celada  
el Cid con la su Jimena  
poco antes que se fuése  
á las lides de Valencia:  
—Bien sabéis, dice, señora,  
cómo las nuestas querencias  
en fe de su voluntad  
muy mal admiten ausencia;  
pero piérdese el derecho  
adonde interviene fuerza,  
que el servir al rey lo es  
quien noble sangre semeja.  
Faced en la mi mudanza  
como tan sesuda fembra,  
y en vos no se vea ninguna,  
pues venís de honrada cepa.  
Ocupad las cortas horas  
en catar vuestas haciendas;  
un punto no estéis ociosa,  
pues es lo mismo que muerta.  
Guardad vuestros ricos paños  
para cuando yo dé vuelta,  
que la fembra sin marido  
debe andar con gran llaneza.  
Mirad por las vuestas fijas,  
celadlas; pero no entiendan  
que algún vicio presumís,  
porque faréis que lo entiendan.  
No las apartéis un punto

de junto á vuesa cabeza,  
que las fijas sin su madre  
muy cerca están de perderla.  
Sed grave con los criados,  
agradable con las dueñas,  
con los extraños sagaz,  
y con los propios severa.  
Non enseñéis las mis cartas  
á la más cercana dueña,  
porque no sepa el más sabio  
cómo paso yo las vuestas:  
mostradlas á vuestas fijas,  
si non tuvierdes prudencia  
para encubrir vuestro gozo,  
que suele ser propio en fembras.  
Si vos consejaren bien  
faced lo que vos consejan,  
y si mal vos consejaren,  
faced lo que más convenga.  
Veinte y dos maravedís  
para cada día os quedan,  
tratadvos como quien sois,  
non enduréis la despensa.  
Si dineros vos faltaren  
faced como no se entienda,  
enviádmelos á pedir,  
non empeñéis vuestras prendas.  
Buscad sobre mi palabra,  
que bien fallaréis sobre ella  
quien á vuestra cuita corra,  
pues yo acudo á las ajenas.  
Con tanto, señora, adios,  
que el ruido de armas resuena.—  
Y tras un estrecho abrazo,  
ligero subió en Babieca.





## LX

Apertada está Valencia,  
puédese mal defenfar,  
porque los almoravides  
no la quieren ayudar.  
Viendo aqúesto un moro viejo  
que solía adivinar,  
subiérase á un alta torre  
para bien la contemplan.  
Cuánto más la mira hermosa,  
más le crece su pesar.  
Sospirando con gran pena,  
aquesto fué á razonar:  
—¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia,  
digna de siempre reinar!  
Si Dios de ti no se duele,  
tu honra se va apocar,  
y con ella las holganzas  
que nos suelen deleitar:  
las cuatro piedras caudales  
do fuíste el muro á sentar,  
para llorar, si pudiesen,  
se querrían ayuntar.  
Tus muros tan preminentes,  
que fuertes sobre ella están,  
de mucho ser combatidos  
todos los veo temblar;  
las torres que las tus gentes  
de lejos suelen mirar,  
que su alteza ilustre y clara

los solía consolar,  
poco á poco se derriban  
sin podellas reparar;  
y las tus blancas almenas,  
que lucen como el cristal,  
su lealtad han perdido  
y todo su bel mirar;  
tu río tan caudaloso,  
tu río Guadalaviar,  
con las otras aguas tuyas  
de madre salido ha;  
tus arroyos cristalinos  
turbios ya siempre vendrán,  
tus fuentes y manantiales  
todos secados se han;  
tus verdes huertas viciosas  
á ninguno gozo dan,  
que la raíz de sus hierbas  
bestias roído las han;  
tus prados de cien mil flores  
olores de sí no dan,  
mustios andan y marchitos,  
sin color ni olor están;  
aquel honrado provecho  
de tu playa y de tu mar,  
en deshonra y daño torna,  
imal te puede aprovechar!  
Los montes, campos y tierras  
que tu solías mandar,  
el humo de los sus fuegos  
tus ojos cegado han.  
Es tan grave tu dolencia  
y tanta tu enfermedad,  
que los hombres desesperan  
de salud poderte dar.

**iOh Valencia! iOh Valencia!  
Dios te quiera remediar,  
que muchas veces predije  
lo que agora veo llorar.**

## LXI

Cercada tiene á Valencia  
ese buen Cid castellano,  
con los moros que están dentro  
cada día peleando:  
muchos ha muerto y prendido  
y á otros ha cautivado.  
Al real del buen Rodrigo  
un caballero ha llegado:  
Martín Peláez ha por nombre,  
Martín Peláez, asturiano:  
muy crecido es en el cuerpo,  
en los miembros arreciado.  
Aqueste es de buen donaire,  
pero muy acobardado:  
halo mostrado en las lides  
y batallas do se ha hallado.  
Mucho le pesó al buen Cid  
cuando lo vido á su lado;  
no es para vivir con él  
hombre tan afeminado.  
Un día entrara el buen Cid,  
y con él los sus vasallos,  
en batalla, con los moros  
pelean como esforzados.  
Allá va Martín Peláez  
bien armado y á caballo:  
antes de dar el torneo  
al real había tornado;  
fuése para su posada

cubierto y disimulado.  
En ella anduvo escondido  
hasta que el Cid ha tornado;  
dejó muertos muchos moros,  
á ellos ganara el campo.  
El Cid se sentó á comer,  
como tiene acostumbrado,  
solo en su cabo á una mesa,  
y en el su escaño asentado,  
y en otra sus caballeros,  
los que tiene por preciados:  
con aquestos nadie come  
sino los más afamados.  
Así lo ordenó el buen Cid  
por facerlos esforzados,  
y que cada uno procure  
facer fechos estimados  
para comer á la mesa  
de Álvar Fáñez y su hermano.  
Bien cuidó Martín Peláez,  
que non vió el Cid lo pasado,  
y así las manos se lava,  
á la mesa se ha sentado  
donde está don Álvar Fáñez  
con la compañía de honrados.  
El Cid se fué para él,  
y del brazo le ha trabado,  
diciendo:—Non sois vos tal  
para en tal mesa sentarvos  
con esos parientes míos,  
á quien vos podáis llegarvos;  
más valen que yo ni vos,  
que son buenos y aprobados;  
sentadvos á la mi mesa,  
comed conmigo á mi plato.—

Con mengua de entendimiento  
no creyó que es baldonado,  
asentóse con el Cid  
á su mesa y á su lado,  
y el Cid con grande cordura  
esta reprehensión le ha dado.

## LXII

Por la mano prende el Cid,  
no con rigor ni con saña,  
al joven Martín Peláez  
que fuyó de la batalla,  
y por mejor reprendelle  
de su cobardía mala,  
se sienta á su mesa y dice  
con amorosas palabras:  
—Yantemos en uno juntos,  
que non he sabor ni gana  
que yantedes con los grandes  
que han ganado con su espada;  
yantad en esa escodilla,  
que el uno al otro se llama,  
yo por no ser bueno os quiero  
á mi lado y á mi estancia:  
los que allí con Álvar Fáñez  
con él se asientan y yantan,  
ganaron con sus proezas  
la mesa y perpetua fama.  
Con la sangre de enemigos  
es bien lavar nuestras manchas  
que en el honor han caído  
rindiendo la vida y almas.  
Vergoñosa vida atiende  
aquel que valor le falta,  
magüer que haya su hacienda  
de los mejores de España.  
Miémbresevos de los fechos



pasados que ha fecho en armas  
mi amigo Pedro Bermúdez,  
y cuán bien su espada talla.  
Aguisémonos de guisa  
que ninguno tuerto faga,  
ni los moros valencianos  
puedan afrentar sus lanzas.  
Facer lo que home es tenuto  
de toda culpa descarga,  
porque allí no hay fallimiento  
de lo que la honra encarga.  
Esto dicho, el Cid callóse,  
y la comida acabada,  
mandó tocar las trompetas,  
y que se pongan en armas,  
y los moros valencianos  
con las gentes asturianas  
traban una escaramuza  
encendiendo nueva saña.  
Corrido Martín Peláez  
de las pasadas palabras,  
hizo cosas aquel día  
que al Cid admiran y espantan;  
tanto, que aquel vencimiento  
á Martín Peláez se daba.  
Los moros su nombre temen,  
con que ganó lauro y palma.

## LXIII

Corrido Martín Peláez  
de lo que el Cid ha fablado,  
d'ello cobró gran vergüenza,  
d'ello está muy ocupado.  
Fuése para su posada,  
triste estaba y muy cuitado  
viendo cómo el Cid ha visto  
su cobardía tan claro,  
por lo cual no consintió  
que coma con los honrados  
propónese ser valiente  
ó de morir en el campo.  
Otro día salió el Cid,  
junto á Valencia ha llegado;  
salieron luégo los moros  
á ferir en los cristianos:  
llegan denodadamente  
con los esfuerzos sobrados.  
Martín Peláez fué el primero  
que la lid había entrado,  
y firió tan recio en ellos  
que á muchos ha derribado.  
Allí perdió todo el miedo,  
muy gran esfuerzo ha cobrado,  
peleó valientemente  
mientras la lid ha durado:  
unos mata y otros hiere,  
hizo en ellos grande estrago.  
Los moros dicen á gritos:

—¿De dó ha venido este diablo?  
¡Hasta aquí no le hemos visto  
tan valiente y esforzado!  
Á todos nos hiere y mata,  
del campo nos ha lanzado.—  
Por las puertas de Valencia  
á los moros ha encerrado,  
los brazos hasta los codos  
en sangre lleva bañados;  
ninguno hay tal como él  
si no es el Cid afamado.  
Los moros fueron vencidos,  
Peláez se había tornado,  
esperándole está el Cid  
fasta que fuera llegado:  
con muy crecido placer  
Rodrigo lo había abrazado;  
díjole:—Martín Peláez,  
vos sois bueno y esforzado,  
non sois tal que merezcáis  
de hoy más conmigo sentaros,  
asentaos con Álvar Fáñez,  
que era mi primo hermano,  
y con estos caballeros,  
que son buenos y estimados,  
que los vuestos buenos fechos  
siempre serán bien mentados;  
seréis d'ellos compañero,  
sentaros heis á su lado.—  
De aquel día en adelante  
fizo fechos muy granados  
de esforzado caballero,  
bueno como el máspreciado.  
Aquí se cumplió el proverbio  
entre todos divulgado,

«que el que á buen árbol se arrima  
»de buena sombra es tapado.»

## LXIV

Partíos ende los moros,  
non pongáis mientes en al,  
cuidá de los doloridos  
y los muertos soterrad;  
decidles á los cuitados  
y á las cuitadas contad,  
que el saber nueso en la guerra  
es humildoso en la paz;  
poned la fucia en facer  
que me vengan á fablar,  
porque les diga mi boca  
toda la mi voluntad,  
que non quiero sus haciendas  
nin se las he de tirar,  
nin para mis barraganas  
sus fijas he de tomar,  
que yo non uso mujeres  
sinon la mía natural,  
que en San Pedro de Cardaña  
yace agora al mi mandar;  
y mándovos yo, Álvar Fáñez,  
si he poder de vos mandar,  
vais por ella y por mis fijas,  
mis fijas otro que tal.  
Llevad treinta marcos de oro  
con que se puedan guiar  
para venir á Valencia  
á la ver y á la gozar;  
llevá otros tantos de plata

para San Pedro y su altar,  
y entregadlos á don Sancho,  
que ende yace por abad;  
y al noble rey don Alfonso,  
mi buen señor natural,  
llevá doscientos caballos,  
bien guarnidos al mi usar;  
y á los honrados judíos  
Raquel y Vidas llevá  
doscientos marcos de oro,  
tantos de plata y non más,  
que me endonaron prestados  
cuando me partí á lidiar  
sobre dos cofres de arena  
debajo de mi verdad:  
rogarles heis de mi parte  
que me quieran perdonar,  
que con acuita lo fice  
de mi gran necesidad;  
que aunque cuidan que es arena  
lo que en los cofres está,  
quedó soterrado en ella  
el oro de mi verdad.  
Pagáles la logrería  
que soy tenuto á les dar  
del tiempo que su dinero  
he tenido á mi mandar;  
y vos, Martín Antolínez,  
le iredes á acompañar,  
y las mis buenas venturas  
á mi Jimena contad.  
Diréis al rey don Alfonso  
que me empreste su juglar,  
porque á mi Jimena agrada  
mucho el tañer y cantar.—

Aquesto dijera el Cid  
después que ya entrado ha  
en Valencia victorioso,  
pues conquerido la ha.

## LXV

Desterrado estaba el Cid  
de la corte y de su aldea  
de Castilla por su rey,  
cansado de vencer guerras,  
y en las venturosas armas  
apenas las manchas secas  
de la sangre de los moros  
que ha vencido en sus fronteras;  
y aun estaban los pendones  
tremolando en las almenas  
de las soberbias murallas  
humilladas de Valencia,  
cuando para el rey Alfonso  
un rico presente ordena  
de cautivos y caballos,  
de despojos y riquezas.  
Todo lo despacha á Burgos,  
y á Álvar Fáñez que lo lleva,  
para que lo diga al rey,  
le dice d'esta manera:

«Díle, amigo, al rey Alfonso,  
»que reciba su grandeza  
»de un fidalgo desterrado  
»la voluntad y la ofrenda,  
»y que en este dón pequeño  
»solamente tome en cuenta  
»que es comprado de los moros  
»á precio de sangre buena;



»que con mi espada en dos años  
»le he ganado yo más tierras  
»que le dejó el rey Fernando,  
»su padre, que en gloria sea;  
»que en feudo d'ello lo tome  
»y que no juzgue á soberbia  
»que con parias de otros reyes  
»pague yo á mi rey mis deudas;  
»que pues él como señor  
»me pudo quitar mi hacienda,  
»bien puedo yo como pobre  
»pagar con hacienda ajena;  
»y que juzgue que en su dicha  
»son delante mis enseñas  
»millaradas de enemigos  
»como ante el sol las tinieblas;  
»y espero en Dios que mi brazo  
»ha de hacello rico, mientras  
»la mano aprieta á Tizona  
»y el talón fiere á Babiaca;  
»y en tanto mis envidiosos  
»descansen, mientras les sea  
»firme muralla mi pecho  
»de su vida y de sus tierras,  
»y entreténganse en palacio,  
»y guárdense no me vendan,  
»que del tropel de los moros  
»soltaré una vez la presa  
»y llegarán su avenida  
»á ver entre sus almenas;  
»y defiendan bien sus honras  
»como manchan las ajenas;  
»y si les diere en los ojos  
»lo que les dió en las orejas,  
»verán que el Cid no es tan malo

»como son sus obras buenas,  
»y si sirven á su rey  
»en la paz como en la guerra  
»mentirosos lisonjeros  
»con la espada ó con la lengua;  
»y verá el buen rey Alfonso  
»si son de Burgos las fuerzas,  
»los caminos de ladrillo  
»ó los ánimos de piedra:  
»que le suplico permita  
»se pongan esas banderas  
»á los ojos del glorioso  
»mi Príncipe de la Iglesia,  
»en señal que con su ayuda  
»apenas enhiestas quedan  
»en toda España otras tantas,  
»y ya me parto por ellas;  
»y le suplico me envíe  
»mis fijas y mi Jimena,  
»d'esta alma sola afligida  
»regaladas dulces prendas;  
»que si nó mi soledad,  
»la suya al menos le duela,  
»porque de mi gloria goce  
»ganada en tan larga ausencia.»  
Mirad, Álvaro, no erréis:  
que en cada razón de aquestas  
lleváis delante del rey  
mi descargo y mi limpieza.  
Decidlo con libertad,  
que bien sé que habrá en la rueda  
quien mis pensamientos mida  
y vuestas palabras mismas.  
Procurad que aunque les pese  
á los que mi bien les pesa,

no lleven más que la envidia  
de mí, de vos ni de ellas;  
y si en mi Valencia amada  
no me hallareis á la vuelta,  
peleando me hallarédes  
con los moros de Consuegra.

## LXVI

Llegó Álvar Fáñez á Burgos  
á llevar al rey la empresa  
de cautivos y caballos,  
de despojos y riquezas.  
Entró á besarle la mano  
después de darle licencia,  
y puesto ante él de rodillas  
este recaudo comienza:  
—Poderoso rey Alfonso,  
reciba vuesa grandeza  
de un fidalgo desterrado  
la voluntad y la ofrenda.  
Don Rodrigo de Vivar,  
fuerte muro en tu defensa,  
por envidia desterrado  
de su casa y de su tierra,  
pide que con libertad  
hable puesto en su defensa  
y así quiero, por no errar,  
decir sus palabras mesmas.  
Dice: «que este dón pequeño  
»toméis solamente en cuenta,  
»que es ganado de los moros  
»á precio de sangre buena;  
»que con su espada en dos años  
»te ha ganado el Cid más tierras  
»que te dejó el rey Fernando,  
»tu padre, que en gloria sea;  
»que en feudo d'esto lo tomes

»y no juzgues á soberbia  
»que con parias de otros reyes  
»él pague á su rey sus deudas;  
»y pues tú como señor  
»le quitaste su hacienda,  
»que bien puede como pobre  
»pagar con hacienda ajena.  
»Que fíes en Dios y en él,  
»que te ha de hacer rico, mientras  
»la mano aprieta á Tizona  
»y el talón hiere á Babiaca.  
»Y que gustes que en San Pedro  
»se pongan estas banderas  
»á los ojos del glorioso  
»Gran Príncipe de la Iglesia,  
»en señal que con su ayuda  
»apenas enhiestas quedan  
»en toda España otras tantas,  
»y ya se parte por ellas.  
»Que te suplica le envíes  
»sus hijas y su Jimena,  
»del alma triste afligida  
»regaladas dulces prendas.  
»Y si nó su soledad,  
»la suya al menos te duela,  
»para que su gloria goce  
»ganada en tan larga ausencia.»  
No quisiera haber errado,  
que en cada palabra d'estas  
te traigo, rey, de Rodrigo  
su descargo y su limpieza.—  
Apenas dió la embajada  
cuando la envidia revienta  
de envidiosos lisonjeros  
y corredores de orejas.

Movióse un conde agraviado  
y díjole al rey: Tu alteza  
no dé crédito á estas cosas,  
que son engaños que ceban.  
Querrá ahora el Cid Rodrigo  
con esto que te presenta,  
venirse á Burgos mañana  
á confirmar tus ofensas.—  
Caló Álvar Fáñez la gorra,  
y empuñando en la derecha,  
tartamudo de coraje,  
le dió al conde esta respuesta:  
—Nadie se mude ni hable,  
y el que se moviere atienda  
que le fabla el Cid presente,  
pues yo lo soy en su ausencia;  
y cuando en mi pobre esfuerzo  
cupiere alguna flaqueza,  
la gran firmeza del Cid  
me ayuda desde Valencia.  
No le venda ningún falso  
ni sus lisonjas le vendan,  
que d'él y de mí, en su nombre,  
no aseguro la cabeza.  
Y tú, rey, que las lisonjas  
acomodas y aprovechas,  
haz de lisonjas murallas  
y verás cómo pelean.  
Perdona que con enojo  
pierdo el respeto á tu Alteza,  
y dame, si me has de dar,  
del Cid las queridas prendas:  
á doña Jimena digo,  
y á sus dos hijas con ella,  
pues te ofrezco su rescate

como si estuvieran presas.—  
Levantóse el rey Alfonso  
y á Álvar Fáñez pide y ruega  
que se sosiegue, y los dos  
vayan á ver á Jimena.

## LXVII

Victorioso vuelve el Cid  
á San Pedro de Cardena  
de las guerras que ha tenido  
con los moros de Valencia.  
Las trompetas van sonando  
por dar aviso que llega,  
y entre todos se señala  
el relincho de Babiaca.  
El abad y monjes salen  
á recibirlo á la puerta,  
dando alabanzas á Dios  
y al Cid mil enhorabuenas.  
Apeóse del caballo,  
y antes de entrar en la iglesia  
tomó el pendón en sus manos  
y dice de esta manera:  
—Salí de ti, templo santo,  
desterrado de mi tierra;  
mas ya vuelvo á visitarte  
acogido en las ajenas.  
Desterróme el rey Alfonso  
porque allá en Santa Gadea  
le tomé el su juramento  
con más rigor que él quisiera.  
Las leyes eran del pueblo,  
que no excedí un punto d'ellas,  
pues como leal vasallo  
saqué á mi rey de sospecha.  
¡Oh envidiosos castellanos,



cuán mal pagáis la defensa  
que tuvisteis en mi espada  
ensanchando vuestra cerca!  
Veis aquí os traigo ganado  
otro reino y mil fronteras,  
que os quiero dar tierras mías  
aunque me echáis de las vuestras;  
pudiera dárselo á extraños,  
mas para cosas tan feas  
soy Rodrigo de Vivar,  
castellano á las derechas.

## LXVIII

Aquese famoso Cid  
con gran razón es loado;  
ganada tiene á Valencia,  
de moros la ha conquistado;  
en ella está su mujer,  
fija del conde Lozano.  
Doña Sol y doña Elvira  
poco há que habían llegado  
de San Pedro de Cardena,  
do el Cid las había dejado.  
Estando el Cid á placer  
nuevas le habían llegado  
que el gran Miramamolín,  
rey de Túnez coronado,  
venía á se la quitar  
con gran gente de á caballo;  
cincuenta mil eran éstos,  
los de á pié no tienen cabo.  
El Cid, como era valiente,  
y en armas tan aprobado,  
basteció bien los castillos,  
y en todo puso recaudo;  
esforzó sus caballeros  
como lo había acostumbrado.  
Subiera á doña Jimena,  
y á sus fijas en su cabo,  
en una torre más alta  
que en el alcázar se ha hallado.  
Miraron contra la mar,

los moros están mirando,  
viendo cómo armaban tiendas  
á gran priesa y gran cuidado.  
Al rededor de Valencia  
grandes alaridos dando,  
tañendo sus atambores  
los aires van penetrando.  
Doña Jimena y sus fijas  
gran pavor habían cobrado,  
porque jamás habían visto  
tantas gentes en un campo.  
Esforzábalas el Cid,  
de aquesta suerte hablando:  
—No temáis, doña Jimena,  
y fijas que tanto amo;  
mientras que yo fuere vivo  
de nada tengáis cuidado,  
que los moros que aquí vedes  
vencidos habrán quedado,  
y con el su gran haber,  
fijas, os habré casado,  
que cuantos más son los moros,  
más ganancia habrán dejado;  
y las bocinas que traen  
y ante vos se habían tocado,  
servirán para la Iglesia  
d'este pueblo valenciano.—  
Viendo entonces que los moros  
por las huertas se han entrado  
derramados y esparcidos,  
sin orden y á mal recaudo,  
á don Álvar Salvadores  
le dijo:—Sed luégo armado,  
tomaréis doscientos homes  
de á caballo aderezados,

y haced una espolonada  
contra los perros paganos,  
porque Jimena y sus fijas  
vean que sois esforzado.—  
Salvadores lo cumpliera  
como el Cid lo había mandado.  
Dió de tropel en los moros,  
de las huertas los ha echado:  
firiendo iban en ellos,  
firiendo van y matando  
hasta dentro de las tiendas  
que los moros han armado.  
De allí se tornaron todos,  
doscientos moros matando  
preso queda Salvadores,  
que por ser aventajado  
se metió tanto en los moros,  
que lo habían cautivado:  
sacóle el Cid otro día,  
los moros desbaratando.

## **Parte IV. Deslealtad y castigo de los Infantes de Carrión**

## LXIX

Considerando los Condes  
lo que el de Vivar vale,  
y que su fama se aumenta  
por las fazañas que face,  
al rey don Alfonso piden  
que con sus fijas les case,  
porque ser yernos del Cid  
es bien que puede estimarse.  
El Rey, por facelles bien,  
luégo le envió un mensaje  
que se viniese á Requena  
para que con él lo trate.  
Rodrigo, vista la nueva,  
dió d'ello á Jimena parte;  
que en tal caso las mujeres  
suelen ser muy importantes.  
Sabido, no gustó d'ello,  
y dijo al Cid:—Non me place  
de emparentar con los Condes,  
magüer sean de linaje;  
mas fágase ende, Rodrigo,  
lo que á vos más os agrade,  
que no hay mengua de consejo  
do está el Rey y vos estades.—  
Rodrigo partió á Requena,  
y también el Rey se parte  
juntamente con los Condes  
porque el Cid los vea y fable.  
Después de dicha una misa,

delante el Rey y los grandes,  
por don Jerónimo, obispo,  
con muchas solemnidades,  
el Rey al Cid apartó  
de todos los circunstantes,  
y estas palabras propuso  
con gravadoso semblante:  
—Bien sabedes, don Rodrigo,  
que os tengo amor asaz grande,  
y por vuestras cosas cuido  
con solicitud bastante;  
por ende habéis de saber  
que fice a questo viaje  
por fablaros de un negocio,  
que importa con vos se fable.  
Los condes de Carrión  
me han rogado que vos trate  
en que les déis vuestas hijas,  
y que con ellas los case,  
que estarán agradecidos  
si esta merced se les face,  
porque es gran razón se estimen  
hijas que son de tal padre.  
Codician vuesa amistad,  
atienden al trato afable,  
aman mucho vuestas cosas,  
y estiman á vuesa sangre.—  
Agradeció el Cid entonces  
al Rey la merced tan grande,  
y díjole se sirviese  
de todo lo que á él tocase,  
que d'él, de hijas, de haberes,  
ficiese lo que mandase;  
que él no casaba á sus hijas,  
mas las da que se las case.

Dióle el Rey gracias por ello  
y mandó les entregasen  
ocho mil marcos de plata  
para el día en que se casen;  
y al tío de las doncellas,  
que era el buen don Álvar Fáñez,  
mandó el Rey que las tuviese  
fasta que se desposasen.  
Luégo el Rey llamó á los Condes,  
y mandó que le besasen  
las manos al Cid Rúy Díaz,  
y le fagan homenaje.  
Ficiéronlo así los Condes  
delante el Rey y los grandes,  
y convidó el Cid á todos  
porque en sus bodas se hallen.  
Partióse el Rey á Castilla,  
y el de Vivar con él parte,  
y á dos leguas mandó el Rey  
que no pasen adelante.  
Fuése Rodrigo á Valencia,  
donde quiso se juntasen  
los Condes y caballeros,  
porque las bodas se acaben.  
Cuando el Cid los vido juntos,  
díjole á don Álvar Fáñez  
que lo que el Rey le mandó  
luégo al punto efectuase;  
que trajese á sus sobrinas,  
y que á los condes ó infantes  
que llaman de Carrión  
al punto las entregase.  
Diéronselas, y los Condes  
con amorosas señales  
dieron muestras del contento



que d'este suceso nace,  
porque es tan fuerte el amor,  
y son sus efectos tales,  
que lo publican los ojos,  
aunque la lengua lo calle.  
Fizo el Obispo su oficio,  
dió bendiciones y paces,  
hubo fiestas ocho días  
de cañas, toros y bailes;  
dió grandes dones el Cid  
á los Condes y magnates,  
que aquel qu'es grande en sus fechos  
suele ser en todo grande.

## LXX

Acabado de yantar,  
la faz en somo la mano,  
durmiendo está el señor Cid  
en el su precioso escaño:  
guardándole están el sueño  
sus yernos Diego y Fernando,  
y el tartajoso Bermudo,  
en lides determinado.  
Fablando están juglerías,  
cada cual para hablar paso,  
y por soportar la risa  
puesta la mano en los labios,  
cuando unas voces oyeron  
que atronaban el palacio,  
diciendo:—¡Guarda el león!  
¡Mal muera quien lo ha soltado!—  
No se turbó don Bermudo,  
empero los dos hermanos  
con la cuita del pavor  
de la risa se olvidaron,  
y esforzándose las voces  
en puridad se hablaron,  
y aconsejáronse aprisa  
que no fuyesen despacio.  
El menor, Fernán González,  
dió principio al fecho malo,  
en zaga el Cid se escondió  
bajo su escaño agachado.  
Diego, el mayor de los dos,

se escondió á trecho más largo  
en un lugar tan lijoso,  
que no puede ser contado.  
Entró gritando el gentío,  
y el león entró bramando,  
á quien Bermudo atendió  
con el estoque en la mano.  
Aquí dió una voz el Cid,  
á quien como por milagro  
se humilló la bestia fiera,  
humildosa y coleando.  
Agradecióselo el Cid,  
y al cuello le echó los brazos,  
y llevólo á la leonera  
faciéndole mil falagos.  
Aturdido está el gentío  
viendo lo tal, no acatando  
que ambos eran leones,  
mas el Cid era más bravo.  
Vuelto, pues, á la su sala,  
alegre y no demudado,  
preguntó por sus dos yernos,  
su maldad adivinando.  
Bermudo le respondió:  
—Del uno os daré recaudo,  
que aquí se agachó por ver  
si el león es fembra ó macho.—  
Allí entró Martín Peláez,  
aquel tímido asturiano,  
diciendo á voces:—Señor,  
albricias, ya lo han sacado.—  
El Cid replicó:—¿Á quién?  
Él respondió:—Al otro hermano,  
que se sumió de pavor  
do no se sumiera el diablo.

Miradle, señor, dó viene,  
empero faceos á un lado,  
que habéis, para estar par dél,  
menester un incensario.—  
Desenjaularon al uno,  
metieron otro del brazo,  
manchados de cosas malas  
de boda los ricos paños.  
Movido de saña el Cid  
á uno y á otro mirando,  
reventando por hablar,  
y por callar reventando,  
al cabo soltó la voz  
el soberbio castellano,  
y los denuestos les dijo  
que vos contaré despacio.

## LXXI

Non quisiera, yernos míos,  
haber visto tal guisado,  
cual el d'este mal suceso,  
magüer cuido algún gran daño.  
¿Son éstas ropas de bodas?  
¡Haya mal grado el diablo!  
¿Qué pavor ha sido el vuestro,  
que habéis fecho tal recaudo?  
Teniendo las vuestas armas,  
¿por qué fugisteis entrambos?  
¿Non estábades conmigo  
para siquiera mirallo?  
Pedisteis al Rey mis fijas  
cuidando de valer algo,  
non fice mi voluntad,  
mas fice en el su mandado.  
¿Vosotros sodes los novios  
para mi vejez guardados?  
¡Buena vejez me daredes  
siendo tan afeminados!  
No quiero pasar de aquí,  
que si miro lo pasado  
reviento de pesadumbre  
considerando este caso.—  
Estas palabras el Cid  
les dijo muy enojado  
por haber así fuído  
del león los dos hermanos:  
agraviáronse los Condes,

y con él quedan odiados.

## LXXII

Si de mortales heridas  
fincare muerto en la guerra,  
llevadme, Jimena mía,  
á San Pedro de Cardaña:  
y así buena andanza hayades  
que me fagades la huesa  
junto al altar de Santiago,  
amparo de lides nuevas.  
Non me curedes plañir,  
porque la mi gente buena  
viendo que falta mi brazo  
non fuya y deje mi tierra.  
Non vos conozcan los moros  
en vuestro pecho flaqueza,  
sino que aquí griten armas,  
y allí me fagan obsequias:  
y la tizona que adorna  
esta mi mano derecha,  
non pierda de su derecho,  
ni venga á manos de fembra.  
Y si permitiere Dios  
que el mi caballo Babieca  
fincare sin su señor,  
y llamare á vuesa puerta,  
abridle y acariñadle  
y dadle ración entera,  
que quien sirve á buen señor,  
buen galardón dél espera.  
Ponedme de vuesa mano

el peto, espaldar y grevas,  
brazal, celada y manoplas,  
escudo, lanza y espuelas;  
y puesto que rompe el día  
y me dan los moros priesa,  
dadme vuesa bendición  
y fincad enhorabuena.—  
Con esto salió Rodrigo  
de los muros de Valencia  
á dar la batalla á Búcar.  
¡Plegue á Dios que con bien vuelva!



## LXXIII

La venida del rey Búcar  
á la ciudad de Valencia  
está consultando el Cid  
con muchos homes de cuenta.  
Estando en aquesta fabla  
han entrado por la puerta  
sus yernos, disimulando  
la traición que asaz le ordenan.  
Asiento les diera el Cid  
á la su mano derecha,  
él temblando de atrevido,  
y ellos tiemblan de flaqueza,  
que los ánimos cobardes  
carecen de fortaleza.  
En estas fablas estando,  
toda la gente trae nuevas  
con cajas, pífanos, trompas,  
de cómo los moros llegan.  
Subióse el Cid con los suyos  
á una torre tan soberbia  
como son sus pensamientos,  
que igualan á las estrellas.  
Puesto de pechos el Cid  
en las soberbias almenas,  
miraba el rey que ha llegado  
con el ejército y tiendas,  
de que sus cobardes yernos  
ya se temen y recelan.  
El Cid ha sido avisado

que un recaudo del rey llega;  
bajóse por recibillo,  
sin bajar su fortaleza.  
Á las razones del moro  
atiende el Cid con prudencia,  
y turbado de su aspecto  
le dice d'esta manera:  
—El rey Búcar, mi señor,  
ha venido de su tierra  
á deshacer el gran tuerto  
con que tú le tienes ésta.  
Envíatela á pedir,  
y en viendo que no la dejas,  
te apercibe á la batalla,  
y procura defendella.—  
Oídas estas razones,  
no haciendo d'ellas cuenta,  
alegre responde el Cid,  
mostrando mucha clemencia:  
—Díle al rey que se aperciba,  
que yo pondré mi defensa;  
Valencia me cuesta mucho  
y no pienso salir d'ella,  
porque he pasado en ganalla  
muy grandes cuitas y penas.  
Gracias infinitas doy  
á la infinita grandeza  
que me otorgó la vitoria  
en tan peligrosa guerra;  
á solo Dios lo agradezco,  
y á la sangre y gente buena  
de mis parientes y amigos,  
que también mucho les cuesta.—  
El moro se despidió,  
cobarde en ver su presencia,

y temeroso de oírle,  
al rey le lleva la nueva.  
El Cid se queda ordenando  
cosas sobre esta hacienda,  
y conoció de sus yernos  
la cobardía que encierran.  
Mandóles que se quedasen  
porque no prueben sus fuerzas.  
Ellos temerosos d'esto,  
corridos de tal afrenta,  
le dicen que han de ir con él  
á tan peligrosa empresa.  
Juntas las gentes del Cid  
sus haces trazan y ordenan;  
todos salen al real,  
y el Cid con tanta braveza,  
que los moros temerosos  
sus haces juntan apriesa.  
Al són de pífano y cajas  
la batalla se comienza,  
animándolos Rodrigo  
que lleva la delantera;  
con su gente puesta en orden  
la batalla les presenta.  
Embístense ambas las partes,  
y en la batalla sangrienta  
diez y ocho reyes prende,  
y á todos ellos prendiera;  
mas poniendo á los piés alas,  
desembarazan la tierra,  
y aunque costó mucha sangre  
durando tan grande pieza,  
la victoria llevó el Cid,  
y con ella entró en Valencia.  
Recibiólo la ciudad

con aplauso y buena estrena,  
deséanle mil saludes  
para su amparo y defensa,  
y él contento y muy alegre  
se va á ver á su Jimena.

## LXXIV

En batalla temerosa  
andaba el Cid castellano  
con Búcar, ese rey moro,  
que contra el Cid ha llegado  
á le ganar á Valencia  
que el buen Cid ha conquistado.  
Los condes de Carrión  
en ella se habían hallado,  
y contra un infante de ellos  
Fernán González llamado,  
un moro viene corriendo  
con fuerte lanza en su mano;  
fuerte muestra el moro ser  
según viene denodado.  
El conde, que vido al moro  
huyendo va por el campo.  
No lo había visto ninguno  
para que sea publicado,  
sino fuera don Ordoño:  
escudero es muy honrado  
que del buen Cid es sobrino  
de Pedro Bermudo hermano.  
Ordoño fué contra el moro,  
con su lanza lo ha encontrado,  
y firiéndolo en los pechos  
pasólo de lado á lado.  
El pendón que va en la lanza  
todo sale ensangrentado;  
el moro cayera muerto,

don Ordoño se ha apeado  
y el caballo que traía  
con las armas le ha tomado.  
Llamó á su cuñado el conde,  
esto le estaba hablando:  
—Cuñado Fernán González,  
tomad vos este caballo,  
decid que al moro matasteis  
que en él venía cabalgando;  
que en días que yo viviere  
non diré yo lo contrario,  
non haciendo vos por qué  
siempre se estará encelado.—  
Estando en estas razones  
el buen Cid había llegado,  
á un moro venía siguiendo  
y muerto le ha derribado.  
Don Ordoño dijo al Cid:  
—Señor, este yerno honrado  
que por bien os ayudar  
un moro mató en el campo  
de un golpe que le dió,  
suyo fizo este caballo.—  
Mucho le plugo al buen Cid  
de lo que le había contado,  
cuidando decir verdad  
mucho á su yerno ha loado.  
Juntos van por la batalla,  
firiendo van y matando,  
y en moros que los aguardan  
haciendo van grande estrago.

## LXXV

Tirad, fidalgos, tirad  
á vuestro trotón el freno,  
que en fuir de aquese modo  
mostráis el pavor del pecho.  
De un home solo fuís,  
mirad que no es de homes buenos  
fuir en tal lid de un moro  
donde hay tantos que lo vieron.  
Si non queredes morir,  
como buen fidalgo, á fierro,  
non viváis entre fidalgos  
que fincan contino muertos.  
Tornadvos luégo á Valencia,  
que si non facéis más qu'eso,  
también saldrán á lidiar  
las damas que quedan dentro.  
¡Mal andanza vos dé Dios!  
Pues con aspecto tan feo  
así en público fuís,  
¿qué vos dirán en secreto?  
¡Mal la doctrina tomastes  
de mi tío, vuestro suegro,  
pues non mancháis la Tizona,  
deshonrando el honor viejo!  
Decides que sois fidalgos,  
¡pues yo vos juro á San Pedro  
que tales desaguisados  
non facen fidalgos buenos!  
Las armas traéis doradas,

non las regaléis, mancebos,  
porque son fierros dorados  
que publican vuestros yerros.  
Tomad aquese caballo  
del moro que yace muerto,  
y decid que le vencistes,  
que de callar os prometo.  
Galanes sois entre damas,  
sed valientes entre perros,  
porque non digan de vos  
á los que os han parentesco.  
Y adios, que quiero partirme,  
porque el Cid mi tío es viejo,  
y le quiero ir á ayudar,  
pues no le ayudan sus yernos.—  
Esto dijo el buen Bermúdez  
porque el infante don Diego  
en la Vega de Valencia  
fuyó de un moro gran trecho.



## LXXVI

Helo, helo por dó viene  
el moro por la calzada,  
caballero á la jineta  
encima una yegua baya;  
borceguíes marroquíes  
y espuela de oro calzada,  
una adarga ante los pechos,  
y en su mano una azagaya.  
Mira y dice á esa Valencia:  
—¡De mal fuego seas quemada!  
Primero fuíste de moros  
que de cristianos ganada.  
Si la lanza no me miente,  
á moros serás tornada,  
y á aquel perro de aquel Cid  
prenderélo por la barba:  
su mujer doña Jimena  
será de mí captivada,  
y su hija Urraca Hernández  
será la mi enamorada:  
después de yo harto d'ella  
la entregaré á mis compañas.—  
El buen Cid no está tan lejos  
que todo no lo escuchara.  
—Venid vos acá, mi fija,  
mi fija doña Urraca;  
dejad las ropas continas,  
y vestid ropas de Pascua,  
á aquel moro hi-de-perro

detiéndemelo en palabras,  
mientras yo ensillo á Babieca  
y me ciño la mi espada.—  
La doncella muy fermosa  
se paró á una ventana;  
el moro desque la vido  
d'esta suerte le fablara:  
—¡Alá te guarde, señora,  
mi señora doña Urraca!  
—¡Así faga á vos, señor,  
buena sea vuestra llegada!  
Siete años há, rey, siete,  
que soy vuestra enamorada.  
—Otros tantos há, señora,  
que os tengo dentro en mi alma.—  
Ellos estando en aquesto,  
el buen Cid ya se asomaba.  
—Adios, adios, mi señora,  
la mi linda enamorada,  
que del caballo Babieca  
yo bien oigo la patada.—  
Do la yegua pone el pié  
Babieca pone la pata;  
el Cid fablara al caballo,  
bien oiréis lo que fablaba:  
—¡Reventar debía la madre  
que á su hijo no esperaba!—  
Siete vueltas la rodea  
al derredor de una jara;  
la yegua, que era ligera,  
muy adelante pasaba  
fasta llegar cabe un río  
adonde una barca estaba.  
El moro desque la vido  
con ella bien se folgaba;

grandes gritos da al barquero  
que le allegase la barca:  
el barquero es diligente,  
túvosela aparejada;  
embarcóse presto en ella,  
que no se detuvo nada.  
Estando el moro embarcado,  
el buen Cid se llegó al agua,  
y por ver al moro en salvo  
de tristeza reventaba;  
mas con la furia que tiene  
una lanza le arrojaba,  
y dijo:—¡Coged, mi yerno,  
arrecogedme esa lanza,  
que quizá tiempo verná  
que os será bien demandada!

## LXXVII

De concierto están los condes  
hermanos Diego y Fernando;  
afrentar quieren al Cid  
y han muy gran traición armado.  
Quieren volverse á sus tierras,  
sus mujeres demandando,  
y luégo les dice el Cid  
cuando las hubo entregado:  
—Mirad, yernos, que tratades  
como á dueñas hijasdalgo  
mis hijas, pues que á vosotros  
por mujeres las he dado.—  
Ellos ambos le prometen  
de obedecer su mandado.  
Ya cabalgaban los Condes  
y el buen Cid ya está á caballo  
con todos sus caballeros  
que le van acompañando:  
por las huertas y jardines  
van riendo y festejando;  
por espacio de una legua  
el Cid los ha acompañado:  
cuando d'ellas se despide  
lágrimas le van saltando.  
Como hombre que ya sospecha  
la gran traición que han armado,  
manda que vaya tras ellos  
Álvar Fáñez, su criado.  
Vuélvese el Cid y su gente,

y los Condes van de largo.  
Andando con muy gran priesa  
en un monte habían entrado  
muy espeso y muy oscuro,  
de altos árboles poblado.  
Mandan ir toda su gente  
adelante muy gran rato;  
quédanse con sus mujeres  
tan solos Diego y Fernando.  
De sus caballos se apean  
y las riendas han quitado.  
Sus mujeres que lo ven  
muy gran llanto han levantado  
apéanlas de las mulas  
cada cual para su lado;  
como las parió su madre  
ambas las han desnudado,  
y luégo á sendas encinas  
las han fuertemente atado.  
Cada uno azota la suya  
con riendas de su caballo;  
la sangre que d'ellas corre  
el campo tiene bañado;  
mas no contentos con esto,  
allí se las han dejado.  
Su primo que las hallara,  
como hombre muy enojado  
á buscar los Condes iba;  
y como no los ha hallado,  
volvióse presto para ellas,  
muy pensativo y turbado:  
en casa de un labrador  
allí se las ha dejado.  
Vase para el Cid su tío,  
todo se lo ha contado;

con muy gran caballería  
por ellas ha enviado.  
De aquesta tan grande afrenta  
el Cid al rey se ha quejado;  
el rey como aquesto vido  
tres Cortes había armado.

## LXXVIII

Al cielo piden justicia  
de los Condes de Carrión  
ambas las fijas del Cid,  
doña Elvira y doña Sol.  
Á sendos robles atadas  
dan gritos que es compasión,  
y no las responde nadie  
sino el eco de su voz.  
El menosprecio y la afrenta  
sienten, que las llagas non;  
que es dolor á par de muerte  
en la mujer un baldón.  
Tal fuerza tiene consigo  
la verdad y la razón,  
que hallan en los montes gentes,  
y en las fieras compasión.  
Á los lamentos que hacen  
por allí pasó un pastor,  
por donde no puso pié  
cosa humana si ahora non.  
Danle voces que se acerque,  
y él no osa de pavor,  
que son hijos de ignorancia  
el empacho y el temor.  
—Por Dios te rogamus, home,  
que hayas de nos compasión,  
así tus ganados vayan  
siempre de bien en mejor;  
nunca les falten las aguas

en el estío y el calor,  
las hierbas no se les sequen  
con la helada y con el sol;  
tus tiernos fijuelos veas  
criados en bendición,  
y peines tus blancas canas  
sin dolencia ni lesión,  
que desates nuestras manos,  
pues que las tuyas no son  
como las que nos ataron,  
de malicia y de traición.—  
Estando en estas palabras  
el buen Ordoño llegó  
en hábito de romero  
de orden del Cid su señor:  
prestamente las desata  
disimulando el dolor.  
Ellas que lo conocieron  
juntas lo abrazan las dos;  
llorando las dice:—Primas,  
secretos del cielo son  
cuya voz y cuya causa  
está reservada á Dios.  
No tuvo la culpa el Cid,  
que el Rey se lo aconsejó;  
mas buen padre tenéis, dueñas,  
que vuelva por vuestro honor.



## LXXIX

Elvira, soltá el puñal,  
doña Sol, tiradvos fuera,  
non me tengades el brazo,  
dejadme, doña Jimena:  
non me tolláis el rencor,  
que me empacha la vergüenza,  
que todas mis fechorías  
manchen mis suertes siniestras.  
¡Á mis fijas, falsos Condes,  
y á mis acatadas dueñas,  
canes, facéis tales tuertos,  
tenudas en lueñas tierras!  
¡Á mí, que vos dí humildoso  
mis fijas, cuando os las diera  
de mil pulidas garnachas  
guarnidas y ricas prendas!  
Endonevos mis espadas,  
lo mejor de mi hacienda,  
y en dos mil maravedís  
me empeñara yo en Valencia;  
cadenas de oro de Arabia  
con buenos ingenios fechas,  
que en la su mandadería  
me enviara el Rey de Persia;  
caballos os dí ruanos,  
y para en plaza seis yeguas,  
sendas capas de contray  
con los aforros de felpa;  
iy en pago de mis fiducias,

y en pago de mis recuestas,  
me las enviades, Condes,  
azotadas sin vergüenza,  
sus albos cuerpos desnudos,  
ligadas sus manos bellas,  
sus crenchas desmelenadas,  
sus tristes carnes abiertas!  
¡Voto hago al Pescador  
que gobierna nuestra Iglesia,  
y mal grado haya con él  
cuando le fable en Cardaña,  
si en Fromesta y Carrión,  
Torquemada y Valenzuela,  
villas de vuestos condados,  
queda piedra sobre piedra!  
Antolínez testimonio,  
Peláez vino con ellas;  
yo vos pondré la caluña  
tal que atemorice en vella;  
que con ella y mi razón,  
ellos y sus parentelas  
han de fincar á mis manos,  
á mis agravios desfechas.  
Camperos tiene el buen rey  
que vos apañen y prendan;  
fágame justicia en todo  
y tendré mi espada queda.—  
Esto fabló y dijo el Cid,  
y cabalgando en Babieca  
partió de Valencia á Burgos  
á dar al rey su querella.

## LXXX

Lloraba doña Jimena  
á sus solas con el Cid  
la afrenta de sus dos hijas,  
y así comenzó á decir:  
—¿Cómo es posible, señor,  
siendo temido en la lid,  
que os afrentasen dos homes  
no siendo bastantes mil?  
Y si aquesto no vos duele,  
ved que á mi padre perdí  
por ser vos tan vengativo  
en las cosas que sentís.  
Considerad vuesas hijas,  
aquesas que yo parí,  
que non son hijas prestadas,  
sinon de vos y de mí.  
Es bien que aquesto miredes  
y que esa gente ruín  
non se atreva á facer tal  
sabiendo que sois el Cid,  
pues no fallarán salida  
para poderse eximir.  
¡Si es bien que aqueso sintades  
farto os he dicho, sentid!—

## LXXXI

Después que una fiesta fizo  
al santo y divino Pedro,  
aquel que africanos moros  
pagaron tributo y pecho,  
hizo una junta en su casa  
de parientes y homes buenos,  
y como juntos los vido,  
el buen Cid les dijo aquesto:  
—Bien sabéis, amigos míos,  
la fazaña de mis yernos;  
bien me pagaron las obras  
que en Valencia hice por ellos!  
Con riendas me las pagaron,  
no teniendo rienda en ellos  
de ponellas en mis fijas  
azotadas en desiertos;  
y agora el rey de León  
dice por su mandadero,  
que dentro de treinta días  
tengo de estar en Toledo.  
Así vos suplico y pido,  
aunque no es menester ruegos  
para amigos tan leales  
teniendo fidalgos pechos,  
non se fable allá en las Cortes,  
nin perdamos el respeto  
al rey, que non es razón  
juzgando bien y derecho.  
Non se descomida nadie

non fablando en nuestros fechos;  
que yo pondré la demanda  
de lo que les dí primero,  
la hacienda, plata y oro,  
las espadas, amen d'eso,  
y pediré el desacato  
que á mis fijas les ficieron.

## LXXXII

Recibiendo el alborada  
que viene á alegrar la tierra,  
tocaban á recoger  
seis clarines por Valencia.  
Don Rodrigo de Vivar,  
el buen Cid, su gente apresta  
para partir á Toledo,  
que á Cortes el rey le espera.  
Ya la plaza del palacio  
está de gente cubierta,  
de escuderos y fidalgos  
esperando que el Cid venga.  
El sale ya de la sala,  
ya está en medio la escalera,  
y sálenle á acompañar  
sus dos hijas y Jimena.  
Abrázalas cortésmente,  
y ruégales que se vuelvan,  
que en ver presentes sus hijas  
tiene presente su afrenta.  
Descendió fasta el zaguán  
donde estaba su Babieca,  
que de ver triste á su amo  
casi siente su tristeza.  
Salió en cuerpo hasta la plaza  
armado con armas negras,  
sembradas de cruces de oro,  
desde la gola á las grevas.  
Vió su gente tan lucida,

y en la ventana á Jimena,  
y por facer lozanía  
puso al caballo las piernas.  
Llevó los ojos de todos,  
y al cabo de la carrera  
quitó á Jimena la gorra  
y tocaron las trompetas;  
todos siguieron tras él,  
icuan lucida gente lleva!  
pues alegre el sol de vellos  
en las armas reverbera.  
Caminan por sus jornadas,  
y á la vista de Requena  
detuvo la rienda el Cid,  
que no quiso entrar en ella.  
Acordóse en aquel punto  
que allí fué la vez primera  
que le llamó el sexto Alfonso  
estando él quieto en ella.  
Con grave y severa voz,  
levantando la visera  
y afirmando en los estribos,  
la dice d'esta manera:  
—Teatro de mi deshonra,  
do se hizo la tragedia  
en que mis aleves yernos  
fueron los autores de ella;  
principio de mi desdicha,  
do sin ser jueves de Cena  
comieron con faz doblada  
ambos Judas á mi mesa;  
al rey vo á pedir justicia,  
ruego á Dios que no la tuerza,  
que á postre de mi venganza  
no estaréis en mi frontera.—

Y llevado de furor  
puso al caballo las piernas,  
contra la flaca muralla,  
que de verle airado tiembla.



## LXXXIII

Por Guadalquivir arriba  
cabalgan caminadores,  
que, según dicen las gentes,  
ellos eran buenos hombres:  
ricas aljubas vestidas,  
y encima sus albornoces;  
capas traen aguaderas,  
á guisa de labradores.  
Daban cebada de día  
y caminaban de noche,  
no por miedo de los moros,  
mas por los grandes calores.  
Por sus jornadas contadas  
llegados son á las Cortes;  
sáuelos á recibir  
el rey con sus altos hombres.  
—Viejo que venís, el Cid,  
viejo venís y florido.—  
—No de holgar con las mujeres,  
mas de andar en tu servicio;  
de pelear con el rey Búcar,  
rey qu'es de gran señorío,  
de ganalle las sus tierras,  
sus villas y sus castillos;  
también le gané yo al rey  
el su escaño tornido.—

## LXXXIV

Tres Cortes armara el rey,  
todas tres á una sazón,  
las unas armara en Burgos,  
las otras armó en León,  
las otras armó en Toledo,  
donde los hidalgos son,  
para cumplir de justicia  
al chico con el mayor.  
Treinta días da de plazo,  
treinta días, que más non,  
y el que á la postre viniese  
que lo diesen por traidor.  
Veinte y nueve son pasados,  
los condes llegados son;  
treinta días son pasados,  
y el buen Cid no viene, non.  
Allí hablaran los condes:  
—Señor, dadlo por traidor.—  
Respondiérales el rey:  
—Eso non faría, non,  
que el buen Cid es caballero  
de batallas vencedor,  
pues en todas las mis Cortes  
no lo había otro mejor.—  
Ellos en aquesto estando  
el buen Cid allí asomó  
con trescientos caballeros:  
todos fijosdalgo son,  
todos vestidos de un paño,

de un paño y de una color,  
si no fuera el buen Cid,  
que traía un albornoz;  
el albornoz era blanco,  
parecía emperador,  
capacete en la cabeza,  
que relumbra como el sol.  
—Dios vos mantenga, buen rey,  
y á vosotros sálveos Dios,  
que non fablo yo á los condes,  
que mis enemigos son.—  
Allí dijeron los condes,  
fablaron esta razón:  
—Nos somos fijos de reyes,  
sobrinos de emperador;  
¿merescimos ser casados  
con fijas de un labrador?—  
Allí hablara el Cid,  
bien oiréis lo que fabló:  
—Convidáraos yo á comer,  
buen rey, tomástelo vos,  
y al alzar de los manteles  
dijistes esta razón:  
Que casase yo mis fijas  
con los condes de Carrión.  
Diérais en respuesta  
con respeto y con amor:  
Preguntarélo á su madre,  
su madre que las parió,  
preguntarlo he yo á su ayo,  
al ayo que las crió.  
Dijérame á mí el ayo:  
Buen Cid, non lo fagáis, non,  
que los condes son muy pobres,  
y tienen gran presunción;

mas por non contradeciros,  
buen rey, ficéralo yo.  
Treinta días duraron las bodas,  
que non quisieron más, non.  
Cien cabezas yo matara  
de mi ganado mayor;  
de gallinas y capones,  
buen rey, non lo cuento, non.

## LXXXV

Yo me estando en Valencia,  
en Valencia la mayor,  
buen rey, ví yo vuestra seña  
y vuestro honrado pendón.  
Saliera yo á recibirle  
como vasallo á señor.  
Enviásteme una carta  
con un vuestro embajador  
que diese yo las mis hijas  
á los condes de Carrión.  
No quería Jimena Gómez  
la madre que las parió;  
por cumplir vuestro mandato  
otorgáraselas yo.  
Treinta días duran las bodas  
treinta días que más non;  
y un día estando comiendo  
soltárase un león.  
Los condes eran cobardes,  
luégo piensan la traición:  
pidiéranme las mis hijas  
para volver á Carrión,  
como eran sus mujeres  
entregáraselas yo.  
¡Ay en medio del camino  
cuán mal paradas que son!  
Hallólas un caballero  
(idéle Dios el galardón!)  
á la una dió su manto

y á la otra su ropón.  
Hallólas tan mal paradas  
que de ellas hubo compasión.  
Allí respondieron los condes  
una muy mala razón:  
—Mentides, el Cid, mentides,  
que non éramos traidores.  
Levantóse Pero Bermúdez  
el que las damas crió,  
y al conde que esto hablara  
dióle un grande bofetón.  
Allí hablara el rey  
y dijera esta razón:  
—Afuera, Pero Bermúdez,  
no me revolváis quistión.  
—Otórganos campo, rey,  
otórganoslo, señor,  
que con muy gran dolor vive  
la madre que las parió.—  
Ya les otorgaba el campo  
ya les partía el sol.  
Por el Cid va Nuño Gustos,  
hombre de muy gran valor,  
con él va Pero Bermúdez  
para ser su guardador.  
Los condes como lo vieron  
no consienten campo, non.  
Allí hablara el buen rey  
bien oiréis lo que habló:  
—Si no otorgáis el campo  
yo haré justicia hoy.  
Allí hablara un criado  
de los condes de Carrión:  
—Ellos otorgan el campo  
mañana en saliendo el sol.

Allí hablara el buen Cid  
bien oiréis lo que habló:  
—Si quieren uno á uno  
ó si quieren dos á dos.  
Allá va Nuño Gustos  
y el ayo que las crió.  
Dijo el rey:—Pláceme ioh Cid!  
y así lo otorgo yo.  
Otro día de mañana  
muy bien les parten el sol,  
los condes vienen de negro  
y los del Cid de color.  
Ya los meten en el campo,  
de vellos es gran dolor;  
luégo abajaban las lanzas  
¡cuán bien combatidos son!  
Á los primeros encuentros  
los condes vencidos son  
y Gustos y Pero Bermuez  
quedaron por vencedores.

## LXXXVI

Digádesme, alevos Condes,  
¿qué fallasteis en mis hijas,  
y cuándo tener cuidasteis  
dueñas de tan alta guisa?  
¿Por aventura con ellas,  
los fidalgos de Castilla,  
qué baldones vos han dado?  
¿En qué vueso honor vos quitan?  
Por madre han á mi Jimena,  
la mi doña Sol y Elvira;  
de tal madre, ¿qué enseñanza?  
¿nin qué fembras de tal vida?  
En dote vos dí con ellas  
los haberes que tenía,  
y las mis ricas espadas,  
que menos falla mi cinta;  
mas fambrientas las tenedes,  
non yantan como solían,  
que siempre fechos cobardes  
dan escasas las feridas.  
Yo vos las demando, Condes,  
ante el rey que ende nos mira,  
porque á Colada y Tizona  
no es bien que alevos las ciñan.  
Non son heredadas, non,  
sino en batallas tenidas  
de entre lanzas, y con sangre  
mis armas todas teñidas.  
En los robledos de Tormes



me la dejades vertida;  
mas la de dueñas atales  
ved que varones no estiman.  
Non por ende me afrentades  
por ser mis fijas queridas,  
que aunque son mi sangre, estaba  
en vuestas mujeres mismas.  
Con todo, vos reto, Condes,  
por facer la sangre limpia;  
porque el golpe del agravio  
no hay miembro que no lastima.  
Tenudo soy á facello  
por vuesa honra y la mía;  
que la mancha del honor  
sólo con sangre se quita.—  
Estas palabras el Cid  
á sus dos yernos decía,  
levantado del escaño,  
la mano á la barba asida.

## LXXXVII

Después que el Cid Campeador  
pidió derecho del tuerto  
porque fueron emplazados  
los Condes para Toledo,  
el rey don Alfonso el Bravo,  
aquel que con gran denuedo  
al foradar de la mano  
tuvo siempre el brazo quedo,  
mandó que dentro en tres meses  
pareciesen en Toledo,  
é fincasen por traidores  
ellos y el conde don Suero.  
Mandó que se fagan Cortes,  
y se junten á ellas cedo  
sus grandes y ricos homes,  
que quiere tomar su acuerdo,  
que si los Condes son nobles,  
Alfonso es rey de derecho;  
magüer que el Cid en honor  
es honrado caballero.  
Antes de cumplir el plazo  
todos á Cortes vinieron,  
y el Cid trujo en su compañía  
novecientos caballeros.  
Salió el rey á recibirlo  
á dos leguas de Toledo;  
unos de envidiosos callan,  
otros dicen que es exceso.  
Los palacios de Galiana

mandó el rey estén compuestos,  
las paredes de brocado  
y el suelo de terciopelo.  
Junto á la silla del rey  
su escaño del Cid pusieron,  
de que mofaban los Condes  
profanando y zahiriendo.  
Sentados en corte todos,  
fabló el rey á sus porteros:  
—Mándovos que callen todos,  
infanzones y homes buenos;  
vos, el Cid, decid su culpa,  
y ellos defiendan su pleito;  
librarse vos ha justicia  
con que quedéis satisfecho.  
Seis alcaldes vos señalo  
de mi casa y mi consejo,  
y que todos ellos juntos  
juren por los Evangelios  
que cuidarán de ambas partes  
asaz de entender el pleito,  
y entendido, juzgarán  
sin pasión, amor ni miedo.—  
Levantóse luégo el Cid  
y sin más alongamientos  
pide le dén sus espadas  
Tizona y Colada luégo.  
El rey miraba los Condes  
qué responden atendiendo,  
pero ninguna razón  
en su defensa dijeron.  
Los jueces mandan las dén  
sin ningún detenimiento;  
magüer hubieron pavor  
entregarlas no quisieron.

El rey dijo:—Descorteses,  
volvédse las á su dueño,  
que supo mejor ganallas  
de los moros de Marruecos.—  
Ya cobradas las espadas,  
dos mil marcos de dinero  
les pide, y todas las joyas,  
que les dió en los casamientos.  
Unánimes los jüeces,  
de común consentimiento  
les condenan á que paguen  
de contado todo el precio.  
Comenzó de nuevo el Cid,  
los ojos como de fuego,  
y el rostro como una gualda,  
á demandalles el tuerto.

## LXXXVIII

El temido de los moros,  
aquella gloria de España,  
el que nunca fué vencido,  
el rayo de las batallas,  
ese buen Cid Campeador,  
defensor de nuestra patria,  
espejo de capitanes,  
y de traidores venganza,  
en las Cortes de Toledo,  
do le fueron entregadas  
ante el Sexto rey Alfonso  
por los Condes las espadas,  
así hablaba con ellas  
sin hartarse de mirallas:  
—¿Dó estáis, mis queridas prendas?  
¿Á dó estáis, mis prendas caras?  
No caras porque os compré  
por dinero, oro ni plata;  
mas caras porque os gané  
con el sudor de mi cara,  
al rey moro de Marruecos,  
siendo Valencia cercada;  
á vos gané, mi Tizona,  
que vos traía en su guarda;  
y al conde de Barcelona  
á vos os gané, Colada,  
cuando les tomé á los moros  
los castillos de Brianda.  
Yo nunca os fice cobardes,

antes por la fe cristiana  
en la sarracena gente  
os traje siempre cebadas.  
Á los Condes mis dos yernos,  
por ser joyas tan preciadas,  
vos dí, y ellos ¡mal pecado!  
os tienen de orín manchadas.  
Non érades para ellos,  
que vos traían afrentadas,  
por de dentro muy fambrientas,  
por de fuera pavonadas.  
Libres estáis de las manos  
que os traían cautivadas,  
el Cid os mira en las suyas,  
donde seréis más honradas.—  
Dijo y á Pedro Bermúdez,  
y á don Álvar Fáñez llama,  
y manda que se las guarden  
mientras las Cortes duraban.

## LXXXIX

Á vosotros, fementidos  
Condes de villano pecho,  
como traidores al Rey  
á entrambos juntos vos reto.  
Mis fijas os dí, traidores,  
pero non, que en ello miento,  
al Rey las dí que las diese  
á quien él fuese contento.  
Á él se fizo esta injuria,  
á él se fizo este avieso,  
y él las recibió por fijas,  
yo á vosotros por mis yernos.  
Por ser fecha á mi señor  
esta injuria, por él vuelvo,  
que el que há vasallos honrados  
ellos le enmiendan sus tuertos.  
Con mujeres tenéis manos;  
¡por Dios, bravos caballeros,  
si al veros con el rey Búcar  
no fuérais de piés tan prestos!  
¡Pero bien dice el refrán  
que hay tan valientes guerreros  
por los piés, como por manos,  
y vosotros sois de aquestos!  
¡Oh cuánto diérais agora  
por fallar otros dispuestos,  
tales como los fallasteis  
cuando los leones sueltos!  
Faced cuenta son leones

los que en este pecho siento,  
que es un león cada agravio  
fecho en un honrado pecho.  
Agradecédsele al Rey,  
que le veo y le respeto;  
ipero pagarlo heis, villanos,  
si no es que os subáis al cielo!  
Mas non subiréis, cobardes,  
que es Dios grande justiciero,  
y no consiente traidores  
sin castigo de sus yerros;  
cuanto más que la Colada  
y la Tizona yo entiendo  
vos serán tal purgatorio,  
que vais d'esta culpa absueltos.



## XC

En las Cortes de Toledo  
que el buen rey Alfonso hacía  
para dar derecho al Cid,  
que querellado se había  
de los condes de Carrión,  
sus yernos que ser solían,  
porque á sus buenas mujeres  
deshonrado las habían,  
vuelto le han sus dos espadas,  
el su haber también volvían.  
El Cid por grandes traidores  
á ambos retado había;  
los infantes no responden  
á lo que el buen Cid decía.  
El rey dijo á los infantes  
qué era lo que respondían.  
Diego González, el uno,  
al rey así le decía:  
—Ya, señor, sabéis que somos  
de los buenos de Castilla;  
dejamos nuestas mujeres  
porque no nos merecían;  
casar con hijas del Cid  
gran deshonra nos traía.—  
Los del Cid no respondieron,  
que el Cid mandado tenía  
que si él no lo mandase  
ninguno hablar debía.  
Ordoño, sobrino suyo,

era el que respondía:  
—Calla tú, Diego González,  
que eres de gran cobardía;  
muy valiente eres de lengua,  
mas esfuerzo no tenías,  
y en esa tu falsa boca  
ninguna verdad había.  
Lémbrate cuando en Valencia  
en la lid que el Cid hacía  
echaste á fuir de un moro,  
y el moro bien te seguía,  
y yo le salí al encuentro  
muerto en tierra lo ponía,  
díte su caballo y armas  
y al Cid entender hacía  
que tú mataste aquel moro  
que aquel caballo traía.  
Yo lo hice por te honrar,  
por casar con la mi prima;  
alabástete tú d'esto,  
yo lo otorgaba á tu guisa,  
nunca salió de mi boca  
fasta hoy que lo decía,  
y si agora lo publico  
es por tu gran villanía;  
y sepan cuando en Valencia,  
cuando el león que ende había  
[Pg 299]se soltó de donde estaba,  
tú, porque á esconderte ibas,  
rompiste el manto y el sayo  
que cobijado tenías,  
por entrar bajo un escaño  
que en el aposento había.  
No digo cómo tu hermano,  
que es aquel que me veía,

cayó con notable miedo  
en parte do no debía.  
Así, señor rey Alfonso,  
á tu Alteza yo decía  
que este día fuera bien  
demostrar su valentía,  
no en los robledos de Tormes,  
do ferido habían mis primas,  
mujeres de tal linaje,  
que muy más que ellos valían,  
que si yo ende estuviera  
cometerlo no osarían.  
Ficieron como cobardes,  
yo se lo combatiría;  
no ficieron como buenos,  
como manda la hidalguía.  
Muy feble es facer tal cosa  
ningún home de valía,  
y poner mano en mujeres  
non es de caballería.

## XCI

Acabada la batalla  
por el de Vivar pedida,  
contra los alevos condes  
que le afrentaron sus fijas,  
el noble rey don Alfonso  
que el suceso honroso estima  
que haya sido por el Cid,  
como el que tenía justicia,  
con los tres fuertes guerreros,  
que por él lidiado habían  
y alcanzado la victoria,  
así escribe al Cid Rúy Díaz:  
«Á vos, el Cid castellano,  
»el de la espada temida,  
»pestilencia de los moros  
»y defensa de Castilla;  
»á vos, á quien guarde el cielo  
»en próspera y larga vida  
»para que estemos seguros  
»de la enemiga morisma;  
»á vos el rey don Alfonso  
»salud por esta os envía,  
»como vueso más amigo  
»aunque enemigos resistan.  
»El suceso del combate  
»que se ha hecho en esa villa  
»de Carrión, por el orden  
»que se dió en las Cortes mías,  
»os lo escribo por mi mano,

»y va con mi sello y firma,  
»porque sea testimonio  
»verdadero y sin malicia,  
»y que en la edad venidera  
»cómo fué, se entienda y diga,  
»sin que amistad ó respetos  
»hagan que acorten ó añidan.  
»Luego que fueron las Cortes  
»en Toledo concluídas,  
»á esta villa nos partimos  
»por los dos condes pedida.  
»Su demanda dió sospecha  
»por ser en su tierra misma,  
»que tierra que cría alevos  
»no sin recelo se pisa.  
»Yo aseguré este recelo  
»porque á los tres que venían  
»por vos, á lidiar con ellos,  
»guardé con la guarda mía.  
»Siempre los tuve delante,  
»conociendo bien que había  
»de la parte de los condes  
»más traición que valentía.  
»Llegó el plazo y día asignado  
»en que habían de ser vistas  
»la justicia y la razón  
»lidiar con la alevosía.  
»Hízose un fuerte palenque  
»cerrado, y puestos encima  
»asientos y seis jüeces,  
»y enfrente mi real silla.  
»Á todo estuve presente,  
»porque en mi ausencia no digan  
»que el rostro escondí al efecto  
»en que el honor vueso iba,

»porque no fablen aquellos  
»que vueso daño codician,  
»que os falta el rey don Alfonso  
»como no os faltó en la vida,  
»aunque por malditos medios  
»traidores nos revolvían  
»vuesa lealtad condenando  
»con envidiosas mentiras.  
»Advertido d'este engaño,  
»á maldades conocidas  
»les cerré el oído á aquellos  
»que os condenaban en vida.  
»He querido que entendáis  
»que su maldad entendida  
»hago el honor vueso mío,  
»cual lo mostré en la conquista;  
»que yo propio y á mi lado  
»metí los tres que venían  
»á defender vuestra causa  
»que yo llamo propia mía.  
»Puestos por mí en el palenque  
»los dos condes á la mira,  
»y Suer González su tío,  
»llegaron, cual convenía,  
»de fuertes armas cubiertos  
»con muy grande compañía  
»de parientes y de amigos  
»y el pueblo que los seguía.  
»Cuando yo ví tanta gente  
»que en torno á todos seguía,  
»temí el seguro no fuese  
»el robo de las Sabinas.  
»Mandé sentar á los jueces  
»y yo tomando mi silla,  
»sosegado el alboroto,

»fué de mí esta razón dicha:  
»Condes, las fijas del Cid  
»por vos sin causa ofendidas  
»con la traza más soez,  
»que se ha visto ni hay escrita,  
»demandaron la venganza  
»de su afrentosa ignominia  
»al Cid su padre, que al punto  
»salió á ella por sus fijas.  
»Pidió campo á todos tres,  
»para que en él fuese vista  
»como quedaba su ofensa  
»con la sangre vuesa, limpia.  
»Respondisteis que con él  
»la batalla, que os pedía,  
»no queríades hacer  
»porque yo lo ayudaría;  
»que enviare á quien quisiese  
»que sobre la causa misma  
»por vos ficiese batalla  
»según fueros de Castilla.  
»Estos tres nobles guerreros  
»el Cid por su parte envía,  
»que ya en el campo os aguardan,  
»os retan y desafían.  
»Haced vuestra obligación  
»que es lo que os fuerza y obliga,  
»que es tiempo que las razones  
»á las armas se remitan.  
»Quisiéronme dar respuesta;  
»y de mí no siendo oída,  
»á dar principio al combate  
»fueron, aunque lo temían.  
»Partióles el campo luégo  
»un rey de armas, con insignias

»del terrible ministerio  
»que administrándoles iba.  
»De tres en tres en sus puestos  
»se pusieron, recogidas  
»las riendas á los caballos,  
»las lanzas apercibidas.  
»Contra el conde don Fernando  
»que á la victoria se aplica,  
»Martín Antolínez fué  
»fuego echando por la vista.  
»Á don Diego el otro hermano,  
»que encendió la horrible cisma,  
»le cupo Pero Bermúdez  
»para la batalla esquivá;  
»Nuño Bustos de Linzuela,  
»ardiendo en honrosa ira,  
»se opuso con Suer González  
»autor de la alevosía.  
»Cuando ví tres contra tres  
»en dos hileras distintas,  
»la lid de los Curiacios  
»se me figura que vía.  
»Á este punto el ronco són  
»de la trompa les avisa  
»que dén principio á la lid  
»para el fin que pretendían.  
»Arremetieron á una  
»todos, la señal oída,  
»cada cual con el contrario  
»que enfrente de sí tenía.  
»Don Fernando y Antolínez  
»que igualmente se herían,  
»quebraron juntos las lanzas;  
»firmes quedan en las sillas;  
»mas desnudando á Colada,



»después de muchas heridas,  
»que Antolínez le dió al Conde  
»con destreza y valentía,  
»le dió un golpe en lo más alto  
»del yelmo, que las hebillas  
»faltaron y la cabeza  
»fué en dos partes dividida.  
»Derribóle del caballo,  
»y el suyo dejando, encima  
»del cuello se puso en pié,  
»y el acero al pecho afirma.  
»A este punto un gran ruido  
»se alzó y una vulgar grita,  
»pidiendo no le matase  
»cumpliendo con que se rendía.  
»Fué poderoso el clamor  
»de aplacar la ardiente ira  
»del vencedor animoso,  
»para dejallo con vida;  
»mas puesto sobre él de piés,  
»á Pedro Bermúdez mira  
»que traía al conde don Diego  
»sin valor con que resista.  
»Dióle un golpe con Tizona,  
»después de tener rompidas  
»las lanzas, y fué tan fuerte  
»que hombre y caballo derriba.  
»Pidióle misericordia,  
»pidiendo en merced la vida,  
»confesando su maldad,  
»diciendo que se rendía.  
»No dió oído á sus plegarias,  
»mas la fiera espada hince  
»por el alevoso pecho,  
»con que dió fin á su vida.

»El valiente Nuño Bustos  
»y Suer González querían  
»cada uno de por sí  
»la victoria de aquel día.  
»Duró mucho este combate,  
»mas la justicia divina  
»dió victoria á Nuño Bustos  
»como á quien tenía justicia;  
»atravesó á su contrario  
»de parte á parte, y fué grima  
»verle venir del caballo  
»cayendo la boca arriba.  
»Con esto acabó el combate,  
»y los vencedores gritan  
»si había que hacer más,  
»ó más traidores que rindan.  
»Respondiéronles que no,  
»que la victoria tenían  
»ganada como valientes  
»sin haber quien se lo impida.  
»Dos cajas y un pregonero  
»puestos á este punto encima  
»del palenque, resonaron  
»y la victoria os aplican.  
»El rey de armas con mi guarda  
»á los vencedores guían  
»adonde los aguardaba  
»yo y toda mi compañía.  
»Luégo dieron los jueces  
»sentencia definitiva,  
»que por traidores infames  
»de honor los inhabilitan.  
»Esta sentencia fué al punto  
»confirmada, y queda escrita  
»para que pueda dar fe,

»sin la mía, con seis firmas:  
»buen Cid, esto es lo que pasa,  
»sin que falte, ni se añida,  
»sin que odio ni amistad  
»fagan que otra cosa escriba.  
»Ved si no quedáis contento,  
»y queréis que se prosiga  
»contra todo su linaje  
»sin dejar persona viva.  
»Encomendadme á Jimena  
»y abrazadme á vuesas fijas  
»y decidles que de nuevo  
»su causa tomo por mía.»

## XCII

Erguíos, no estéis postrado,  
que no es justo ni razón  
que esté ante mí de finojos  
quien reyes afinojó.  
Cubrid las canas honradas  
de grande prez y valor,  
y del más leal vasallo  
que tuvo rey ni señor.  
Quedaos á yantar conmigo,  
que me faréis gran favor,  
y me tendrán las viandas  
d'este yantar mejor pro.  
Y desque hayamos yantado,  
vos quiero facer favor  
de contaros de la enmienda  
del tuerto de Carrión.  
Mas quiero facerlo luégo:  
sabed que le plugo á Dios  
de guardarles sendos reyes  
á Elvira y á doña Sol:  
seré en las bodas padrino,  
pues casamentero soy  
porque para fijas vuestas  
los tales padrinos son.  
Álvar Fáñez de Minaya  
vueso presente nos dió,  
yo y nusco le recibimos  
con gran talento y amor,  
y por primeras mercedes

bien dignas de quien vos sois  
mando que no haya cadera  
en vuesa comparación,  
si no fuere, cual yo, rey,  
ó dignidad superior.—  
Esto dijo el rey Alfonso  
á ese buen Cid Campeador.

## **Parte V. Últimos años y muerte del Cid**

## XCIII

Llegó la fama del Cid  
á los confines de Persia,  
cuando andaba por el mundo  
dando razón de quién era;  
y como lo oyó el Soldán,  
y supo bien la certeza  
de los hechos del buen Cid,  
un presente le apareja.  
Cargó copia de camellos  
de grana, púrpura y sedas,  
oro, plata, incienso y mirra,  
con otras muchas riquezas,  
y con un pariente suyo,  
de los de su casa y mesa,  
le envía al Cid el presente  
diciendo d'esta manera:  
—Dirás á Rúy Díaz el Cid,  
que el Soldán se le encomienda,  
que de sus nuevas oír  
le tengo grande querencia,  
y por vida de Mahoma,  
y de mi real cabeza,  
que le diera mi corona  
sólo por verle en mi tierra:  
y que aquese dón pequeño  
reciba de mi grandeza,  
en señal que soy su amigo,  
y lo seré hasta que muera.—  
El moro tomó el camino,

y en poco llegó á Valencia,  
pidiendo licencia al Cid  
para hablarle en su presencia.  
El Cid salió á recibirlo  
antes de saltar en tierra,  
y cuando lo viera el moro,  
de verle delante tiembla.  
Empezó á darle el recaudo,  
y como á darlo no acierta  
de turbado, el Cid le toma  
la mano y así dijera:  
—Bien venido seas, el moro,  
bien venido á mi Valencia:  
si tu Rey fuera cristiano,  
fuera yo á verle á su tierra.—  
Con estas y otras razones  
á la ciudad ambos llegan,  
adonde los ciudadanos  
ficeron muy grande fiesta.  
El Cid le mostró su casa,  
á sus hijas, y á Jimena,  
de que el moro está espantado  
viendo tan grande riqueza.  
Estúvose algunos días  
el moro holgándose en ella,  
hasta que se quiso ir,  
y pidió para ir licencia.  
En retorno del presente  
que del Soldán recibiera,  
otras cosas le envía el Cid,  
las cuales allá no hubiera.  
Despedido que fué el moro,  
Rodrigo con su Jimena  
se quedó y con sus dos hijas  
dando á Dios gracias inmensas.





## XCIV

Estando en Valencia el Cid  
de trabajos muy cansado,  
cansado de tantas guerras  
como por él han pasado,  
nuevas al Cid son venidas  
que le ponen en cuidado,  
que el rey Búcar, fuerte moro,  
sobre Valencia ha llegado.  
Treinta reyes trae consigo;  
valientes son, esforzados,  
muchas gentes trae consigo  
de á pié son, y de á caballo.  
Echado estaba el buen Cid,  
en la su cama acostado;  
pensando estaba cuidadoso  
en hecho tan afamado,  
suplicando á Dios del cielo  
que siempre esté de su bando,  
y de peligro tan grande  
con honra lo saque salvo.  
Cuando el Cid no se cató  
un hombre vido á su lado,  
el rostro resplandeciente,  
cano, crespo y muy honrado,  
tan blanco como la nieve,  
con color muy sublimado:  
díjole:—¿Duermes, Rodrigo?  
Recuerda y está velando.—  
Díjole el Cid:—¿Quién sois vos

que lo habedes preguntado?  
—Sant Pedro llaman á mí,  
príncipe del apostolado;  
vengo á decirte, Rodrigo,  
otro que no estás cuidando,  
y es que dejes este mundo,  
Dios al otro te ha llamado,  
y á la vida que no há fin  
do están los santos holgando.  
Morirás en treinta días,  
desde hoy que esto te hablo.  
Dios te quiere mucho, Cid,  
y esta merced te ha otorgado;  
y es que después de tú muerto  
venzas á Búcar en campo:  
tus gentes habrán batalla  
con todos los de su bando.  
Esto será con la ayuda  
de mi hermano Santiago,  
y él verná á la batalla;  
ya se lo tiene mandado.  
Tú, Rodrigo Campeador,  
haz enmienda á tu pecado,  
porque muerto que tú seas  
á la gloria seas llevado,  
que Dios por amor de mí  
todo aquesto ha ordenado,  
porque honraste mi casa,  
do Cardaña era nombrado,—  
Cuando lo oyó el buen Cid,  
gran placer había tomado:  
saltó luégo de su cama,  
de rodillas humillado,  
para le besar los piés  
al buen Apóstol honrado.

Dijo Sant Pedro á Rodrigo:  
—Aqueso ya es excusado,  
que á mí no podrás llegar,  
no te trabajes en vano;  
mas ten por cosa muy cierta  
aquesto que te he contado.—  
Esto dicho, el buen Apóstol  
á los cielos se ha tornado;  
Rodrigo quedó contento,  
alegre con lo pasado,  
dando á Dios crecidas gracias  
por lo que le había otorgado.

## XCV

En Valencia estaba el Cid  
doliente del mal postrero,  
que agravios en pechos nobles  
pueden mucho más que el tiempo.  
Á su cabecera tiene  
religiosos y hombres buenos,  
y en torno de su persona  
sus amigos y sus deudos,  
cuyos semblantes mirando  
de dolor y cuita llenos,  
con tan sesudas razones  
así conhorta su duelo.  
—Bien sé, mis buenos amigos,  
que en tan duro apartamiento  
no hay causa para alegraros,  
y hay mucha para doleros;  
pero mostrad mi enseñanza  
contra los adversos tiempos,  
que vencer á la fortuna  
es más que vencer mil reinos.  
Mortal me parió mi madre,  
y pues pude morir luégo,  
lo que el cielo dió de gracia,  
non lo pidáis de derecho.  
No muero en tierras ajenas,  
en mis propias tierras muero,  
cuanto más que siendo tierra  
es propia heredad del muerto.  
No siento el verme morir,

que si esta vida es destierro,  
los que á la muerte guiamos  
á nuestra patria volvemos.  
Tan sólo llevo en el alma  
que en poder de un rey vos dejo  
en quien vos podrá empecer  
ser míos, ó ser ya vuestos.  
Que trate bien mis soldados  
pues le defienden sus reinos,  
y crea á piernas quebradas  
más que á sabios consejeros.  
Que traiga siempre en balanza  
el castigo con el premio,  
que la lealtad de vasallos  
virtud pone, y pone miedo.  
Que estime un noble leal  
más que muchos falagüeños,  
que de muchos homes malos  
non puede facer un bueno;  
y á quien menester hubiere,  
nunca le faga denuestos,  
ni pague servicios propios  
por pareceres ajenos.  
Y non fablo de agraviado,  
antes le quedo debiendo,  
que las sinrazones suyas  
fueron mis merecimientos.—  
En esto entrara Jimena,  
cuyo desamparo viendo,  
ellos se enjugan los ojos,  
y el Cid dejó el parlamento.

## XCVI

Aquese famoso Cid  
de Vivar triste yacía;  
San Pedro le apareció,  
que se apareje decía  
para ir al otro mundo,  
cerca la muerte tenía;  
treinta días, que no más  
le dijo que viviría.  
Levantóse gran mañana;  
junto á su caballería  
llorando de los sus ojos  
d'esta manera decía:  
—Parientes míos leales,  
y amigos que ende había,  
bien se vos acordará  
cómo ese rey de Castilla,  
don Alfonso mi señor,  
á mí destierro ponía,  
y por la vuestra medida  
tuvísteisme compañía.  
Dios nos hizo gran merced,  
y él siendo la nuestra guía,  
vencimos muchas haciendas;  
cristianos, moros vencían.  
Quisieron ellos quitarme  
la merced que Dios me hacía;  
pero non pudo ninguno  
seguir tan mala porfía;  
loado el nombre de Cristo

á Valencia conquería.  
Á hombre del mundo yo  
señorío no debía,  
sino al buen rey don Alfonso,  
al cual mucho yo quería.  
Que supiera que mi cuerpo  
tan poco durar había,  
en verdad vos digo yo;  
que ya el fin es de mi vida.  
Treinta días, que no más,  
mi cuerpo el alma ternía;  
siete noches han pasado  
que visiones me seguían;  
Diego Laínez mi padre,  
y mi hijo aparecían;  
dicen: «Mucho habéis durado  
en aquesa triste vida;  
vayámonos á las gentes  
que perdurable vivían.»  
Yo no creo estas visiones;  
mas mi muerte es cedo aína.  
Ya sabéis cómo el rey Búcar  
contra nos cierto vernía;  
treinta y seis reyes de moros  
trae en su compañía;  
pues tan gran poder como este  
defenderse non podría  
sin que vos gane á Valencia;  
mas yo vos consejaría  
como lo venzáis en campo  
antes de ser mi partida,  
y como Jimena Gómez,  
vosotros con valentía  
á Castilla vos volváis  
sin que nadie vos lo impida.





## XCVII

La que á nadie no perdona,  
á reyes ni á ricos homes,  
á mí, fincado en Valencia,  
llegó á mi puerta y llamóme;  
y fallándome dispuesto  
á su voluntad conforme,  
fago así mi testamento,  
y mi voluntad al postre:  
«Yo, Rodrigo de Vivar,  
»llamado por otro nombre  
»el bravo Cid Campeador  
»de las morismas naciones,  
»el alma encomiendo á Dios  
»que en su reino la coloque;  
»y el cuerpo, fecho de tierra,  
»mando que á su centro torne;  
»y después que sea finado,  
»con los untos de los botes  
»que me endonó el rey de Persia  
»le unten, compongan y adoben;  
»y puesto sobre Babieca  
»tras mi seña y mis pendones,  
»lo enseñedes al rey Búcar  
»y á todos sus valedores.  
»Y mando que á mi Babieca  
»lo sotierren y lo adofen,  
»non coman canes caballo  
»que carnes de canes rompe;  
»y para facerme obsequias

»se junten mis infanzones,  
»los de mi pan y mi mesa,  
»los buenos conqueridores;  
»y á la santa cofradía  
»del rico Lázaro pobre,  
»mando el prado de Vivar,  
»ende, aquende, y sus quiñones.  
»Item, mando que no alquilen  
»plañideras que me lloren,  
»bastan las de mi Jimena  
»sin que otras lágrimas compre.  
»Y en San Pedro de Cardaña  
»junto al santo Pescadore  
»me fabriquen un fosál  
»con su tùmulo de bronce.  
»Item, mando que al judío,  
»que engañé estando tan pobre,  
»lo que pesare él de arena  
»le dén de plata otro cofre.  
»Y á Gil Díaz tornadizo,  
»que de moro á Dios volvióse,  
»le mando mis femolarias,  
»mis corazas y quijotes.  
»El noble rey don Alfonso  
»y el buen obispo don Lope,  
»y mi sobrino Alvar Fáñez  
»sean mis cabezadores:  
»y lo demás de mi haber  
»se reparta entre los pobres,  
»que son entre el hombre y Dios  
»padrinos y valedores.»

## XCVIII

Banderas antiguas tristes  
de victoria un tiempo amadas,  
tremolando están al viento,  
y lloran aunque no hablan.  
Sonaban las roncadas voces  
de las destempladas cajas,  
y los pífanos soberbios  
calles y plazas arrancan.  
Estábase el Cid Campeador  
humilde y manso en la cama,  
y sujeto á la inclemencia  
de la vengativa Parca.  
Hizo traer las reliquias  
de las victorias pasadas  
y mandó que le trujesen  
sus compañeras espadas.  
Y desque fueron traídas  
levantábase en la cama;  
tomándolas en sus manos  
les dijo aquestas palabras:  
[Pg 333]—Colada y Tizona mía  
no colada, mas calada  
por mil contrarios arneses,  
y por mil contrarias armas  
¿cómo os hallaréis sin mí?  
¿á quién os dejaré en guarda  
que no manche vuestro honor  
pues que tan fácil se mancha?  
Y luégo en diciendo aquesto

mandó que á Babieca traigan  
que quiere verle primero  
que comience su jornada.

Entró el caballo más manso  
que una corderilla mansa;  
abriendo los anchos ojos  
como si sintiera, calla.

—Ya me parto, caro amigo,  
quien os gobierna, ya falta;  
quisiera pagaros bien;  
pero recibid por paga  
que con los fechos que he fecho  
será, inmortal vuestra fama.

Y no diciendo más que eso  
la muerte tira una jara.

## XCIX

Las obsequias funerales  
celebra doña Jimena  
de Rodrigo de Vivar  
en San Pedro de Cardena,  
juntamente con sus hijas,  
á quien el cielo hizo reinas,  
satisfaciendo el agravio  
no debido á su inocencia.  
Pone el cuerpo en una tumba,  
más que su esperanza negra,  
y así llorando le dice,  
como si vivo estuviera:  
—¡Oh amparo de los cristianos!  
irayo del cielo en la tierra!  
iazote de la morisma!  
ide la fe de Dios defensa!  
¿No sois aquel que jamás  
os vieron la espalda vuelta  
los disfrazados amigos  
que causaron vuestra ausencia?  
¿No sois el que, desterrado  
por palabras lisonjeras,  
allanó para su rey  
mil castillos y fronteras?  
¿No sois vos quien sujetó  
á la ciudad de Valencia,  
y el que venció en seis batallas  
sin alma mil almas fieras?  
¡Ay, amarga soledad,

cómo al sufrimiento enseñas  
á sufrir contra justicia  
tan penosa y triste ausencia!—  
No pudo pasar de aquí  
la madre de la nobleza,  
que sobre el cuerpo cayó  
desmayada, ó casi muerta.

## C

Mientras se apresta Jimena  
con algunos de los suyos  
para partir de Valencia  
con el silencio nocturno,  
y los nobles castellanos,  
más valerosos que muchos,  
con fingidas alegrías  
velan los soberbios muros;  
Álvar Fáñez de Minaya,  
don Ordoño y don Bermudo,  
para la batalla aprestan  
del Cid el cuerpo difunto.  
No le visten la loriga  
que él en las lides trujo,  
por cumplir lo que mandó  
en su postrimero punto.  
De pergamino pintado  
le ponen yelmo y escudo,  
y en medio de dos tablones  
el embalsamado bulto,  
y de un cendal claro y verde  
vestido un tabardo justo,  
al pecho su roja insignia,  
honor y asombro del mundo.  
Unas calzas de colores,  
guarnecidas de dibujo,  
en lienzo crudo pintadas  
y ellas son de lienzo crudo.  
El derecho brazo alzado,



al menos cuánto se pudo,  
en la mano su Tizona  
el limpio fierro desnudo.  
D'esta guisa le aprestaron,  
y cuando aprestado estuvo  
pavor les dió de miralle,  
ital se muestra de sañudo!  
Trujeron pues á Babieca  
y en mirándole se puso  
tan triste, como si fuera  
más razonable que bruto.  
Atáronle á los arzones  
fuertemente por los muslos  
y los piés á los estribos  
porque fuesen más seguros.  
Y á la lumbre del lucero,  
que por verle se detuvo,  
con su capitán sin alma,  
salieron al campo juntos,  
donde vencieron á Búcar  
sólo porque á Dios le plugo,  
y acabando la batalla,  
el sol acabó su curso.

## CI

Vencido queda el rey Búcar  
con todos sus allegados  
de la campaña del Cid  
en el campo valenciano.  
Para Castilla caminan,  
el buen Cid era finado,  
caballero va en Babieca  
con los suyos á su lado.  
No llevaba armas ningunas,  
sino sobre sí unos paños:  
los que no saben su muerte,  
por vivo lo habían juzgado.  
Cada vez que hacen jornada  
quitábanlo del caballo,  
quedaba yerto y derecho  
en la silla cabalgado.  
La buena Jimena Gómez  
su mensaje había enviado  
á los parientes del Cid  
para que vengan á honrallo,  
y también á sus dos yernos,  
que eran reyes coronados.  
En tanto que ellos venían  
Álvar Fáñez ha fablado  
que pongan el cuerpo muerto  
en ataúd y tapado,  
y con púrpura le cubran  
con clavos de oro clavado.  
No quiso doña Jimena,

y así los ha razonado:  
—El Cid tiene el rostro hermoso,  
los ojos muy aseados,  
mientras está d'esta suerte  
no hay para que sea mudado;  
que mis yernos folgarán  
y mis fijas en su cabo,  
de verlo cómo ahora está,  
que non su cuerpo enterrado.—  
Todos hubieron por bien  
lo que Jimena ha ordenado;  
don Sancho, y también García,  
están al Cid aguardando,  
y media legua de Olmedo  
todos se habían juntado.  
Ese buen rey de Aragón  
caballeros tiene armados,  
al revés traen los escudos  
de los arzones colgados;  
las capas traían negras,  
imuy grande duelo mostrando!  
Las capillas traen tendidas,  
según uso castellano.  
Doña Sol y las sus dueñas  
estameña han cobijado:  
gran duelo querían hacer,  
mas su madre lo ha vedado,  
porque así lo mandó el Cid  
y así ha de ser obrado.  
El rey y la su mujer  
para el Cid habían llegado;  
ambos las manos le besan,  
de lo ver se han espantado,  
que no semejaba muerto,  
sino vivo y muy honrado.

Muchos vienen á lo ver  
de Castilla, ese reinado;  
también vino don García,  
rey d'ese reino navarro:  
consigo trae su mujer,  
fija del buen Cid loado;  
las manos besan al Cid,  
muchas lágrimas llorando;  
todos van para San Pedro,  
porque allí le han enterrado.  
Aquese buen rey Alfonso,  
que ha sabido lo pasado,  
de Toledo se partiera  
y á San Pedro había llegado.  
Saliéronle á recibir  
los al Cid emparentados;  
mucha honra fizo el rey  
al cuerpo del Cid honrado;  
mandó que no se enterrase,  
sino que el cuerpo arreado  
se ponga junto al altar,  
y á Tizona en la su mano;  
así estuvo mucho tiempo,  
que fueron más de diez años.

## CII

En Sant Pedro de Cardaña  
está el Cid embalsamado,  
el vencedor no vencido  
de moros ni de cristianos.  
Por mando del rey Alfonso  
en su escaño está asentado,  
su noble y fuerte persona  
de vestidos arreado;  
descubierto tiene el rostro,  
de gran gravedad dotado,  
su blanca barba crecida  
como de hombre estimado;  
la buena espada Tizona  
puesta la tiene á su lado:  
no parece que está muerto,  
sino vivo y muy honrado.  
Siete años estuvo así,  
como está ya razonado;  
por su alma, que es en gloria,  
hacen fiesta cada año.  
Á ver su cuerpo tan bueno  
muchacha gente se ha llegado,  
fuera de donde está el Cid  
la fiesta se hizo un año;  
su cuerpo quedaba solo,  
ninguno le ha acompañado.  
Estando d'esta manera  
un judío había llegado;  
cuidando estaba entre sí

d'esta suerte razonando:  
—Este es el cuerpo del Cid  
por todos tan alabado,  
y dicen que en la su vida  
nadie á su barba ha llegado.  
Quiero yo asirle d'ella  
y tomarla en la mi mano;  
que pues aquí yace muerto,  
por él no será excusado;  
yo quiero ver qué fará,  
si me pondrá algún espanto.—  
Tendió la mano el judío  
para hacer lo que ha pensado,  
y antes que á la barba llegue,  
el buen Cid había empuñado  
á la su espada Tizona,  
y un palmo la había sacado.  
El judío que esto vido  
muy gran pavor ha cobrado  
tendido cayó de espaldas,  
amortecido de espanto.  
Halláronlo allí caído  
los que en la iglesia han entrado;  
agua le echan por el rostro,  
para facerlo acordado,  
y vuelto que fuera en sí  
todos le han preguntado  
qué cosa fuera la causa  
de verlo tan mal parado.  
Él luégo les declaró  
la causa de lo pasado.  
Todos dan gracias á Dios  
por el milagro contado,  
en se acordar que su siervo  
no quiso fuese ensuciado

por mano de aquel judío  
que tan mal lo había pensado.  
Cristiano se volvió luego,  
Diego Gil era llamado:  
fincó en servicio de Dios  
en San Pedro el ya nombrado,  
y en él acabó sus días  
como cualquier buen cristiano.

### CIII

De Castilla van marchando  
á Navarra con su gente  
don Sancho, á quien dieron nombre,  
por sus hechos, de valiente.  
Delante lleva el despojo,  
que ganó su brazo fuerte  
en las tierras de Castilla;  
sin que nadie le impidiese  
triumfante, rico y contento  
por sus jornadas se vuelve,  
dejando á los castellanos  
despojados de sus bienes.  
Por San Pedro de Cardaña  
mandó que el curso enderecen  
la escolta y la cabalgada  
para que por allí fuesen.  
Como llegase la fama  
al abad que en guarda tiene  
el santo cuerpo del Cid,  
aguardó que el rey se acerque.  
Aderezóse entre tanto,  
como en procesión solemne,  
y con la insignia del Cid  
sale para cuando llegue.  
Al són de las roncás cajas,  
marchando de siete en siete,  
al rey que llevan en medio  
miran ufanos y alegres,  
tremolando las banderas  
junto al rey, que alegremente  
en ellas ponía los ojos  
como en su mayor deleite.



Yendo el valiente don Sancho  
marchando con sus jinetes,  
llegó donde el santo abad  
le aguardaba alegremente.  
Puso en tierra las rodillas  
diciendo:—Rey, no desprecies  
mi razón, ni á la voz mía  
tu justo oído le cierras.  
Bien sabes, valiente rey,  
y cuántos estáis presentes,  
que esa presa es de cristianos  
y no es justo que la lleves.  
Las guerras que traen contigo  
son causa para ponerte  
siempre la espada en la mano,  
por su daño, y con sus muertes.  
Muy bien pudiera excusarse  
la sangre que d'ellos viertes,  
con que volvieras la espalda  
á los moros que nos vencen.  
Mira, buen rey, esta insignia  
que es del Cid de quien descienes,  
y póngotela delante  
para que esa presa dejes.—  
Conociendo el rey la insignia  
del caballo se descende,  
y en el suelo de rodillas  
la saluda d'esta suerte:  
—¡Oh estandarte poderoso  
de aquel varón excelente  
que fué muro de Castilla  
y cuchillo de la muerte;  
de quien tembló la morisma;  
quien deshizo sus poderes;  
quien venció muerto al rey Búcar  
y tuvo vasallos reyes;  
á quien hablaban los santos  
y le acompañaban siempre,

y le alcanzaron de Dios  
que vencido no se viese!  
A vos y ante vos consagro,  
como á quien tan bien se deben,  
estos despojos de guerra  
y en vuestro templo se cuelguen.—  
Y en diciendo estas razones,  
mandó que los presos suelten,  
y toda la presa junta  
al bendito abad se entregue  
por amor y reverencia  
del Cid, á quien se la ofrece,  
reconociéndole muerto,  
que nunca su nombre muere.

*Fin.*

